

MATAR

AL MILLONARIO

Cuentos largos de café vol. 2



UNA
COLECCIÓN
DE JORGE
SACHA

Matar al millonario

CUENTOS LARGOS DE CAFÉ
VOL. 2

Jorge Sacha

Imagen de portada: [Braetschit](#)

Página de autor de [Jorge Sacha](#)

Estimado/a lector/a,

este libro es un homenaje a los verbos, por ser las palabras más significadas e independientes de nuestro idioma. Por desear ser tan significados e independientes como ellos, los cuentos de este libro no se relacionan entre sí. No obstante, uno continúa del libro anterior (no le costará adivinar cuál) y otro continuará en el siguiente (tampoco hallará problema). Por tanto, le animo a que disfrute de cada una de las unidades de esta obra con una lectura significada e independiente.

Y el verbo se hizo frase y habitó entre las páginas de este libro.

Porque el verbo es lo que da sentido a la vida (para quienes encuentran sentido a la vida).

Porque el verbo es lo que nos hace ser quienes somos, al fin y al cabo.

Porque el verbo no es más que movimiento auto-iniciado, y es lo que nosotros somos: mera auto-propulsión.

Si no, seríamos paredes, melones y botijos.

Quítele los verbos a la vida, y obtendrá una foto fija.

Alabado sea el verbo sobre todas las cosas.

Índice

1. [Matar al millonario](#)
 2. [Besarse con un muerto](#)
 3. [Comprar un libro en el ascensor](#)
 4. [Pegarse a la espalda de la gente](#)
 5. [Enamorarse de Cucúa](#)
 6. [Desenterrar la moto](#)
 7. [Comer chino](#)
 8. [Recomendar a un alumno](#)
 9. [Aconsejar a un humano](#)
 10. [Despedir a los empleados](#)
 11. [Participar en el proceso de selección](#)
 12. [Calmar los furores](#)
 13. [Cumplir los trece años](#)
 14. [Conducir bajo la influencia](#)
 15. [Escapar del poliamor](#)
 16. [Hacerse pequeño](#)
 17. [Terminar la tesis doctoral](#)
 18. [Fingir un secuestro](#)
 19. [Dar clase a los dioses...](#)
- [Epílogo: Levar ancla](#)

1. Matar al millonario

Es un cliché, un lugar común. Lo sé. La típica historia de libro o de película, una joven se “enamora” de un señor mayor rico y se casa con él para convertirse en la heredera de su fortuna. Si, por un azar del destino, la vida del viejo se alarga más de lo que la paciencia de la joven es capaz o está dispuesta a soportar, se acelera el trámite y la joven, “solícita”, asiste al señor a cruzar el umbral. Después, “desconsolada”, se refugia en las montañas de riqueza que el viejo le ha legado.

Soy consciente de que he entrecomillado muchas palabras. Sin embargo, en mi historia, se han de eliminar todas esas comillas. Pertenezco al cliché, pero al mismo tiempo lo burlo. Yo quería al viejo, de verdad que lo quería. Pero mi manera de sentir me hizo decidir matarlo. ¿Se puede querer a alguien y matarlo al mismo tiempo?

Sí, maté al millonario. Y sigo sin considerarme una mala persona por ello.

¿Cómo sucedió todo?

De manera bizarra.

Tenía veinticinco años y me encontraba de viaje con mis amigas Paz y Malixia tras completar nuestros estudios de historia del arte. Albergábamos una visión romántica del mundo, como no podía ser de otra manera para unas recién egresadas de dicha disciplina, la cual invita a instalar un prisma artístico en nuestros cristalinios. Llegamos incluso a creernos que ciertas realidades son como nos muestra el arte y no como nos describe, por ejemplo, la ciencia. Lo cierto es que este asunto siempre ha originado interesantes debates entre nosotras y con los profesores. ¿El arte nos exhibe un camino para el conocimiento, son sus enseñanzas válidas para conocer la realidad? En fin, es una pregunta tan absurda como romántica que no dejaremos de formularnos mientras vivamos.

Viajamos a Florencia, Italia. Allí nos sentimos embriagadas por el arte. Esa visión romántica que menciono se acentuó, se exacerbó y se extremó en una destinación turística que conformó el colofón perfecto para nuestros estudios. Creo que fue esa atmósfera distorsionada en colores cálidos la que pervirtió mi entendimiento y me empujó por esa vorágine de insensateces. Aún, a día de hoy, ignoro si se trató de una maldición o de una bendición. Gracias a los sucesos acontecidos poseo ahora una vida como la que siempre he anhelado, en la que puedo dedicar el tiempo completo de mis días y mis

noches a desarrollarme como artista, prescindiendo de la necesidad de sucumbir a las sucias bajezas del trabajo humano para sobrevivir.

No vale la pena que relate las innumerables bellezas que la ciudad renacentista y su semidivina envoltura toscana guardan. Uno no debería dejar de viajar allí, al menos una vez en la vida. Tras varios días disfrutando de semejante ambiente que se le antoja a una más etéreo que terrenal, el suceso sobrevino. En una terraza de una plaza cuyo nombre no recuerdo, en algún lugar entre el Palazzo Pitti y el Ponte Vecchio, degustábamos un delicioso expreso italiano y nos entregábamos a una ligera conversación que acusaba la fatiga acumulada por nuestras andanzas.

El viejo se sentó en una mesa contigua. En menos de un segundo se nos hizo patente su opulencia y su porte. Al menos para mí, resultaba imposible ignorar su presencia. Aunque era mayor (setenta y cinco años, como pude saber después), el encorvamiento no le caracterizaba, lo cual era remarcable. Un impecable traje gris; un sombrero de copa con una cinta a cenefas plateadas; un reloj dorado hacia el que la fóvea invariablemente se desviaba, estandarte de su brazo; unos zapatos negros que reflejaban mejor la luz del sol que las aguas del Arno. He de reconocer que produjo una honda impresión en mí desde ese primer momento, cual presa que abre sus compuertas y desata la corriente inexorable de los acontecimientos. Que no se me confundan mis lectores, la atracción que despertó no fue de índole sexual. Mas me deslumbró su *estar*, tan difícil de encontrar a ese nivel en los hombres. Se me pasó por la cabeza que quizás hubiera firmado un pacto con el diablo, como se dice que realizan los iluminados. No había de ser demasiado observadora para percatarme de que el viejo exudaba riqueza por todos los poros de su piel. Casi podía olerla.

Percibí que mi reacción emocional fue mayor que la de mis amigas. Quizá fue por esa razón, combinada con los demás factores desinhibitorios que de manera natural acompañan a los afortunados en viaje, que me dirigí al anciano desde nuestra mesa: “Le confieso que es usted imposible de ignorar”.

El viejo reaccionó con un dinamismo, incluso con una cierta incontinencia verbal, más propios de alguien con cuarenta años menos. Algo en él me hizo sentir que conocía de antemano partes de su ser, como si nuestras almas reencarnadas hubieran compartido vivencias en vidas anteriores. La conversación fluyó con espontaneidad desde temas como su apariencia intachable, hasta nuestras vidas personales, pasando por las experiencias

florentinas de mi viaje. Mis amigas me miraban con inquietud creciente a cada escalón que el viejo, de nombre Laugliano, y yo ascendíamos en nuestra interacción. Sin saber ni querer saber cómo, las palabras adquirieron tintes insinuativos primero, libidinosos después. No era una conducta propia de mí, insisto, no lo era. Juro que jamás me habría comportado de ese modo en otras circunstancias. Pero por alguna razón me sentí conducida de manera natural a dejarme llevar. Paz y Malixia acentuaron su expresión de desaprobación, de lo cual era cien por cien consciente a través de mis rejos. En el momento en que el viejo efectuó una propuesta concreta, me tomé mi tiempo en responder por primera vez desde que iniciamos nuestra conversación. Paz comenzó a pisotearme por debajo de la mesa. Malixia profirió una risita nerviosa.

Accedí a cenar con el viejo en su casa.

Jamás me había sucedido algo así. Desde que acudí a la cita, me excusé ante mis amigas y disfruté de unos días al lado de Laugliano, en su lujosa morada en la vía de Tornabuoni, cerca del Palazzo Strozzi. Exquisitamente decorada con arte y orfebrería, y unos ventanales que recogían el crepúsculo sobre el Arno, no pude por menos de sentirme arrobada por el estilo de vida del viejo.

Lo que experimenté durante ese tiempo fue magia pura para mí. Comenzó como un inocente juego de límites acotados. Pero me hinchó como la espuma y me abrumó. Y yo deseaba con ardor ser abrumada más y más. Ninguno de mis exnovios me hizo sentir como Laugliano. De todo él emanaba un aura que casi podía vislumbrar, de seguridad, experiencia, conocimiento, habilidad en el trato; parecía ser capaz de escrutar dentro de mí para extraer lo que necesitaba, agarrarlo, acariciarlo, estimularlo y devolverlo, en una mejor versión, a su lugar en mi tembloroso interior. No me producía vértigo el monstruoso abismo de edad entre nosotros. A los cinco minutos de desnudez entre sus brazos, esta cuestión se fundió con el aire que nos rodeaba. Hablo desde la más profunda honestidad, cuando aseguro que lo que sentí por Laugliano era amor. No amor por su riqueza, como las mentes de mis lectores a buen seguro elucubran. Amor por su persona.

Por el millonario que más tarde mataría.

Me quedé a vivir con él. Nada me reclamaba en España; al fin y al cabo, acababa de terminar la carrera y restaba labrarme un porvenir en el ancho mundo: las riquezas de Laugliano parecían alinearse con tal propósito.

Sin embargo, no fui capaz de soslayar la insistencia de mis amigas mucho más. Conversamos plácidamente (debería entrecomillar esta última palabra), cuando quedaban pocas horas para la salida de su vuelo. Tras las quejas de rigor por haberles abandonado de aquella manera para marcharme con un desconocido septuagenario, abordaron la cuestión del porqué; yo les respondí con paciencia, para que comprendieran mi perspectiva y se marcharan de mi vida satisfechas con mi explicación. Les aseveré que Laugliano me regalaba una visión especial sobre el mundo, que compartía conmigo experiencias vitales que les sorprenderían como me sorprendieron a mí, que me entregaba más amor y atención del que he recibido por parte de cualquier persona de mi pasado. Que caí en sus redes, y que estaba encantada de haber caído. Trajeron a colación el dinero de Laugliano. Les concedí que el dinero había jugado su papel en la seducción animal que se originó, mas no del modo que ellas se imaginaban. Haber sido una persona de éxito y acumulado una fortuna a buen seguro había beneficiado su autoestima y su manera de afrontar la vida. Al fin y al cabo, era un ganador, ¿y qué mujer no quiere estar con un ganador? Paz me respondió que ahora la ganadora era yo, y su sutileza mal avenida me separó de ella de tal modo que di por concluida la conversación. Podía prescindir de su amistad durante el resto de mis días. Me despedí de ellas y volví rauda junto al amor de mi vida.

Hay amores que matan, dicen. Quizá a quien formuló ese dicho le rondara mi historia personal por la cabeza. Pues yo quise a Laugliano hasta el final. La mano que escanció el vino envenenado en su copa de oro era una mano enamorada.

Pasadas unas semanas desde que me instalé en su casa, me pidió matrimonio. Si bien demoré mi respuesta un tiempo prudencial con un fin que me confesé valorizador, me lancé a sus brazos y le comuniqué con pasión mi respuesta afirmativa.

Él, ni tenía mucha familia, ni era una persona familiar. Lo cual, combinado con el hecho de que la boda se realizó a los pocos días de su petición de mano, me evitó entrar en contacto con la mayoría de sus consanguíneos. Sólo un hijo que vivía cerca de Florencia tuvo tiempo de acudir con su familia. También asistieron algunos amigos del viejo en la ciudad. Con la celeridad que sólo el dinero es capaz de estimular, un modisto vino a tomarme medidas y me confeccionó un armonioso vestido. Se celebró en una villa que el viejo tenía en la Toscana, la cual me impresionó

sobremanera cuando la visité unos días antes. Una estructura renacentista, como las que había estudiado en la carrera; una verdadera belleza arquitectónica rodeada por la hermosura sublime de las colinas tornasoladas y los caminos flanqueados por cipreses. Los bizarros acontecimientos y el divino entorno hicieron germinar en mí la sensación de hallarme en los mundos de Morfeo.

Los asistentes a la boda, en cambio, trataron de anclarme a la realidad con sus miradas hoscas. Yo les comprendía. No cesarían de preguntarse cómo había sucedido, y su hijo se preocuparía asimismo por los posibles derechos de herencia que pudiera dejar de recibir de Laugliano. Todos creerían saber a ciencia cierta que mis motivos para casarme con él eran turbios y monetarios. No importaba; en un acceso de leve locura, resolví adoptar como hijo o hija a algún familiar de Laugliano para probar de ese modo que mis intenciones no se basaban en el lucro personal.

Mis amigas declinaron asistir a la boda, si bien rehusé indagar el motivo de su negativa. Por otro lado, me resultaba satisfactorio prescindir de dos alfileres dispuestos a pinchar el globo de felicidad que Laugliano se esforzaba en hinchar para mí. Lo comprenden mis lectores, ¿verdad?

La boda fue un momento de ensueño, como también lo fueron todos los días que la sucedieron. Por momentos llegué a pensar que el viejo me había drogado. Desde un principio fui la primera sorprendida de que se hubiera originado en mí un amor tan huracanado por una persona con un pie en la tumba.

Amor que le profeso aún, a día de hoy, cuando recuerdo cómo sus ojos verdes, agonizantes, me contemplaban por última vez, en una mezcla de desconcierto y la más profunda de las pesadumbres, mientras la vida abandonaba su cuerpo.

Prosiguieron tiempos bizarros. Sé que abuso de esta palabra, pero creo que se trata del adjetivo que mejor describe mi devenir desde que finalicé mis estudios de historia del arte. Vivía como una dama aristócrata, alternando nuestras estancias entre el piso de Florencia y la villa toscana. Cualquier cosa que necesitaba, la conseguía. Cualquier capricho que se me antojaba, se me concedía. Cualquier aspecto que me molestara, desaparecía. Laugliano me proporcionaba amor y placer, y el entorno de la Toscana todo lo demás. Era vivir un cielo en la Tierra. Tenía tiempo de pensar en necedades como, por

ejemplo, si ya estaba disfrutando del cielo, ¿qué me esperaría cuando muriera y solicitara entrar en él? Quizás el infierno, por equilibrar la balanza.

No, no iría al infierno por eso. En todo caso por matar al viejo.

No fue premeditado en demasía. De hecho, sucedió de una manera similar a mi infatuación amorosa, por la natural vía de las emociones, desechando todo raciocinio. Un aguijonazo de incomodidad inauguró el proceso, como un pistoletazo de salida. Dudo que sea capaz de explicar cómo se conformó la cadena de incomodidades posteriores, hasta resquebrajar el cielo y mudar la realidad en algo más que simple desajuste de postura. ¿Quizá tanta sensación de irrealidad me afectó en algún punto íntimo de la cordura? Pues mi mundo mudó y perdí contacto con tierra firme. Recuerdo una conversación bizarra que mantuve con el viejo, en que le reprendí por querer continuar resolviendo mis problemas, cuando hasta la fecha había aceptado encantada sus soluciones. Le insulté y, sin más, me retiré a mis aposentos. Otro día, cuando terminó de desnudarse para hacerme el amor, en una escena de emoción inenarrable, le asesté una impulsiva bofetada. Su arrugado rostro reflejó la confusión que le atenazó. Como respuesta, le aseguré que su cuerpo desnudo se me antojaba repugnante.

Lo sé. Mis comportamientos eran incoherentes. Pero, por alguna razón, la incoherencia se había convertido en mi coherencia, en mi mundo toscano de arte, paisajes de ensueño y facilidades algodoadas. No me esforzaba por comprenderlo. Mi formación artística me había conminado a aprehender la realidad a través de la belleza y de las emociones. En algún punto de mi estancia allí, supe que la respuesta al problema inicialmente planteado, respecto a la manera artística de aproximarse al conocimiento, brindaba una solución nítida, y me consideraba estúpida por haber dudado, incluso por haberlo discutirlo con otras personas. El arte era el más válido de los métodos de aproximación a la realidad. Nuestra sensibilidad nos aproxima a Dios, que es el conocimiento último. No lamenté la pérdida de la razón. Me desprendí y me despedí de ella brevemente, bajo una noche estrellada entre los cipreses del jardín de mi villa renacentista.

La planta y postura de Laugliano era directa y contundente; expresaba que no estaba dispuesto a permitir que se le escurriera el asunto más veces. Capté su resolución y se esbozó una idea tímida, en ciernes, desdibujada, en mi fuero alienado.

Pocos segundos más tarde, mientras verbalizaba sus deformes decepciones

contra mi persona, en mi nebulosa mente emocional hizo contacto una idea de aguas rojas.

Resolví matarlo.

Mi comportamiento no podía acomodarse con esquemas tan espurios como los del bien y el mal. Yo había trepado a otro estrato, adoptado otras maneras. Y en ese nuevo orden de cosas, naturalmente el viejo moriría. No había nada que pensar, nada que razonar. Probablemente fue Dios quien me instauró sus motivos místicos en la mente, y yo no era quién para contradecirlos. Por otro lado, si detenía mi cielo en la Tierra, quizá me quedara algo para cuando muriera.

El viejo volvió a sonreír con franqueza cuando le propuse que brindáramos por nuestro aniversario de mes. Llegó a convencerse, noté en su mirada, de que las cosas retornaban a su bizarro y original cauce. Yo alimenté esa impresión con besos y caricias. Toda la lozanía que me desplegó los primeros días resurgió en un semblante que exhalaba alegría de vivir. Lástima que esa sublime emoción fuera a quedar cercenada para siempre. Me consolaba recordar que con su dilatada experiencia él había sido feliz en numerosas ocasiones, más que la mayoría de la gente; más que yo. Había justicia divina incluso en los actos menos encomiables, y me congratulaba de ser partícipe de ella, aunque fuera de aquella intrincada manera.

La espalda de la tarde era ensartada por sables de nubes sangradas por el crepúsculo. El vino bañaba los cielos y las copas. Una de éstas permitía continuar viviendo, la otra lo impedía. E insistí en ser yo quien las sirviera, tras despedir a los empleados domésticos. Podía haber contratado a alguien para la labor tenebrosa que tenía entre manos, pero determiné ser el brazo ejecutor que impartiera realidad en tanta bruma. Otorgar la paz eterna a la persona a la que se ama no es una tarea que se pueda delegar.

El interior del cuello de Laugliano se remojó en vino ponzoñoso. Éste se deslizó por su añejo interior, viajando por los conductos que abrazarían el deceso en minutos. Me senté en su regazo para observar la escena en primera línea. Un actor que acude al estreno de su película no puede replegarse y observar desde lejos, ¿no es cierto? Y todo estaba bien y era correcto; el viejo moriría plácidamente, disfrutando de su vino y de su mujer. Pues yo lo acompañé durante todo el proceso, jalonando su piel de besos mientras él emprendía el viaje sin retorno cuyo destino final contemplamos todos al final

del lóbrego túnel de nuestras vidas. Lo bañé en mis lágrimas desconsoladas de esposa y lo abracé con mis trémulos brazos, hasta que el último jirón de vida se desprendió de su cuerpo macilento.

Estaba hecho.

Había matado al millonario.

2. Besarse con un muerto

—¿Por qué la dignidad de una mujer es inversamente proporcional a la cantidad de veces que se baja las bragas? —dice mi amiga Sella a menudo, o cosas por el estilo. Se ha puesto en pie de guerra.

En las últimas dos semanas Sella se ha acostado con cuatro hombres. Compartimos piso, y no tengo inconveniente en que los traiga, mientras se vayan antes del desayuno. A veces bromeo diciéndole que no acapare y que deje algo para mí, y soy tonta por hacerlo ya que entonces le doy pie a que me diga cosas como "si no ligas es porque no quieres", o "no seas reprimida, venga, este finde te follas a uno", o bien "¿no te gustaría tener un hombre-pañuelo?".

—¿Un hombre-pañuelo? —le respondo entonces, dándole coba.

—Sí, uno de usar y tirar.

—Los hombres no son de usar y tirar —tras unos segundos añado, algo mosqueada por su manera de ver las cosas—: No hay personas de usar y tirar, no hables así.

Entonces ella suele marcharse a su cuarto para no discutir, prefiere estar a bien conmigo. Se reserva todo su odio contra los hombres. Pero para odiarlos, bien que se los folla. Al rato suele salir y decirme algo así como:

—Tú y yo. Esta noche. Borrachas.

Y lo hacemos; es mi amiga y la acompaño aunque no siempre me apetezca. Ella me respeta cuando quiero quedarme en casa viendo una película con una taza de chocolate caliente en las manos y una manta gigante cubriéndonos a las dos.

Pero cada vez va a más. Esta noche salimos y se acaba liando con dos hombres en una discoteca. Me propone participar pero a mí ni me atraen esos hombres ni me apetece tener sexo ahora mismo. Y la verdad es que tampoco sé qué es lo que me propone exactamente, ni lo quiero saber. La situación es incómoda, ya que somos dos mujeres y dos hombres volviendo a mi casa, pero Sella tiene a los dos hombres y yo a ninguno. Uno de ellos hace tímidos intentos conmigo, pero le dejo claro que, entre una pared y él, me quedo con la pared. Al llegar a casa se encierran los tres en el cuarto de Sella. No quiero saber nada, me voy a dormir.

Al día siguiente los hombres no están, y Sella me dice, mientras desayunamos, que quiere salir esta noche también.

—¿Otra vez?!

—¡Sí! Estamos en fiestas, Diana, quiero disfrutar.

Se lo voy a cobrar en una semana entera viendo películas cuando pasen las fiestas. No le pregunto sobre lo de anoche, y ella tampoco me lo cuenta. Sabe que si no le pregunto es porque no me interesa. Es un amor de persona en realidad, tiene sus maneras de respetarme. Pero lo que hace hoy por la noche ya me parece demasiado, y es para pegarle un toque. Un toque serio.

El caso es que unos amigos le han invitado al chalet de un conocido, que por lo visto va a celebrar una fiesta por todo lo alto. “Estamos en fiestas, vamos”, es mi intento de animarme a mí misma. Es la última vez que salgo.

La fiesta a la que nos invitan es el desmadre más grande que he vivido nunca. Veo droga por todas partes aunque no quiera, en cada mesa hay rayas de coca. Dios, Sella me las va a pagar. Como sé que no va a tardar en dejarme sola, me esfuerzo en socializar para buscar a alguien interesante y al menos tener una conversación mientras Sella se dedica a lo suyo. No conozco a mucha gente, y creo que me he vestido demasiado provocativa. Desde luego no tanto como mi amiga, pero lo suficiente para que se me peguen lapas. Estoy dispuesta que se me pegue alguna si al menos me da conversación, sólo tengo que rechazar todos sus intentos y listo.

En efecto, Sella desaparece. Esta vez ni siquiera me dice adónde va o con quién. Está muy borracha, espero que no se aprovechen de ella. Un momento, quizá sea eso lo que quiere y yo aquí preocupada. Un chico bastante majo me da conversación, pero no estoy interesada en él. Hablamos de astronomía. Perfecto, no se me ocurre un tema de conversación que me pueda llevar más lejos de donde estoy.

Sin embargo, se me hace eterno. Creo que he ido como siete veces al baño, sólo por hacer algo diferente y mover las piernas (y de paso dejar de escuchar teorías sobre vida alienígena). Por fin aparece Sella y le digo al acto que nos vamos, no se opone. Cuando llegamos a casa y le veo la cara a la luz, me asusto. Me asusto de verdad.

—Sella, ¿qué demonios tienes en la cara?

—¿Qué tengo en la cara?

Se mira en el espejo. Unas pequeñas marcas rojizas alrededor de los labios, en las mejillas, en el cuello, como poros abiertos. No tiene buena pinta. Nada buena.

—Sella, ¿qué has hecho?

Está asustada, su cara es de terror.

—Yo nada, o sea nada fuera de lo normal, vamos.

—Empiezo a preguntarme qué es para ti lo normal.

—Lo normal, Diana, lo normal, no soy tan puta como te crees. Besos, caricias, penetración, felación.

Para mí lo normal no es eso, pero no se lo digo, no es el momento.

—Vámonos a urgencias ahora mismo.

El médico muestra gran sorpresa tras realizar los análisis. Y eso me da miedo. Que un médico se sorprenda de algo es mala señal, muy mala. Noto que duda sobre cómo encarar el asunto, tarda varios segundos en formular la pregunta:

—¿Has tenido contacto íntimo con un cadáver?

Silencio absoluto. No acabo de creerme lo que acabo de escuchar.

—¿Puede repetir la pregunta? —digo yo finalmente, pues Sella es una estatua de piedra ahora mismo.

—Mirad, estas marcas son típicas de alguien que ha estado en contacto físico estrecho con un cuerpo en descomposición.

—Sella, ¿qué demonios has hecho? —le pregunto.

—He tenido relaciones, pero con seres vivos. Lo prometo. O sea, con hombres —tras un segundo, añade—: Hombres vivos.

—Pues tienes las mismas marcas por todo el cuerpo.

—Me he acostado con tres hombres esta noche. ¿No puede ser una enfermedad de transmisión sexual?

—No. Como os digo, estas erupciones sólo brotan por el motivo que os he dicho. Yo digo lo que veo, tú eres la única que sabe lo que ha hecho.

—Sella —le digo—, ¿te has asegurado de que los tres hombres con los que te has acostado estaban vivos?

—¡Sí, joder! ¡Vivitos y coleando, se movían, hablaban, me follaban sin problema! —está alterada y la situación es crítica, se le perdona el lenguaje.

El médico le asegura que no es peligroso lo que tiene y le receta unas pomadas. A los pocos días las marcas desaparecerán. Nos despacha diciéndonos que tengamos más cuidado en adelante.

—Sella, tenemos que hablar.

—No me he acostado con un muerto, Diana. De verdad. ¿No me crees?

—Sí, te creo. Pero tenemos que averiguar lo que ha pasado. Estabas muy borracha, y quizá más cosas. ¿Tomaste drogas?

—Sí. Cocaína. Pero sé lo que hice, no perdí el conocimiento, era muy consciente de lo que hacía. Créeme, por favor.

—Que te digo que te creo, pero el médico dice lo que dice.

—Tiene que haber una explicación.

—¿Supiste algo de esos hombres? Me refiero, algo de sus vidas, a qué se dedicaban y demás.

—No. ¿Para qué me iba a poner a hablar de eso?

—Es lo que hace la gente normal. Conversar.

Pone la cara que tanto conozco de que se va a enfadar; o bien marcharse a su dormitorio.

—Lo siento —me adelanto—. Tú tienes tu manera de actuar y yo la mía, no te juzgo. Pero deberías ir con más cuidado. Vamos a ver, ¿tienes alguna manera de contactar con esos tres tíos?

Ha costado, pero el esfuerzo ha valido la pena. Tras varias horas hablando con unos y con otros, tanto Sella como yo, hemos resuelto el misterio. Reconozco que en el fondo me ha divertido. No debería, pues estamos hablando de la salud de mi amiga. Pero a quien le cuente esto no se lo cree.

La clave estaba en la profesión de uno de ellos. Lo descubrió Sella hablando con él por teléfono.

—¿Pero a qué te dedicas, cabrón? —oigo que le dice. Su cara se pone blanca al escuchar la respuesta y a los pocos segundos cuelga, sin añadir nada más. Me mira y me dice—: Ya sé por qué ha ocurrido.

—Dímelo, por Dios.

—Me ha dicho que es sepulturero. Joder, ese mamón está en contacto con fiambres todos los días.

Fui yo la que se empeñó en llevar a Hilario H. P. a los tribunales, pese a las reticencias iniciales de Sella. Y ha valido la pena. El juez ha fallado a nuestro favor. Como yo sospechaba, la investigación policial halló pruebas de prácticas necrófilas en el cementerio en el que trabaja, corroboradas en su propia persona por un análisis médico exhaustivo. En otras palabras, era él el que tenía contacto sexual con cadáveres. Le han condenado a nueve meses de cárcel y tiene que indemnizar a mi amiga con trece mil euros por daños y perjuicios. Me parece una sentencia justa.

Aliviadas tras salir de los juzgados, le digo a Sella:

—¿Y bien, te vas a replantear tus conductas sexuales?

—No tengo nada que replantearme, Diana. ¿No acabas de ver que la justicia me ha dado la razón? Es él y cabrones como él los que tienen que replantearse las suyas.

Por una vez, me alegro de darle la razón a Sella. Tiene más razón que una santa.

3. Comprar un libro en el ascensor

—¿Vas a entrar? —le digo, sosteniéndole la puerta.

—Sí, sí.

Llamo al ascensor y me entretengo mirándolo de reojo. Un vendedor de libros. En fin, cada uno se gana las lentejas como puede. Lleva varios mamotretos en la mano, deben de pesarle un quintal si los pasea de aquí para allá todo el día.

Le abro paso para que entre al ascensor y le digo:

—¿A qué piso vas? —mira un papel y dice:

—Al quinto.

Una vez dentro, él se pone a mirar el techo y yo el suelo.

Un ruido sordo. Una sacudida. El ascensor ha dejado de moverse.

—¿Qué pasa? —digo, nerviosa. No me gustan estas cosas.

—Parece que el ascensor se ha parado.

—Ya lo sé.

—Ah, como pregunta usted...

Pulso literalmente todos los botones del ascensor, al principio uno a uno y después varios a la vez con la palma abierta.

—Llame al timbre —me dice—. Ahí pone que, para hablar con el servicio técnico, tenemos que mantener el botón de timbre pulsado seis segundos.

No lo había visto, con la ansiedad que me ha dado. Estampo mi dedo contra el botón y lo mantengo. Al fin la sirena deja de sonar y se escucha la voz de un hombre.

—Diga.

—¡Nos hemos quedado encerrados en el ascensor!

—Qué pereza. Voy para allá.

—¿Cuánto tardarán?

Pero ya no contesta nadie. Vuelvo a pulsar el botón y suena de nuevo la sirena.

—Ya vienen, señora, no hace falta que pulse más.

—Pulso lo que me da la gana.

Intento tranquilizarme. Me incomodan mucho los ascensores que se paran, es algo que tengo que superar. El vendedor me mira con curiosidad.

—¿Qué pasa, nunca has visto a una persona con miedo a los ascensores parados? —le espeto.

—Sí, he visto unas cuantas. Disculpe si la incomodo.

Apoyo mi espalda contra la pared del ascensor. El hombre se rasca un brazo y cambia de pie su peso; se comporta igual que mi marido cuando le ronda algo por la cabeza. De repente, coge aire y empieza:

—Señora, ¿le gustan los cuentos? Llevo conmigo “El viaje sin retorno”, un libro de un escritor novel pero prometedor. Verá, contiene un total de veintinueve historias condensadas tan sólo en cien páginas, de temáticas variadas y finales sorprendentes...

—Perdona —le digo—. No me interesa.

—Sí, mujer, si es fácil de leer. Puede terminar uno cada noche, en la cama antes de dormir.

—¿Me vas a decir tú lo que he de hacer en la cama antes de dormir?

—No, señora, era sólo una sugerencia. Como le decía, el libro trata tanto de amor, como de crimen, pasando por fantasías infantiles y problemáticas adolescentes. Hay dos personajes, Pablo y Paula, que protagonizan varios de los relatos, que en realidad son dos mitades de una sola persona, dos mitades que, en su soledad, se sienten ansiosas de hallar la parte perdida de ellos mismos que únicamente se encuentra en el otro.

—¿Tardará mucho el técnico en venir, piensas?

—Por lo que he visto otras veces, unos quince minutos si no cogen ningún atasco.

—¡¿Tanto?! —grito horrorizada.

—Por eso le estoy tratando de amenizar el mal trago. Le hago pensar en otra cosa para que no se agobie.

—No, me estás intentando vender un libro.

—Bueno, si acaba usted comprándomelo se lo agradecería, pero mi motivo principal no es ése.

—¿El motivo principal en un vendedor de libros no es vender un libro?

—La verdad es que sí lo es, tiene usted razón. Le hablaría de recetas de cocina, pero por desgracia no llevo conmigo ningún libro de recetas.

No está haciendo más que empeorar las cosas. Trato de mostrárselo exagerando mi cara de mal humor. Sin embargo, no se da por aludido y prosigue.

—Por ejemplo, en uno de los relatos, las psicofonías, los fantasmas y los celos se mezclan en completa anarquía. Todo comienza con una excursión de una parejita curiosa y mal avenida a un pueblo abandonado. Realizan grabaciones de audio que, al ser analizadas, les hacen descubrir una

revelación que supondrá la ruptura definitiva de la relación amorosa. Para leer con la puerta atrancada, sin duda.

—Si ya me lo estás contando, ¿cómo esperas que te lo compre?

—Ah, entonces está usted considerando comprarlo.

—No. Lo que estoy diciendo es que no eres muy hábil como vendedor. Me estás contando todo el argumento. Es como cuando mi hijo me chafa lo que ocurre al final de cada episodio de la serie que estoy viendo.

—Sólo trato de estimular su curiosidad citando el argumento de un relato en concreto. El libro contiene muchos más. Y no le he revelado lo que dice la grabación de audio.

—A ver, te lo digo claramente entonces. No me interesa el viaje sin vuelta atrás, o como se llame.

—Bueno, para ser honestos, el libro deja bastante que desear, y se queda corto en muchos aspectos. Resulta ameno, pero cuando comienza uno a sumergirse dentro de una historia, es cuando se termina. Por lo que he oído, es algo que el autor se ha propuesto subsanar en su siguiente libro. Pero cambiemos de género. Quizá le agrade la ciencia ficción. Resulta que llevo conmigo "Los propios dioses", de Isaac Asimov. Es el primer libro del género mostrando sexo entre especies extraterrestres.

—No me interesa la ciencia ficción.

—Pero le interesará el sexo entre extraterrestres, ¿quién le dice que no a eso?

—Yo. Apenas digo que sí al sexo entre humanos.

—Es usted divertida, señora. Este libro marcó un hito, y Asimov lo consideraba su mejor obra. Le criticaron que, aunque escribía muchos libros de ciencia ficción, nunca aparecían extraterrestres. También le criticaban que no hubiera sexo en sus obras. Así que dijo, pues tomen ustedes una ración de sexo alienígena.

—No me interesa. Si es que en realidad no leo mucho... Voy a llamar otra vez.

Aplasto el botón de la sirena, manteniéndolo seis segundos.

—Señora, si ya están de camino... —me dice el vendedor. Lo ignoro. Prefiero hablar con el técnico, al menos no me dará el coñazo.

—Diga —es la misma voz que antes. No me lo puedo creer.

—Oye, ¿cuándo nos vais a sacar de aquí? ¡Soy claustrofóbica!

—Ya le hemos dicho que vamos para allá, señora, no moleste.

—Me has dicho hace un rato que veníais para acá.

—Sí, pero es que me estaba acabando el bocadillo. Ahora sí que salgo. Usted no se preocupe, no le va a pasar nada. No respire mucho, no sea que se le acabe el aire.

—¿¿Se me puede acabar el aire??

—No, señora, es broma. Usted no se mueva, que en un abrir y cerrar de ojos estoy ahí.

—¿Quieres dejar de hablar y mover el culo? ¡Por Dios!

El vendedor vuelve a mirarme, divertido. Parece que todos están disfrutando de la situación aquí menos yo. Vuelvo a aporrear todos los botones. Nada. ¿Por qué leches se ha parado el ascensor? No es tan viejo. Diablos.

—Entonces descartemos la ciencia ficción. Para ser honestos, a mí "Los propios dioses" no me parece ni de lejos la obra cumbre de Asimov. Si le quitamos la parte que se supone es la mejor, la de sexo alien, la trama principal del libro permanece igual... Una obra desconocida de él, "Las corrientes del espacio", por poner un ejemplo, me parece superior. Pero no se preocupe, tengo más libros.

—Hasta cuatro, ya lo veo.

—En efecto. Seguro que no me rechazará el clásico sobre los clásicos. Está usted de suerte, pues tengo aquí conmigo las andanzas de nuestro caballero más famoso: "El Quijote".

—Por favor, para de intentar venderme libros. No te voy a comprar ninguno.

—Estoy en horario de trabajo, señora. Tengo que cumplir con mis obligaciones.

—El técnico de los ascensores también, y no cumple con las suyas. No pasa nada si tú tampoco.

—Cada uno tiene una ética profesional. Yo trato de hacer bien mi trabajo. Como le comentaba, el Quijote es la obra maestra de las letras castellanas, y se ha traducido a todas las lenguas del mundo. No hay rincón del planeta donde no se lea.

—Ese libro no se lee ni en España. Y ten por seguro que no te lo voy a comprar. No consiguió mi maestro de pequeña que lo leyera, no lo vas a conseguir tú.

—Oh, pero esta edición está comentada e ilustrada. Le aseguro que disfrutará con las aventuras de esta divertida pareja que tiene una visión tan contrapuesta del mundo.

—¿Tú te lo has leído?

—Sí, claro, por supuesto. Pero no hace falta haberse leído el Quijote para saber lo bueno que es. Todo el mundo lo sabe, es acervo popular.

Por primera vez desde que nos conocemos, veo al vendedor sonreír.

—No te lo has leído, ¿verdad?

—Sí lo he leído. Una parte.

—¿Sólo una parte? ¿Y por qué no entero?

—Bueno, entre usted y yo porque estamos en la situación en la que estamos, le diré que su lectura es insufrible.

—¿Por qué criticas todos los libros que vendes?

—Sólo con usted y porque me sincero cuando me muestra que no quiere comprar el ejemplar. Y porque estamos encerrados en el ascensor.

—¿Estar encerrado en el ascensor te hace ser más sincero?

—Parece ser que sí, señora.

—Entonces, ¿qué opinas de ese último libro que tienes ahí? ¿Cuál es?

—Éste sí que es bueno de verdad. Es "Justine o los infortunios de la virtud", del Marqués de Sade. Pero supongo que ya no me creerá lo que le digo.

—A ver, ¿de qué trata? No te lo voy a comprar, pero ya que me has hablado de todos, no te dejes el último.

—Habla de las desventuras de una mujer que pasa por manos de diferentes personas tras haber decidido recorrer la senda de la virtud, y cada uno de ellos la tortura y la viola. Contiene un alto contenido sexual, pero está escrito en un registro sublime y llega casi a convencer al lector de las bondades del sadismo.

—¿Sadismo? Ya empezamos a hablar el mismo idioma. Ahora mismo sólo tengo ganas de causar dolor. De eso va el sadismo, ¿no?

—Correcto, se trata de buscar el placer en el dolor causado a otras personas.

—Pues el técnico y tú estáis haciendo sadismo conmigo. Disfrutáis torturándome.

—Pareciera que el técnico y yo estamos aliados, cuando ni siquiera tengo el placer de conocer al tal señor.

—No creo que sea un placer.

—Entonces, ¿está usted interesada en "Justine o los infortunios de la virtud"?

—No.

Ya me he cansado de pelear y dar explicaciones. El hombre desvía la mirada y de repente parece triste.

—Señora —me dice—, ya que nos hemos visto forzados a compartir un espacio durante unos minutos y nos hemos hecho amigos, ¿le puedo pedir en confianza que me compre algún libro si es tan amable? No llevo un buen mes de ventas. Es mi último intento, no le insistiré más y discúlpeme si la he molestado.

Parece que no lo hace para manipularme, que de verdad no vende nada. Me da lástima. Pero no me interesa ninguno de los libros que lleva. De repente se me ocurre algo.

—¿Tienes “Ambiciones y reflexiones” de Belén Esteban?

—Deje que lo compruebe... —consulta su móvil—. En efecto, lo tengo en *stock*.

—Venga, pues te lo compro.

—Perfecto. Será un ejemplar de "Ambiciones y reflexiones" para la señora. No se arrepentirá de su compra. Sólo hemos de rellenar este formulario para que la podamos añadir a la lista de clientes y que pueda usted recibir nuestras ofertas regularmente.

—Espera. ¿Recibir vuestras ofertas regularmente significa que vas a venir tú regularmente a darme la monserga?

—Bueno, traducido a palabras más coloquiales se podría decir que significa eso, sí.

—Pero cada dos o tres meses, ¿no?

—Para nada, vendré semanalmente. Y mañana mismo me tiene usted aquí de nuevo para hacerle entrega de su primera adquisición.

—No hace falta que te des tanta prisa.

—Sí hace falta. Me enorgullezco de mimar a mis clientes, es mi marca personal. Por otro lado, no soy tan cruel como para dejarle tanto tiempo a usted sin la interesantísima lectura de “Ambiciones y reflexiones”, de la ilustre Belén Esteban.

4. Pegarse a la espalda de la gente

Había una chica a la que le gustaba pegarse a la espalda de la gente. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía. Cuando caminaba por la calle y alguien andaba delante de ella, solía colocarse justo detrás de esa persona, manteniendo poca distancia de ella, e imitando sus pasos e incluso a veces sus gestos. Claro que esto no lo hacía con todo el mundo con el que se cruzaba, pero sí con muchos. Nadie la descubría, se le daba bien. Hasta que un día la pillaron.

—¿Por qué te pegas a mí?

La chica no supo cómo reaccionar. Se quedó plantada con cara de póquer, dio la vuelta y agarró otro camino hacia donde se dirigía. Pero el suceso fue suficiente para que se percatara de algo.

Al día siguiente volvió a las andadas. Caminando por la calle más concurrida de la ciudad, se pegó a todas las personas que pudo. Le puso más empeño que en otras ocasiones, pues quería comprobar lo que le había parecido percibir el día anterior. Para ello necesitaba que la pillaran de nuevo. Intuía que no podía provocarlo ella, por ejemplo, tropezando con la persona a la que se pegaba. Ésta tenía que *sentirla* a sus espaldas y girarse. Comenzaba a creer que tenía superpoderes.

Finalmente, una mujer de unos treinta años se dio cuenta del peculiar acoso y se giró.

—¿Qué haces? —le dijo.

La chica se volvió a quedar plantada, pero esta vez preparada para percibir y vislumbrar. Observó intensamente a la mujer a los ojos. La información voló hacia ella. Segura de sus palabras, le dijo:

—Tu amiga te va a dar plantón otra vez, no vale la pena que sigas —la mujer mostró una gran sorpresa y respondió:

—¿Cómo lo sabes?

Pero la chica ya se había dado la vuelta y marchado en busca de más víctimas de sus poderes mentales.

El hombre se giró y le dijo:

—¿Me estás siguiendo? ¿Qué quieres?

—Si vas a casa ahora mismo conocerás al instructor de tenis de tu mujer.

Unos minutos después, una anciana le increpaba:

—Muchacha, ¿qué haces? Te vas a tropezar conmigo.

—Tu nieto todavía no ha abierto el regalo que le hiciste, lo comprobarás cuando llegues.

Incluso se atrevió con un grupo de chicas adolescentes:

—¿Qué haces, niñata? —le dijo una.

—No os va a gustar la película a ninguna —se quedó pensativa unos segundos—. Bueno, a ti un poco, porque te recordará a los veranos en el pueblo de tu tía —añadió dirigiéndose a una en concreto.

A la chica le parecía divertido adivinar el futuro inmediato de la gente y advertirle sobre ello. Incluso cada vez era más capaz de provocar "ser pillada" por la persona a la que se pegaba, sin tener que tropezar con ella. Y lo hacía cerrando el espacio entre ella y sus "víctimas" hasta casi tocarlas. A estas alturas no le cabía ninguna duda de que atinaba con sus predicciones: las imágenes acudían nítidas a su mente desde ningún lugar en concreto, y las caras de asombro le confirmaban su veracidad.

Volvía a casa, dando por concluida su jornada de acoso, cuando vio a un chico caminando solo. "Venga, la última persona por hoy". Se acercó a él y *voilà*, a los diez segundos consiguió que el chico se apercibiera de su moscardona presencia.

—¿Quién eres, qué quieres?

Pero cuando la chica le miró a los ojos, se quedó petrificada. Esta vez no por inexperiencia, no por no saber qué hacer, sino por lo que contempló. Las palabras se le atragantaron y dio media vuelta.

A los dos minutos de caminar hacia su casa, la chica se paró en seco. "No, tengo que evitar que ocurra". Volviendo sobre sus pasos a toda prisa, consiguió dar de nuevo con el chico y le dio dos toques en el hombro.

—No hagas lo que vas a hacer.

El chico mostró una enorme sorpresa.

—¿Cómo sabes lo que voy a hacer? No te conozco.

—Eso no importa, sólo que veo lo que vas a hacer y no me gusta. Hay otras formas.

—¿Te envía ella?

—No.

El asombro que la revelación causó en él lo mantuvo, al menos, clavado al suelo. Lo cual en sí era un progreso. Ella sintió que debía seguir hablando.

—Hay más mujeres en el mundo, encontrarás a alguien mejor.

—¿Alguien como tú?

—¡No! —enseguida se dio cuenta de que había sido demasiado contundente con su negativa, especialmente delante de un suicida—. Quiero decir, quizás.

—¿Quieres salir conmigo?

—¡No! —otra vez respondió de manera espontánea y hubo de rectificar—. O sea, no nos conocemos.

—Y tú misma has dicho que eso no importa.

—¿Cómo me he metido en este lío?

—O sales conmigo o me suicido.

—Lo ibas a hacer igualmente.

—Hasta que has aparecido tú. Si no sales conmigo retomaré el plan.

—Es que no quiero salir con un suicida.

—¿Quieres tener esta muerte sobre tu conciencia?

—Mira, yo no tengo la culpa de que te vayas a suicidar. Sólo he visto que lo ibas a hacer y te he pedido que no lo hicieras, y ahora tú me estás haciendo chantaje emocional.

—Que está funcionando. Venga, sólo te pido que te tomes un café conmigo. O me mato.

Tras terminar el café, el chico dijo:

—Pues me has caído bien, de verdad quiero que seamos pareja.

—Y dale, que no.

El chico se levantó y se marchó a gran velocidad. La chica salió corriendo tras él y se pegó a sus espaldas; él se giró y ella pudo ver en sus ojos que volvía a tener intenciones reales de terminar con su vida.

—No lo hagas.

—Pues ten sexo conmigo esta noche. O mejor ahora mismo, vamos a mi casa.

Se quedó plantada pensando durante varios segundos.

—Bueno, ya está bien. Si quieres matarte, mátate. Deja de pasarme la responsabilidad de tus decisiones. No voy a acostarme contigo para que no te suicides. De hecho, casi me alegraría si lo hicieras. Ahora entiendo por qué te ha dejado tu novia.

Ambos se separaron bruscamente y reemprendieron sus respectivos caminos.

A los dos minutos, dado que la chica tenía un corazón, se detuvo en seco. "Vas a cargar con esa muerte toda tu vida, has visto que de verdad va a matarse y está en tu mano evitarlo". Se apresuró a deshacer su camino de nuevo y encontró al chico.

—No te mates.

—Ven a mi casa.

—No. Lo máximo que puedo ofrecerte es ser tu amiga, y te aseguro que tener un amigo suicida no es lo que más me apetece ahora mismo. A mí también me han dejado alguna vez, podemos compartir experiencias —tras unos segundos añadió—: Así pues, amistad y nada más que amistad. ¿Lo tomas o lo dejas?

El chico se dio la vuelta y salió corriendo hacia la calzada, por la que circulaba un tráfico abundante. Estampó su cara contra un autobús en movimiento y rebotó hacia atrás, rodando por los suelos, hasta terminar de nuevo donde la chica observaba, atónita, la escena. Allí, a sus pies, con la nariz rota chorreando sangre y un hilo de voz lastimero, el chico dijo:

—Lo tomo, lo tomo.

5. Enamorarse de Cucúa

Al principio no me molesté ni en contestarle. Me ha pasado otras veces, algún perverso que me ha conocido de alguna manera y me ha buscado en las redes sociales, intentando contactar conmigo. No sé por qué lo hacen, sinceramente. ¿Piensan que voy a quedar con alguien que no conozco? Sin embargo, éste era insistente, y al final me digné a prestar atención a sus mensajes. No me había percatado de que esta persona me estaba pidiendo ayuda. ¿Ayuda a mí? ¿Para qué? Yo era una chica de veintiún años, estudiaba la carrera de traducción e interpretación. Mis amigos eran todos normales y que yo recordara no había puesto en peligro a nadie por ningún motivo. Vivía con mis padres, mis hermanas y mi perro Mik. Llevaba lo que podría llamarse una vida normal. Ignoraba por qué razón un desconocido podría necesitar mi ayuda.

En fin, cuando leí sus mensajes con atención comprobé que se disculpaba por haberse descargado fotos de mi perfil y haber suplantado mi identidad. Fue entonces cuando reaccioné y le contesté:

—¿Perdón? ¿Cómo que me has suplantado? Explícame eso.

—Por fin me hablas, gracias. Te pido disculpas por enésima vez, dame la oportunidad de explicarme.

—Es lo que te estoy pidiendo, que te expliques. Pero primero dime quién eres y de qué me conoces.

—No nos conocemos, ya ves por mi perfil que me llamo Osouka Manebo. Fuimos al mismo instituto y alguna vez te he visto por los pasillos, es lo único que tenemos en común. Tú estabas dos cursos más abajo que yo. Cogí fotos de tu perfil, lo tienes abierto.

—Perfecto, otro acosador.

—¡No! No soy un acosador, te lo prometo. Al menos a ti no te he hecho nada. Déjame que te explique.

—Adelante.

—¿Conoces al jugador de fútbol Monta Dío?

—Sí, claro, del F. C. Casa de Campo.

—Supongo que sabes que tiene pareja desde hace dos años, una chica muy guapa de la que siempre habla pero con la que nunca se le ve. De hecho, nadie la ha visto nunca, es un misterio.

—Algo me suena, muy lejanamente, no presto mucha atención al cotilleo. Tampoco me interesan los deportes.

—Pues presta atención ahora, Elaine, porque esa chica, la novia de Dío, eres tú.

—¿Qué? Te voy a denunciar. No me puedo creer lo que estoy leyendo.

—No me denuncies, por favor. Lo he pasado muy mal, lo *estoy* pasando muy mal. En realidad no eras tú su novia, sino yo. Me hacía pasar por ti. Pero no quiero que todo esto salga a la luz.

—¿Por qué me pedías ayuda? Todo lo que has hecho te lo has cocinado tú solito y te lo comes tú solito.

—Te pido ayuda porque no puedo más. No quiero mantener más tiempo esta mentira. Ha empezado a afectar seriamente a mi vida, y necesito pasar página y olvidarme, empezar de nuevo, conocer a alguien diferente. Y, sobretodo, a alguien a quien pueda ver en persona, abrazar, besar.

—Hablas como si de verdad tuvieras una relación sentimental con Dío.

—Es que sí la tengo, aunque se base en una mentira. Soy buen suplantador. Durante dos años Dío ha creído que estaba saliendo con una chica veinteañera, de nombre Lenora Cucúa.

—Pues bien, como eres una novia postiza, no te costará acabar con la patraña. Simplemente no contactes más con él. Y, por tu bien, deja de cogerme fotos y hacerte pasar por mí.

—Primero te recomiendo que cierres tu Facebook al público, que aún lo tienes abierto. Y lo de cortar con él no es tan fácil. Y menos de la manera que dices, no quiero que piense que lo he abandonado sin más, sería muy cobarde por mi parte.

—Es que es muy cobarde por tu parte la situación tal cual es ahora. Estás fingiendo que eres una mujer para salir con una persona que está fuera de tu alcance.

—Me duelen tus palabras. Por favor, entiéndeme. Tienes que cortar con él.

—¡Pero bueno! Corta tú con él, ¿a mí qué me cuentas?

—Tú eres su verdadera novia. Tu cara es la que él imagina cuando piensa en mí. Yo no puedo hacerlo, se me parte el alma. Normalmente finjo tu voz al teléfono sin problemas, pero esta vez no voy a poder... se me quebrará y me saldrá mi voz masculina.

—Espera, ¿has estado imitando mi voz?

—Sí, claro. Lo que recordaba que era tu voz más o menos. Y si no la acertaba mucho no pasaba nada al fin y al cabo, ¿no crees?

—¿Sólo hablabais por teléfono? ¿Nunca intentó verte en persona?

—Él lo intentó, pero yo siempre supe ingeniármelas para que los planes se

torcieran.

—¿Has tenido excusas durante dos años?

—Sí.

—Debes de tener una buena imaginación.

—La tengo, ¿no te estoy diciendo que soy un buen suplantador? Se requieren dotes especiales para ello. Además, como vivo a cuatrocientos kilómetros de él no es tan difícil pensar excusas; no ha intentado quedar en persona tantas veces.

—¿Y nunca ha intentado verte aunque sea por videoconferencia?

—Sí, varias veces. Yo lo podía ver a él, él a mí sólo escucharme. No vio de mí nunca nada más que una pantalla negra. Le dije que no sabía conectar mi cámara. Le decía, no sé qué pasa con mi cámara, y él no insistía. Es muy buen chico.

—Y muy tonto.

—No hables así de él. No es tonto, está enamorado.

Me entra la risa.

—¿Cómo va a estar enamorado de ti? Ni siquiera te conoce.

—Es un chico muy sensible y entregado. Tiene una total confianza en mí. Se creyó sin dudar lo de mi accidente y se preocupó mucho.

—¿Qué accidente?

—Claro, como no sigues las noticias no te enteras. Yo, o sea, tú, tuviste un accidente de tráfico bastante grave.

—Pero de mentira, ¿no?

—Sí, sí. Totalmente inventado.

—¿Por qué?

—En ese momento me sentía especialmente mal, y quería llamar su atención.

—Curiosa manera de intentarlo.

—El caso es que el accidente fue grave y estuve convaleciente. Dío me prestó más atención, por supuesto vino a verme al hospital.

—¿Y tanto te vendaron que no se dio cuenta ahí de que eras un hombre?

—No, porque no nos vimos. Primero le di el nombre de un hospital que no existe. Después de todo un día en que le mareé tratando de explicarle dónde estaba, le dije que me iban a trasladar esa noche a otro hospital y que me iban a sedar por el dolor. Ahí dejé de hablarle varios días y apagué el móvil, supongo que se volvió a su ciudad. Cuando fingí encontrarme mejor, le dije que ya estaba en casa.

—Dios mío. Eso es muy malvado.

—Lo sé. El caso es que el episodio del accidente no me hizo sentir mejor sino al contrario, vi más claro aún que estaba viviendo una mentira. Que nunca podríamos consumir nuestro amor.

—Es que estabas, y estás, viviendo una mentira.

—Por eso planeé mi muerte.

—¿Perdón?

—Pensé, muerto el perro se acabó la rabia.

—Tú no estás bien.

—La verdad es que no. Pero llevé adelante mi plan. Le dije que, gracias a estar ingresada en el hospital a causa del accidente, me descubrieron una leucemia en estado avanzado, incurable. Así que me morí.

—Eres lo más rastrero que he conocido nunca... Una lagartija despreciable. Un accidente de tráfico, una leucemia... Este tipo de bromas no se hacen. ¿Por qué lo hiciste?

—No son bromas. Y lo hice por lo mismo que te digo ahora. No soportaba la situación y no sabía cómo terminarla.

—Y no se te ocurrió mejor manera que muriendo.

—Era lo más radical, ¿no crees? En el momento me pareció buena idea. Pensé que eso cortarían de raíz mis posibles intentos de volver con él. Le pedí a un amigo que se hiciera pasar por mi hermano para que lo llamara y le comunicara la triste noticia. Actuó muy bien.

—De todos modos, si estoy muerta problema solucionado, ¿no? ¿Para qué necesitas mi ayuda entonces? No hace falta romper con un muerto.

—Sí hace falta. Digamos que... resucitaste.

—Venga ya. Esto ya no hay quien se lo crea.

—Soy débil. Verás. Un tiempo después de morir le llamé y le dije que mi muerte había sido fingida, y que estaba muy arrepentida por mi comportamiento.

—Eres un miserable.

—Él no me consideraba así. De hecho me perdonó y volvimos. Es verdad que al principio se enfadó mucho. Muchísimo, y lo entiendo.

—No creo que eso sea algo que se pueda perdonar...

—Lo cual demuestra el gran amor que siente por mí, que me perdona lo imperdonable. Por eso se me hace imposible cortar con él. Ni muerto lo he conseguido. ¿Lo entiendes ahora? Nos une un vínculo muy estrecho.

—Pero si ni siquiera os habéis visto en persona, por Dios.

—Es lo de menos, Elaine. Los sentimientos y el dolor, éstos son reales. Por eso tienes que romper tú con él. Aunque eres la verdadera Lenora, no te costará trabajo hacerlo. No tienes sentimientos hacia él.

—Quizá sí los empiezo a tener: una gran compasión, por cómo ha sido engañado durante tanto tiempo por un canalla como tú. Él ha confiado en ti ciegamente, tanto que ni siquiera necesitó verte en persona para amarte. Y tú has llegado a fingir tu muerte para terminar con la relación. Eres un ser despreciable.

Osouka dejó de escribir. A lo mejor me pasé y herí sus sentimientos. ¿Es posible que alguien se deje llevar por los acontecimientos de esa manera, hasta llegar a una locura semejante?

—¿Osouka?

—Sí, estoy aquí... yo le amo —no supe qué contestar a eso. Por suerte, continuó hablando—. ¿Sabes una cosa? La prensa comenzó a pensar que Monta era homosexual, y que se había inventado toda esta historia para ocultarlo. Todo encajaba. Nunca se le había visto con una mujer, pero eso se debe a que es una persona muy religiosa y discreta. También se pensó que hizo que su novia muriera porque temía que le pillaran la mentira, la prensa comenzaba a presionarle. Al fin y al cabo la historia entera era bastante increíble, ¿no te parece? Todo esto me hace mucha gracia, porque el *gay* no era él sino yo. No hay persona más hetero que él, créeme.

—¿Cómo te enamoraste de él? ¿Lo conociste en persona? Quiero decir, siendo Osouka.

—Lo vi una vez. Fui a verle cuando vino a jugar a mi ciudad en una liga regional. Al acabar el partido, del cual su equipo resultó vencedor, concedió diez minutos a los seguidores para firmarnos autógrafos. Yo me llevé mi balón al campo y me lo firmó. Tuve la oportunidad incluso de cruzar unas palabras con él. Le dije que admiraba mucho su juego, que disfrutaba viéndolo. Me miró a los ojos y me respondió que sólo gracias al amor de sus *fans* podía continuar jugando así, y me estrechó la mano. Recuerdo ese momento todos los días de mi vida. El balón lo tengo acristalado y expuesto en el salón de mi casa.

Joder, al final era una historia bonita. Se me humedecieron los ojos. ¿No me estaría engañando ahora él a mí? Al fin y al cabo, lo suyo era engañar, él mismo lo había dicho. Pero no, esta parte me parecía verídica.

—¿Cómo se ha sentido él todo este tiempo? Sería muy dura la noticia de tu muerte, imagino.

—El día de mi muerte jugó. Es una pena que no lo recuerdes, pues la prensa lo amó por ello, salió en todas las portadas. Era público que su novia había fallecido, y aun así no abandonó a su equipo en un día importante como aquél. Ganaron el partido y la copa, fue aclamado por todo lo alto. En la rueda de prensa tuvo palabras para mí, con lágrimas en los ojos. Yo acompañaba sus lágrimas con las mías propias en casa, frente al televisor.

Me pregunto hasta qué punto la dificultad para mostrar abiertamente la homosexualidad jugó un papel en esa historia. Parece ser que sigue siendo un problema serio, en Occidente, en pleno siglo veintiuno. Habrían tenido una relación sincera y en persona si Osouka hubiera sido una mujer, de eso no me cabía duda.

—Si no pongo fin a esto de alguna manera, no sé qué va a ser de mi vida. Sé que soy lo más despreciable que hay, pero no puedo encargarme de esto. Simplemente, no puedo. Por favor, ayúdame a mover ficha adelante por primera vez en mi vida de lagartija.

—¿Sería llamarle y cortar con él? —le digo, tras pensármelo unos segundos.

—Sólo eso. Intenta decírselo con suavidad.

—Osouka, si hablo con él le voy a contar todo lo sucedido. Alguien que ha vivido una mentira así durante dos años se merece conocer la verdad, aunque haya sido tan tonto como para creérsela.

—Me parece justo, aunque me duele. Va a sufrir. Elige bien las palabras, por favor, no le hagas más daño del necesario. Ése ya se lo he causado yo.

—De acuerdo. ¿Cómo se supone que os conocisteis? Como Lenora esta vez, me refiero. Creo que no me lo has contado.

—Le escribí, o mejor dicho le escribiste, un mensaje muy emotivo en su muro de Facebook. Le gustó mucho y me contactó.

—¿Qué decía el mensaje?

—Era como un poema, más o menos. Te lo puedo pasar. Mira, es éste:

"Monta Dío, inspiración y luz, tu figura dominando el campo mientras laten los corazones de tus seguidores al ritmo del tuyo. Te contemplo desde las gradas, observo tu mirada y tus fuertes manos controlando a tus adversarios, mis rodillas crujen cuando se doblegan las tuyas, me falta el aliento cuando siento escasear el tuyo. El sol brilla en tu peto naranja y despliegas tu generosidad como un manto de alegría de vivir dorado. Lo que yo daría por cruzar unas palabras contigo. Lo que yo daría por sorprenderme con un mensaje tuyo, bajo un sol radiante o en la noche bajo

las sábanas. A cualquier hora, pues siempre estoy para ti, Monta Dío. Es el sueño sincero de una seguidora tuya, probablemente la seguidora más entregada que hayas tenido jamás. Por siempre tuya, Lenora Cucúa."

6. Desenterrar la moto

Hanky y Johnan estuvieron encantados con la llamada de su oficinista, Hannie. Encantados y sorprendidos. Sobretudo Hanky, amante absoluto de las motocicletas. Cuando oyó las palabras de Hannie a través del altavoz mientras conducía la furgoneta, se puso a dar palmas. Johnan alargó la mano para sostener el volante y evitar un accidente.

—¡Cuidado, hermano! —exclamó.

—¿Una Sanglas 400 enterrada en el jardín de su casa? ¡Guauu! ¡Esto es muy interesante!

—No exactamente de *su* casa —respondió Hannie, aún en línea—. Es decir, ya no lo es. Tendréis que improvisar al hablar con la nueva propietaria.

—¿Y quién es el contacto? —dijo Johnan.

—El anterior propietario. Se llama Jouglas. Es nieto de un trabajador de carreteras, el que tenía la moto. Parece que Jouglas ha estado siempre seguro de que la leyenda es cierta, que la moto de su abuelo está enterrada en el jardín, incluso es capaz de decir dónde, en qué parte.

—¿Y por qué no la ha desenterrado él nunca? —dijo Johnan.

—No tenía motivos para hacerlo. La leyenda era parte de la historia familiar. Mientras vivieron allí todos, no importaba si la moto se encontraba realmente allí o no. Ahora Jouglas es mayor, se acuerda de su abuelo y le gustaría ver la moto desenterrada; la recuerda de cuando era pequeño. Ha pensado que unos cazadores de tesoros como nosotros éramos las personas indicadas para el trabajo, apreciaríamos la historia tan interesante que hay detrás y le daríamos su justo valor, que no es poco.

—Efectivamente, somos las personas indicadas —dijo Hanky.

—Bueno, vamos para allá. Conciértanos una cita con el tal Jouglas —dijo Johnan.

Jouglas era un calvo sesentón de afable rostro con más michelines que espalda.

—Hola, amigos, gracias por venir. No sabía si accederíais a buscar algo que no tiene valor real. La Sanglas 400 era la moto más conocida de la compañía, y por tanto la más vendida. Además, su restauración será inviable.

—Hola, Jouglas. Puede que no tenga un valor real, pero por lo que nos han contado tiene un valor sentimental y eso nos basta.

No fue difícil convencer a la nueva propietaria de la casa de que les permitieran excavar en su jardín, una vez le mostraron la chequera. Por otro lado, le aseguraron que le comprarían la moto si la encontraban y le dejarían el jardín tal y como estaba, ella no notaría que habían pasado por ahí. Se quedó mirando, no obstante, desde la puerta trasera lo que Hanky, Johnan y Jouglas hacían durante gran parte de la jornada. No es de extrañar, pues al fin y al cabo se trataba de su jardín, y no todos los días venía alguien a cavar en él arguyendo que había una moto enterrada.

—¿Por dónde está la Sanglas, Jouglas?

Éste permaneció pensativo durante unos segundos.

—Mm... esto ha cambiado. Pero creo que es por aquí. Sí, aquí mismo.

Comenzaron a cavar. El entusiasmo les impulsó a trabajar duro al principio, mas poco a poco el desánimo les embargó pues no encontraban nada. Ni rastro de la moto. Llevaban un agujero de casi dos por dos metros.

—¿Estás seguro de la ubicación, Jouglas? —dijo Hanky, secándose el sudor de la frente.

—Déjame pensar... Cavemos un poco más dirección norte. Antes aquí había un porche. Que ya no esté me descoloca.

Los tres se pusieron manos a la obra cavando un poco más al norte. Al fin y al cabo Jouglas hacía tiempo que no vivía en esa casa y se le podía disculpar que no tuviera memoria fotográfica. Durante media hora cavaron y siguieron sin encontrar nada.

—¿Deberíamos seguir por aquí? —preguntó Johnan, comenzando a acusar la falta de resultados y el cansancio físico.

—Sí, amigos. Yo creo que vamos bien. Mi abuelo era tenaz, seguro enterró la moto a bastante profundidad.

—¿Entonces cavamos más hondo?

—Sí, más hondo.

Cavaron más hondo. Y justo cuando Johnan iba a quejarse de que seguían sin encontrar nada, dio con algo.

—¿Qué es esto, Hanky?

Johnan levantó de tierra un objeto con forma alargada.

—Johnan, eso es un trozo de chasis de un coche.

—¡¿Qué?! —exclamó Jouglas—. ¿Un coche? ¿Estás seguro?

—Compañero, he visto miles de coches por piezas, y eso pertenece a un coche, te lo puedo asegurar. Puede ser una buena señal, si tu abuelo enterró esto aquí quizás aprovechó el agujero para enterrar algo más.

—¿Por qué enterraría el chasis de un coche tu abuelo?

—No lo sé —contestó Jouglas—, quizás era de un coche que tuviera valor sentimental para él, como la moto. Pero la verdad es que nunca oímos hablar de un coche, sino de una moto. La Sanglas.

—Espero que no esté por piezas también...

—Si está por piezas las ensamblamos, Johnan.

—Sí, sé que pasarías un buen rato montando la moto, Hanky.

Al poco rato encontraron otro objeto.

—¿Esto qué es, Hanky?

Hanky bizqueó para examinar el extraño objeto.

—Yo diría... que eso es un trozo de cuadro de bicicleta.

—¿De bicicleta? ¿No puede ser de moto?

—No, Johnan. Fíjate en lo ligero que es, es aluminio. Sólo las bicis se hacen de aluminio.

—Un coche, una bicicleta... —comentó Jouglas, descorazonado—. No se ajusta a la leyenda, amigos. No se ajusta.

—Tú estás seguro de que se trataba de una moto, ¿verdad, Jouglas? ¿Una Sanglas?

—Yo he montado en ella. Estoy seguro como que el cielo es azul.

—Ahora es blanco, Jouglas, se está oscureciendo.

—Esperemos que no llueva.

—Esperemos que no, Johnan.

Con las primeras gotas encontraron una pata de mesa de salón.

—¿Pero qué diablos...? —exclamó Hanky.

—Jouglas, parece como si tu abuelo hubiera utilizado el jardín como estercolero... Sin ánimo de ofender.

—No me ofendes, amigo. No sé, estoy confuso. Quizá no fuera él quien enterró todas estas cosas.

—¿Para qué las enterraría, de todos modos? Él, o quien fuera. ¿No sería más fácil tirarlas?

—Los caminos del señor son inescrutables, y los de algunas personas también —dijo Jouglas, empeñado en tomarse las cosas con filosofía.

Cuando el trío de excavadores encontró el palo de una fregona, entonces sí comenzaron a mosquearse.

—Esto no tiene buena pinta, compañeros —dijo Hanky.

—Si tú lo dices, que eres el último siempre en perder el ánimo, ya podemos ir cerrando el chiringuito y tapándole los agujeros a esta buena mujer —contestó Johnan. Ésta, al oírse aludir, saludó desde los peldaños traseros donde se sentaba.

—No. Aún creo que encontraremos la Sanglas.

—Por el momento voy a coger fuerzas de tu fe ciega, hermano.

Lo siguiente con lo que se toparon sus palas fue un despertador oxidado sin manecillas. Unos minutos después, un pequeño espejo de baño. Roto. Más tarde el pomo de una puerta.

—Cavemos un poco en dirección este, amigos —dijo Jouglas. Hanky y Johnan lo miraron estupefactos—. Me ha venido la intuición de que quizá la Sanglas esté enterrada un poco más en aquella dirección.

—Tú... ¿llegaste a ver con tus propios ojos cómo tu abuelo enterraba la Sanglas?

—Claro que no. Mi abuelo me llevó un día al sitio del jardín donde me aseguró que había enterrado la moto. Pero verle cómo la enterraba, eso no.

—Creíamos que lo habías visto, hermano —dijo Johnan.

—Continuemos cavando en la dirección que dice Jouglas —dijo Hanky.

—¿Sí? ¿Hasta cuándo? —repuso Johnan—. Ya es casi la hora de comer y estoy que me desmayo. Estamos comenzando a empaparnos. Vaya día nos ha escogido Hannie para un trabajo de campo. Se nos va a embarrar todo. Y hasta ahora lo único que hemos recuperado es basura —y dirigiéndose a Jouglas, añadió—: Otra vez sin ánimo de ofender, hermano.

—No me ofendes. Quizá podamos hacer el último intento y si no hallamos la Sanglas os pediré disculpas, seré yo quien pague las molestias a la propietaria —otro saludo— y nos retiraremos a comer.

—Claro, Johnan, intentémoslo por última vez.

—De acuerdo —accedió éste, a regañadientes.

Tras crear otra zanja en dirección este, encontraron más objetos: un macetero grande, algo que parecía un escupidero, unos muelles de colchón, una mochila (vacía), una correa de reloj, un grifo de baño, una bola de billar número 8 (la negra) con la pintura desgastada, el marco de un cuadro, ¡incluso el volante de un autobús! Ni rastro de nada que se pareciera a una motocicleta. Fueron apilando los objetos a un lado en una pequeña montaña. Finas gotas de lluvia se escurrían entre los mismos.

—¡Me planto! —exclamó Johnan, contagiando su emoción negativa a

Jouglas, que miró hacia abajo.

—Esperad, compañeros. Escuchadme —apoyándose sobre su pala y secándose el sudor y la lluvia de la frente, Hanky dijo—: Vayámonos a comer ahora. Pero volvamos luego. Una historia que ha comenzado tan bien no puede acabar así. Este hombre, Jouglas, está convencido de que su abuelo enterró una Sanglas completa en este jardín. Estamos estrechando el cerco. Os invito a comer, recuperaremos las energías con unas buenas hamburguesas con doble de queso y unos cafés americanos. Johnan, sólo imagina lo increíble que puede ser el momento en que desenterramos la Sanglas tras todos estos años. Será como desenterrar la memoria del abuelo de Jouglas. Seguro que nos estará observando desde el cielo y se sentirá orgulloso de su nieto, el cual honra su memoria de esta manera. ¿Te imaginas que la moto está sólo unas pulgadas más allá y nosotros nos hemos marchado cuando estábamos a punto de alcanzarla?

—Joder, Hanky. Joder. Siempre sabes cómo tocarme la fibra sensible.

Descansaron de su labor en una hamburguesería cercana y la comida les sentó muy bien. Jouglas les contó más detalles de la historia familiar. Les aseguró que recordaba nítidamente cómo montaba en la Sanglas agarrado a su abuelo.

—Ay qué tiempos, entonces ni siquiera era obligatorio ponerse el casco. Aún puedo sentir el viento revolviéndome las greñas de preadolescente y llenarme de aire la boca que tenía abierta por tonto. Tras esos paseos mi abuela nos esperaba en casa con una tarta de chocolate enorme, que había preparado ella misma. Mis padres nos hacían fotos con una cámara gigantesca sobre un trípode cuando nos veían llegar por la carretera. No paraban de reír, mientras lo hacían y luego mientras les contaba mi experiencia con toda la cara manchada de tarta. Ahora sé que lo hacían porque estaban felices de verme a mí feliz.

—¿Fotos? ¿Hay fotos del momento, conservas alguna? —inquirió Hanky. Jouglas titubeó.

—Mirad, es algo que no pensaba hacer. Esta foto no se la enseño a mucha gente. Pero vosotros me parecéis hombres de fiar.

Y extrajo una foto antigua de su cartera, en color sepia, en la que se veía a dos personas en una moto Sanglas 400 acercándose por un camino polvoriento: un señor mayor en chaqueta de cuero y un niño a su espalda, los dos sonrientes de oreja a oreja.

—Mi abuelo era trabajador de carreteras. Estuvo vinculado a ellas tanto profesional como personalmente durante toda su vida. Le gustaba mucho viajar sobre ruedas. Es probable que haya recorrido el mundo entero, si pusiéramos en línea recta los kilómetros que hizo.

—Hanky —dijo Johnan, sacándose algo del ojo—, hemos de recuperar esa moto. Es parte de la historia de la familia de mi hermano Jouglas.

Cuando volvieron había dejado de llover.

—Manos a la obra, compañeros.

La propietaria de la casa sacó una silla para observarlos más cómodamente.

—¿En qué dirección cavamos?

Jouglas reflexionó.

—No creo que hayamos estado tan equivocados desde el principio, volvamos al punto de inicio completando el triángulo.

—De acuerdo.

Siguieron encontrando objetos variopintos: una llave inglesa, un pantalón vaquero extremadamente arrugado, un trozo de fotografía en el que sólo se veía un pedazo de cielo y un pedazo de tejado, un tenedor con todas las astas torcidas, una cámara de rueda de bicicleta (¿perteneciente a la misma bicicleta cuyo trozo de cuadro habían encontrado?), un candado y una pandereta destrozada. Incluso recuperaron un objeto de madera alargado y con pinchos, que no tenían ni idea de lo que podía ser.

—¿Alguien ha dicho moto? —comenzó Johnan—. Yo no he oído moto, si alguien ha dicho moto por aquí no hay ninguna. Ni rastro de moto.

—Se me acaban los argumentos, compañeros —confesó Hanky.

—Siento haberos traído hasta aquí. Creo que me equivoqué. Yo sólo creía lo que me contó mi abuelo. Tenía fe en sus palabras.

Hanky tiró la pala al suelo y salió del agujero. Dándole una palmada en el hombro a Jouglas, le dijo:

—¿Sabes lo que me ha estado rondando la cabeza desde hace rato? Creo que tu abuelo no enterró la moto jamás. Si te das cuenta, todo lo que hay bajo tierra en el jardín son objetos sin valor. Sin embargo, se ve que tu abuelo verdaderamente amaba su Sanglas. No podía haberla enterrado con el resto de basura. Sería como considerarla basura también.

—Puede que tengas razón. Quizá mi familia pensó que la había enterrado también en el jardín, ya que por lo visto lo enterraba todo. Mi abuela no tenía

en mucha estima la Sanglas. Decía que a saber adónde iba cuando lo veía perderse en el horizonte con ella, que se iba a conocer mujerzuelas. Quizá fue ella quien le llevó a decir que la había enterrado, cuando nunca lo hizo. Nadie lo vio enterrar la moto cuando les preguntabas. Sólo tenías la palabra de mi abuelo.

—Claro, compañero. La Sanglas debe de estar en un lugar mejor, desde luego, que bajo tierra. A lo mejor la donó a algún amante de las motos o la dejó en algún lugar simbólico para él, quizá la cima de una montaña, o en algún merendero al que soliera ir. No sé, esto ya es elucubración mía.

—Pero creo que no te debes de equivocar demasiado, amigo. Encaja con la imagen que tengo de mi abuelo. Quizá la moto sigue rodando y recorriendo las carreteras, restaurada por alguien y aún dando guerra al asfalto. Quemando rueda, ahí fuera, haciendo sentir orgulloso a su actual dueño.

—Imagina que es la moto del líder de una banda de moteros nostálgicos, hermano —contribuyó Johnan, volviéndose a sacar algo del ojo—. Eso sería increíble.

—Así, el recuerdo de tu abuelo sigue viajando, más vivo que nunca —dijo Hanky, agarrando a Jouglas del brazo—. Dalo por hecho. Mi intuición de cazatesoros me dice que es así. Ya no tengo dudas de que la Sanglas está lejos de aquí.

Jouglas miró al cielo y suspiró. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa, con la placidez dibujada en el rostro. El recuerdo del motor de la Sanglas volvía a rugir en su mente, mientras su metal cortaba el silbante viento y él se agarraba, sonriente, a los flecos de la chupa de cuero de su abuelo.

—De alguna manera, amigos, habéis desenterrado la moto para mí. Sí que lo habéis hecho.

7. Comer chino

Yo no soy un violador de jovencitas.

No.

Lo.

Soy.

Siempre se me acusa sin fundamento. La semana que viene tengo que ir a declarar a los juzgados. Sí que es verdad que de vez en cuando me acerco a algunas mujeres jóvenes (quien dice jóvenes, dice menores de edad), pero sólo para hablar con ellas. Lo que ocurre después siempre es la consecuencia de esa primera conversación que tengo con ellas. Todo sale siempre solo, sin forzar nada. Incluso las bofetadas o las llamadas a la policía.

En todo caso, esta vez se me acusa de algo un poco diferente, y aún estoy intentando asimilarlo. Lo cuento todo bien para que se me entienda.

Tenía hambre. Llamé a un restaurante chino. Cuando abrí la puerta, era una jovencita oriental la que me traía la comida. Muy joven, casi seguro que era menor de edad. Si digo casi es porque con las chinas es difícil estar seguro, siempre parecen más jóvenes de lo que son (los hombres también).

Agarré la comida y lo único que hice fue quedarme pensando mientras cenaba, en los cabrones que son los chinos, que hacen trabajar a menores de edad. Más de una vez he visto niños trabajando en los restaurantes, sirviendo mesas o cobrando. Y luego me dicen a mí que si soy un violador o no sé qué, ellos son peores, es explotación infantil. A saber lo que les hacen después en la trastienda. También me quedé pensando en que la chica no estaba nada mal.

Después de un tiempo volví a pedir comida al mismo restaurante. Me había gustado la comida y la chica. A lo mejor venía la misma y la podía ver otra vez. Era una mujer, por la voz que oí a través del telefonillo. Me quedé mirando por la mirilla y esperando. Cuando salió del ascensor me extrañé, no parecía la misma de la anterior ocasión. Le abrí y me quedé sorprendido. Era joven también, pero española. Y muy guapa. ¿Cómo podían contratar a una chica tan joven? No tendría más de quince años, estoy seguro como que los chinos la tienen pequeña. Qué cabrones son. Le di el dinero, me entregó la comida y, para cuando le pregunté a qué instituto iba, ya estaba entrando en el ascensor.

También en esta ocasión me quedé pensando en la chica mientras cenaba. Me arrepentía de no haber sido más rápido. Estoy acostumbrado a que las

chicas que abordo lo tengan más difícil para escapar, pues suele suceder en la calle, donde puedo correr detrás de ellas. Está claro que podría haber echado una carrera al ascensor por las escaleras, pero entonces se me enfriaría la comida. Así que me dio rabia esa oportunidad perdida.

Pues ya estaba bien, había tomado una decisión. La siguiente vez que llamara a ese restaurante, atacaría a la chica que viniera, ya fuera la española o la china. Tanto me ilusioné con esta idea que el día en que llamé por tercera vez me pudo la ansiedad y la impaciencia. A la tercera va la vencida, dicen.

Contesté al telefonillo. La voz me sonó diferente. Sí que era aguda, de mujer, pero no me había sonado como las otras veces. Bueno, si es una tercera chica, bienvenida era. Estaba preparado para lo que fuera. Tengo que reconocer que estaba excitado, así que no me importaba quién viniese. Cuando, a través de la mirilla, vi a la persona que salió del ascensor se me cayó el alma a los pies. Era un tío.

Le abrí la puerta, era un chino muy alto. Llevaba el casco de la moto todavía puesto. Qué falta de *glamour*. Con el calentón que tenía yo, y me vino un chino. Durante medio segundo me lo pensé. Después lo tuve claro, me dije: "qué coño, a por él". En tiempo de guerra cualquier hueco es una trinchera. Agarré al chino del brazo y lo metí en mi casa, estampándolo contra la pared. Mientras él recobraba el equilibrio, cerré la puerta con llave. A empujones lo llevé hasta el dormitorio y comencé a quitarle toda la ropa. Dios, qué flojos son los chinos. Lo último que le quité fue la comida de la mano, a la que se aferraba con fiereza. El caso es que le dejé el casco puesto, tenía su atractivo con él. Y sospechaba que no mejoraría mucho si se lo quitaba. Al fin y al cabo no se distingue un chino de otro. Me costó poco dominarlo, era un blandengue, y... bueno, pasamos un buen rato. Creo que hablo por los dos porque, aunque al principio se resistía, luego me pareció que se dejaba. Eso, o no le quedaban fuerzas al flojo.

Narrada está la historia y supongo que queda claro que no soy un violador de jovencitas, como he dicho al principio. En todo caso de chinos. El muy maricón me denunció, y por su culpa ahora estoy encausado. Pero lo importante es que he demostrado que no violo jovencitas y mucho menos menores de edad. El maromo desde luego tenía más de veinte.

Es curioso, pero no me preocupa entrar en la cárcel. Por contra, una pregunta tonta me ronda la mente cuando me imagino cómo puede ser mi vida allí: "¿Me dejarán pedir comida china?".

8. Recomendar a un alumno

Estoy harto de esta tarea. Llevo días con esto, es muy cansado. En realidad ni siquiera es mi trabajo, yo sólo soy un estudiante de doctorado. Consiste en evaluar cartas de recomendación para alumnos que han solicitado entrar al máster que mi instituto de investigación oferta.

El caso es que la mayoría de las cartas son positivas, como es de esperar. Un alumno que pide una carta de recomendación a un profesor suele tener una idea de qué profesor puede hablar bien de él o ella y cuál no. Entonces yo evalúo *cómo de buena es*, sin embargo la carta que tengo delante he de evaluarla en función de *cómo de mala es*. Es la primera que me encuentro en la que el profesor habla mal del alumno. De hecho, habla fatal. El contenido de la carta es sumamente escueto, y reza así:

“A la Comisión de Selección para el máster,

No recomiendo que admitan a Shelyno Meláez para su programa de máster. Se trata de un estudiante de aptitudes mediocres, cuyos trabajos dejan bastante que desear. Las incoherencias en la redacción son su norma en lugar de su excepción. Sus presentaciones orales se hallan sistemáticamente fuera de tiempo y no consigue captar la atención de su audiencia. Con las preguntas que efectúa en el aula demuestra que no comprende los contenidos de la asignatura, lo cual se corrobora en su mejorable rendimiento en las pruebas escritas.

Prof. Jurano Vamfester”

¿Cómo le escribe una carta así? Me pregunto de quién es más culpa, si del profesor por hablar así de su alumno o del alumno por pedirle la carta a ese profesor. Tanta curiosidad me produce la situación que quiero averiguar quién es este hueso duro de docente. Jurano Vamfester. Tiene un nombre peculiar, quizá sea fácil encontrarlo por las redes sociales. Abro Facebook y escribo su nombre. Enseguida me aparece. Ha de ser él, pues pone que es profesor de la Universidad de Fénix en Arizona, lo cual coincide con los datos que tengo.

Curioseo su cuenta, que tiene configurada con una privacidad laxa. Lo primero que hago es mirar sus fotos de perfil. Menudo hueso. Tiene la cara del típico profesor estricto e insensible al que le dan igual sus alumnos. Viejo, flaco, de pelo blanco y expresión de pocos amigos. Está solo en su foto de perfil principal. Después descubro que en las demás también, incluso en las que no son de perfil. Qué persona más triste. Sólo en una foto de hace siete

años aparece con otras personas, deduzco que su familia. Una mujer, y dos chicos jóvenes. Están en el jardín de una casa, imagino que la suya. Sonríen. Incluso el profesor sonríe, cuando en todas las demás fotos se muestra serio.

Paso a mirar las publicaciones en su muro. Me sorprende al ver la más reciente. Habla de donación de riñones. Qué extraño. Aunque bueno, puede ser una de esas publicaciones que apelan a la solidaridad humana y se comparten y se vuelven a compartir hasta hacerse virales. Pero una mirada más detenida me hace percatarme de que no es el caso. La publicación es original de Jurano, y además es reciente, de menos de un mes.

Es un micromecenazgo (más conocido en su forma anglosajona *crowdfunding*). Está recaudando fondos para un trasplante de riñón. Para él mismo. Un texto en el enlace dice así:

“Para seguir adelante necesito un riñón. Por ello pongo en marcha este proyecto de financiación, no consigo reunir el dinero por otros medios. La operación cuesta la astronómica cifra que podéis ver si pincháis en el enlace, y parece ser que ningún banco está dispuesto a otorgar un préstamo a alguien, a menos que demuestre que no lo necesita. Así es el mundo que nos hemos construido. Por ello os pido ayuda. Cualquier aportación es bienvenida, de cualquier cantidad, no hay mínimo ni máximo. Gracias a todos.”

Me quedo petrificado. El hombre se está muriendo. Como es natural, eso explicaría su mal humor escribiendo cartas de recomendación. ¿Es más sincera una persona que siente cercana la muerte? La verdad es que lo ignoro, pero esto me hace ver al profesor con otros ojos. Quizá sea un buen profesor, y el alumno un mal alumno, y lo único que ha hecho el primero es contar la verdad sobre el segundo, y punto. Estoy considerando realizar una aportación a la causa del profesor.

Tras comentar el asunto con mi directora de tesis, con la que guardo una relación estrecha, me sugiere que escriba un correo electrónico al profesor Jurano para agradecerle su franqueza. Y también para ofrecerle todo el apoyo institucional de nuestra universidad, sin mencionar el asunto del riñón. Mi directora se entrega mucho a los demás, me parece genial su idea y la llevo a cabo de inmediato. Miro y reviso mil veces el correo antes de enviarlo, asegurándome de que he escogido las palabras adecuadas y que no meto la pata. Estoy representando a mi universidad.

Su contestación llega el mismo día, por la noche, y al contrario que mi

correo sí que merece la pena que la transcriba:

“Buenas tardes, por favor agradecería que no me hiciera usted perder el tiempo con correos de este estilo. Como profesor con décadas de experiencia acumuladas en la universidad, recibo una media de setenta correos electrónicos cada día. Si todos me enviaran correos como el suyo, no podría desempeñar mi trabajo en el departamento. Aun así le responderé. No debería escribirme a mí por ser íntegro en lo que hago, sino a todos los demás que regalan cartas de recomendación incluso cuando no conocen al alumno. Y no necesito el apoyo de su institución, gracias, para ser honestos no había oído hablar de ella hasta que este alumno me dijo que quería matricularse en un máster que ofrecen ustedes.

Prof. Jurano Vamfester”

¡Pero bueno, qué borde! Me han quitado completamente las ganas de hacerle una donación. Será gilipollas... Estar uno muriéndose no es motivo para ser un grosero y ofender a todos los que le rodean.

De hecho, ya me da igual este tipo. Voy a contactar con Shelyno, el alumno, para preguntarle por qué le ha pedido una carta a semejante energúmeno. Me puede la curiosidad, y ya no tengo reparos morales. Mi correo no es demasiado largo, simplemente le informo de que la carta que Jurano le ha escrito no es favorable y le pregunto por qué no ha escogido a otro docente.

En este caso, la respuesta también llega el mismo día.

“Buenas tardes,

estimado profesor Mjuldavo (cree que soy profesor), agradezco que se haya puesto en contacto conmigo. También aprecio su franqueza y honestidad. Ahora sé que no tengo oportunidades para entrar en su programa de máster, y puedo comenzar a valorar otras opciones. El profesor Jurano Vamfester es el mejor docente que he tenido en mi vida y sin duda el mejor que tiene la Universidad de Fénix. En mi experiencia con él, no sólo exponía los contenidos de manera clara, sino que lo hacía de una manera que despertaba nuestro interés continuo. No importaba cuánta afinidad personal sintiéramos individualmente por los temas, él hacía que nos parecieran siempre estimulantes. Era un profesor sumamente estricto y exigente, pero para alguien que ha disfrutado de sus clases ese hecho pasa a un segundo plano. Se esforzaba por dirigirnos en el camino de la perfección a todos y cada uno de nosotros, y por ello no desperdiciaba cualquier oportunidad para hacernos patentes nuestros errores, de manera que

pudiéramos subsanarlos. Si uno adopta una actitud madura, el beneficio es enorme. Y yo se lo agradezco, mejoré mis competencias durante su módulo más que en todos los módulos de todo el grado universitario juntos. Por todo ello, profesor Mjuldavo, es por lo que le pedí la carta de recomendación a él. Para mí, era lo natural. Sabía que sería honesto, que me recomendaría si de verdad pensaba que me debía recomendar. En caso de que no me haya recomendado, como parece ser el caso, estoy seguro de que es lo correcto y lo acepto.

*Sin más, atentamente,
Shelyno Meláez”*

Me impresiona. El punto de vista del alumno es coherente en sus términos, y compatible con la concepción de un mundo ideal donde las cosas se hagan correctamente. ¿Y por qué me siento tan extraño ante la perspectiva de un mundo donde las cosas se hagan correctamente? Todo este asunto desploma mi moral; parece como si la academia se hubiera convertido en puro politiquero. Estamos acostumbrados a ver las cosas de otro modo, basándonos casi exclusivamente en el interés propio.

Tras volver a comentar todo este asunto con mi directora de tesis, tomamos una decisión. Vamos a permitir que Shelyno pase a la siguiente fase en el proceso de selección. Nos ha conmovido su integridad y madurez, puede ser enriquecedor seleccionar a personas así. En una fase posterior se determinará si se halla capacitado para el máster o no, pero por el momento queremos brindarle la oportunidad. Quién sabe, quizá los estándares del profesor Vamfester sean tan sumamente elevados que un alumno inepto para él sea apto o incluso muy válido para nuestros estándares.

Un año después, Shelyno viene a verme a mi despacho. No me pasa desapercibido el hecho de que lleva una pulsera verde con un símbolo a favor de la donación de órganos. Se lo he visto en otras ocasiones. Tras una inicial conversación ligera que no vale la pena transcribir, entra en el asunto de la cuestión que quiere tratar conmigo.

—¿Sabes? Haber entrado en el máster pese a la desaprobación de Jurano creía que me haría sentir mal, como con disonancia cognitiva. Sin embargo, es justo al revés.

—¿Cómo es eso? Explícamelo.

—Él no consideraba que yo fuera un candidato válido para el máster. Aun

así, superé las pruebas y fui aceptado. Eso significa que soy mejor de lo que él pensaba. Por muy atento que estuviera a las capacidades de sus alumnos, no podía tener una imagen exacta de cada uno. Él sólo habría recomendado como al uno por ciento de sus alumnos, o menos. Quizá yo esté en ese pequeño porcentaje, entonces; quizá si me hubiera conocido un poco mejor me habría escrito una carta positiva. ¿Te imaginas una carta positiva suya?

—Sería para imprimirla y enmarcarla. Y colgarla junto a tus títulos en la pared.

—¿Nunca se supo que su carta fue desfavorable?

—No fue necesario. Pasaste el proceso de selección con altas puntuaciones, sorprendiéndonos a quienes conocíamos la historia que había detrás, o sea, mi directora de tesis y yo. Los seleccionadores la ignoraban y por ello la validez del proceso quedó acreditada. Tus compañeros están contentos contigo, y los profesores también; dicen que tu rendimiento es excelente.

—Jurano diría que mediocre. Era su palabra favorita. Este alumno es mediocre, esta universidad es mediocre, el mundo en que vivimos es mediocre... Y yo, personalmente, preferiría ser mediocre, tendría más espacio para mejorar que si soy excelente.

—Creo que estaría orgulloso de ti si te escuchara decir eso.

Shelyno permanece silencioso unos segundos, contemplando la pared blanca.

—Que en paz descanse —dice al final.

9. Aconsejar a un humano

Dicen que los están implementado por todo Japón. Tengo que verlo con mis propios ojos, así que le he rogado a mis amigos que vayamos a un bar donde haya uno. Han accedido. Al fin y al cabo estamos de vacaciones y han configurado su mente en modo abierto.

¿Qué mejor que emborracharse junto a un robot?

Tienen que ser compañeros de juerga divertidos. Según he oído ya son capaces de dar conversación mientras rellenan copas, como todo buen camarero de barra sabe hacer para fidelizar a sus embriagados clientes. Lo mejor es que en el caso de los robots reconocen el idioma en que les hablan y responden en el mismo.

Mis amigos Dyruno, Chea, Natalina y yo nos conocemos de la carrera. A Dyruno lo conozco más, a Natalina menos y por Chea estoy loco de atar. Pero bueno, no es el momento de amargarse por líos de faldas, estoy de viaje y mi objetivo ahora es disfrutar.

Vamos a un bar bastante discreto, en una calle muy secundaria y oscura. Se llama El Sol Desnudo, y un logo de un sol naranja con las letras de neón lo corona. Sospecho que la apariencia discreta es a propósito, forma parte del ambiente del bar, y cuando entras lo confirmas. Oscuridad, un diseño metálico y algunos cuadros—pantalla que proyectan imágenes de planetas y parajes extraños, es con lo que nos topamos. Parecen televisores, pues el contenido cambia cada cierto tiempo. Sin embargo, nuestra atención enseguida se focaliza en el peculiar sujeto que nos observa desde la barra.

Es un robot.

Qué emoción, es el primero que veo en mi vida. Quiero decir, el primer robot que responde a mi concepto de robot. Cualquier máquina puede considerarse un robot, en realidad. Pero éste nos *mira*, cosa que no hace, por ejemplo, el frigorífico de mi casa. No se ve a ningún ser humano, u otros robots, trabajando en el local. Unos pocos comensales beben sentados en los sofás que se funden con las paredes y las mesas.

El robot nos lanza unas palabras en lo que imagino es japonés. Yo levanto las manos en el aire como si fuera la víctima de un atraco, y le digo:

—¡Echa el freno! Queremos que nos hables en la lengua de Cervantes.

—Por supuesto, bienvenidos a El Sol Desnudo, señores.

La rendija que hace las veces de boca en la cara del robot parece elástica. Se retuerce hasta formar algo similar a una sonrisa. Nos sentamos en los

taburetes altos frente a la barra. Me las arreglo para sentarme al lado de Chea. Joder, tengo que dejar de hacer estas cosas. No paro de repetirme que estoy aquí para olvidarme de todo, y sin embargo el asunto de Chea está como de fondo siempre, molestando. No es que me moleste ella, claro, sino el *asunto* de ella.

—¿Qué será hoy, señores?

—Lo dices como si hubiéramos venido otras veces, mi roboamigo —le respondo—. Tienen que mejorarte aún.

—Sí, lo sé. En realidad soy un prototipo. Estoy de prueba.

—¿Hasta los robots tienen contratos de prueba? ¿Te echarán si no cumples?

—Espero que en vez de ello me reprogramen, señor.

—Un momento. ¿Un prototipo nos va a poner las copas? —interviene Chea—. ¿No puede venir un *barman* experto? Si me emborracho quiero que sea al menos con algo que esté bien hecho.

—No hay ningún compañero mío en el local en estos momentos, señorita. Y no se preocupe por la calidad de mis copas, superarán sus expectativas.

—Chea, hemos venido en realidad por el robot —dice Dyruno—. A ver, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Mi nombre es Sakumuchi, pero me siento aludido también si apelan ustedes a mí como camarero y sinónimos, u hombre y sinónimos.

—Entonces he acertado llamándote muchacho.

—En efecto, señor.

—Eh, un momento —dice Dyruno—. ¿Por qué a ella la llamas señorita y a mí señor?

—Me han programado para que apele a las personas mayores de treinta años como señores o señoras y a las menores como señoritos o señoritas, dada mi imposibilidad de saber, de un modo razonablemente exento de error, si se hallan los clientes casados o no juzgando sólo por el hecho de que porten anillo o no, señor.

—¿Sabes detectar la edad de una persona? —pregunta Natalina.

—En efecto, me han programado para ello. Se trata de un algoritmo sencillo de ejecutar por mi *hardware*, pese a que tiene en cuenta numerosas variables. Los avances en reconocimiento facial de los últimos años lo han hecho posible, señorita.

—Di la edad de cada uno, venga, no nos ofendemos —dice Natalina.

—No veo por qué deberían ustedes ofenderse. Treinta y dos, veintiocho,

veintisiete y treinta y uno —dice, mirando respectivamente a Dyruno, Natalina, Chea y a mí.

—¿Y si alguien tiene treinta justos? —pregunta Natalina.

—Calculo si se encuentra más cerca de los veintinueve o de los treinta y uno, y apelo a él o ella en consecuencia, señorita.

—¿Y si está justo a mitad de sus treinta?

—Procedo del mismo modo, estimo si se halla más próximo de un extremo o del otro, en función de la hora del día.

—¿Y si está justo en mitad del día...?

—Natalina, déjalo, mujer, que le vas a provocar un cortocircuito —interviene Dyruno.

—Yo quiero ver cómo me sirve la copa —dice Chea—. Me da igual que sepa averiguar mi edad, me impresionará más que me haga un buen cóctel.

—Sí, la verdad es que emborracharse gracias a un robot es una historia que contar a la vuelta —aporto yo.

Sakumuchi nos sirve las copas con habilidad, ofreciéndonos un espectáculo equiparable al de cualquier *barman* profesional.

—¿Y hasta qué hora trabajas, muchacho? —le pregunta Dyruno.

—Para mí los turnos de trabajo carecen de significado en el sentido humano, señor. Trabajo indefinidamente, el local se encuentra siempre abierto a sus clientes. Los límites físicos de El Sol Desnudo son los míos y desconozco lo que pueda haber más allá. Sólo cuando he de recargar mi batería, acude el propietario del establecimiento. Él atiende a los clientes durante una hora y trece minutos exactamente.

—Lo que tardas en cargar las pilas, supongo.

—Si por pilas se refiere a mi batería, así es, señor.

Pruebo mi cóctel, está espectacular. Veo fácil emborracharme con bebidas de este tipo, de las cuales pediremos unas cuantas.

Tras esas “cuantas”, mis amigos y yo acabamos sintiéndonos como en casa en ese local. Nos movemos de aquí para allá, hablamos con los demás clientes (o lo intentamos, ya que la mayoría son japoneses) y probamos algunos juegos de mesa extraños cuyas instrucciones nos cuesta demonios entender. Ya no sólo por la cuestión idiomática, sino también por la neuronal. Mis células cerebrales se encuentran en este punto tomando un baño en un *jacuzzi* de alcohol.

En un momento de la profunda noche en que mis tres amigos se han empeñado en hacer un castillo de naipes con una baraja de dibujos extraños, me escabullo diciendo que me parece imposible la tarea y me siento en la barra, dispuesto a confraternizar con Sakumuchi. No tiene otros clientes a los que atender ahora mismo. Perfecto, le puedo contar mis penas. Los camareros de barra están para eso, ¿no? Y mejor que mejor si es un robot, estoy seguro de que no me juzgará y se pondrá de mi parte sin condiciones.

—Verás, Saki —comienzo—. Resulta que estoy enamorado de Chea, esa chica de ahí que está más borracha que yo.

—Me han instaurado el conocimiento de que para intimar sexualmente con alguien es más fácil si se ha ingerido alcohol, aunque la misma sustancia puede dificultar la ejecución sexual propiamente dicha. Es contradictorio, pero soy capaz de entenderlo. Los humanos sois química.

—Joder, Saki, qué pesado eres. Déjame hablar a mí, y tú escucha.

—De acuerdo, señor, mis disculpas.

—Aceptadas, hombre. Quiero decir, máquina. Mira, Chea es increíble. Ella a lo mejor no lo sabe, o sí, no lo sé, pero es la mejor. Cuando está cerca me tiembla todo y me pongo nervioso. Como un adolescente.

—¿Por qué le tiembla todo, señor, cuando ella está cerca? Esto no lo comprendo.

—Porque somos pura química, tú lo has dicho.

—¿Y ha de agarrarse a algún objeto para no caerse cuando le sucede, señor?

—Saki, voy a decir a tus superiores que te tienen que meter más conocimientos en la cabeza. Estás muy verde.

—Soy más bien grisáceo.

—Cállate. El caso es que no sé si ella corresponde a mi amor o no, ¿sabes? A veces pienso que sí, y a veces que no.

—¿Por qué no se lo pregunta, señor? Tengo entendido que la mejor manera para aprender algo, tanto para robots como para humanos, es preguntarle a la persona que lo sabe. Y, dadas las circunstancias, entiendo que Chea sabe esto en concreto.

—No se puede preguntar algo así, tan directo.

—¿Por qué no, señor?

—Porque es algo muy personal e íntimo. Hay muchas emociones de por medio. Al menos, por mi parte. Y si me rechazara me rompería el corazón.

—El corazón se encuentra protegido por sus costillas, dentro de su cuerpo,

señor. Veo difícil que llegue a rompérselo, a menos que emplee un arma o herramienta apropiada para ello.

—¿Sabes lo que es una metáfora, Saki? ¿Te lo han enseñado?

—Sí, señor. Se trata de representar una realidad por medio de otra diferente, con la que guarda alguna similitud, ¿no es cierto, señor?

—Sí, eso es. Yo no lo habría dicho mejor. Pues romper el corazón es una metáfora.

—Ahora lo comprendo, señor. No le romperé el corazón literalmente, sino los sentimientos que tradicionalmente se han asociado al corazón.

—Exacto, Saki, aprendes rápido.

—Estoy programado para ello. De todos modos, agradecería que me avisara cuando está empleando metáforas.

—Lo puedo intentar. Pero por favor, ayúdame con este asunto de Chea.

—Por supuesto, señor. ¿Cómo quiere que le ayude?

—Simplemente escuchándome, pedazo de metal —doy un trago a la copa —. Me había prometido a mí mismo no pensar en esto y disfrutar del viaje, pero es que la tengo más presente que nunca. Cuando viajas con alguien pasas todo el tiempo con ese alguien, así que, ¿cómo puedo dejar de pensar en ella si la tengo delante?

—Comprendo que es difícil, señor.

—Encima, ella es muy cariñosa conmigo, y me parece que me trata a mí mejor que a los demás, como si me prestara más atención.

—Quizá eso se deba a que es usted de su agrado, señor.

—¿Tú crees?

—No lo sé, señor.

—¿No puedes saber si le gusto con sólo mirarla? Antes has adivinado nuestras edades, así de fácil.

—No, señor, no tengo incorporada esa tecnología. Y respecto a las edades, he de decir que había una probabilidad de uno coma siete por ciento de que errara mi predicción.

—Pero no la erraste, amigo, así que ahora me fiaré de ti. ¿Crees que tengo alguna oportunidad con ella? Vamos, nos has estado observando un buen rato en nuestro estado más salvaje y natural, desinhibidos por el alcohol. ¿No has visto química, no has detectado patrones?

—Señor, sí le puedo hablar de patrones. Ha hecho usted bien al mencionarlos. He detectado que el número de interacciones que Chea ha efectuado con usted es significativamente mayor que el que ha efectuado con

los demás seres humanos que han estado dentro de El Sol Desnudo en las últimas tres horas y cuarenta y seis minutos, es decir, desde que entró usted y sus amigos. También he detectado que, durante ese mismo tiempo, tanto el número de contactos visuales que ella ha iniciado hacia usted y la duración de esos contactos visuales iniciados por ella han sido significativamente mayores que los que ha dirigido a las demás personas. También, señor, he percibido que su postura corporal ha estado orientada a usted durante la mayor parte del tiempo, incluso cuando no se encontraba usted hablando, ni ella hablándole a usted. Le ha sonreído a usted más veces, significativamente, que a los demás, incluso cuando usted no estaba contando chistes ni haciendo bromas, lo cual son ambos motivos de risa habitual entre humanos. Adicionalmente, Chea le ha tocado a usted más veces que a los demás, significativamente, incluso aunque la distancia media entre ustedes cuatro no ha diferido significativamente. Finalmente, he detectado que, desde que usted ha venido a la barra a hablar conmigo, Chea ha dejado de sonreír, su volumen de habla ha descendido significativamente y le ha mirado a usted hasta en cinco ocasiones, con una duración de mirada media de tres coma ocho segundos. ¿Estos datos le ayudan a resolver la cuestión, señor?

Me quedo sin palabras. Claro que me ayudan a resolver la cuestión, ¡ya lo creo que sí!

—Saki, ¡eres increíble!

—¿Es una metáfora, señor? Ya ha empleado usted antes esta expresión al referirse a Chea, causando confusión en mí. No concibo cómo puedo ser increíble, siendo que es usted capaz de percibirme a través de sus órganos sensoriales, de los cuales no me consta que sufra usted carencia.

—Sí, es una metáfora. Me ha encantado todo lo que me has dicho, ahora estoy seguro de que le gusto a Chea. ¿No puedo llevarte conmigo a todas partes? ¡Dios mío, eres como un vidente pero que acierta!

—No, señor, lo siento, me hallo circunscrito a los límites de El Sol Desnudo, como le decía.

—Oye, has utilizado mucho la palabra “significativamente”, ¿qué es eso?

—Es un término estadístico que sirve para denotar que las diferencias encontradas son verdaderas con un margen de error pequeño, y por tanto generalizables como resultados fidedignos.

—¿Vas haciendo cálculos estadísticos en tu día a día? ¿Así es tu vida?

—Parece ser que sí, señor. Para mí es lo natural, de hecho se trata de un proceso interno automático. No puedo dejar de hacerlo. Mi constructor me

comentó que es por un tema de *marketing*, hago estudios de mercado para la empresa mientras sirvo copas.

Es brillante. El propietario no sólo vende copas sino que analiza a sus clientes al mismo tiempo. Como las *cookies* de Internet pero en la vida real. Todo lo que estoy descubriendo con este robot me abre un mundo de posibilidades, y me parece que podría cambiar el devenir de la historia. Sin embargo, el único devenir de la historia que me interesa ahora mismo es el de la relación entre Chea y yo.

Viva Japón. Vivan los robots.

Con una confianza renovada y tras despedirme de Saki, me dirijo hacia ella, la agarro de la mano y la llevo al otro extremo del bar, a un rincón discreto. No se opone. Sus profundos ojos azules me perforan, su mirada es terriblemente “significativa”. Disfruto de la conversación más dulce con la mujer que me motiva, me llena, me emociona. Acabamos por acercarnos el uno al otro a una distancia íntima y pasa lo que tiene que pasar. Experimento mi momento de felicidad mientras, en la parte trasera de mi mente, me imagino a Saki cronometrando y analizando estadísticamente nuestros besos.

Es en uno de nuestros últimos días en el país nipón, cuando vemos la noticia en un periódico nacional que tiene una edición en inglés para los extranjeros. Un antiguo empleado de “El Sol Desnudo” irrumpió en el local a altas horas de la madrugada, cuando había poca gente, y prendió fuego al robot Sakumuchi. No lo destruyó del todo físicamente, pero lo inutilizó, sus circuitos se quemaron. Al parecer este empleado había sido despedido cuando se incorporó el robot, según fuentes cercanas. Ahora se encuentra detenido y acusado de “destruir una inteligencia semihumana”. ¿Es eso un crimen? Quiero decir, ¿ya se ha legislado? Siento una gran pena por el androide, incluso más que por el empleado despedido. Cuando hablaba con él, me daba cuenta de que no era humano, es cierto que uno no lo puede dejar de notar, pero desde luego se encontraba en la senda de serlo, porque era capaz de aprender. ¿En qué punto una máquina es “parecida” a un humano? ¿Llegará el día en que serán indistinguibles? Por supuesto siento también la pérdida del empleado que fue despedido. Aquí hay un problema gordo que la humanidad tendrá que resolver.

En el largo vuelo de vuelta, Chea se acurruca en mis brazos, tratando de ponerse cómoda en la medida en que uno puede ponerse cómodo en un avión

con clase turista. Parece amodorrarse, pero aun así me dice:

—¿Estás todavía depre por lo de tu amigo robot?

—Un poco. Sé que era una máquina, un ordenador. Pero aun así, le cogí cariño. Era un tío legal. No me juzgaba, me prestaba toda su atención, trataba de ayudarme como podía, y era educado como ningún ser humano lo es. Acababa todas sus frases con “señor”. ¿No es como para cogerle cariño?

—No es un ser vivo, no le cogería más cariño que a un coche o a una piedra.

Comprendo que ella hable así. No vio como vi yo, la manera en que me hizo ver lo que había entre nosotros.

—¿Tú crees que los robots podrían llegar a ser buenos consejeros personales? —le digo.

—¿A qué te refieres, como una especie de Google sobre dos patas?

—Mm, sí, algo así, alguien a quien preguntar lo que sea y que te ayude a resolver tus problemas. Un Gandalf que te acompañe toda tu vida, y que no se canse de estar siempre a tu lado.

—No creo, Jaymo, nunca habrá nadie mejor para eso que otro ser humano. Las máquinas no entienden los sentimientos.

No sé qué contestar a eso. El inicio de mi relación con Chea se ha debido gracias a un conjunto de estadísticas que me ha proporcionado una máquina que no entendía las emociones y que se liaba con las metáforas. Estoy completamente seguro de que no me habría lanzado si no hubiera tenido esa maravillosa charla con Sakumuchi, o Saki para los amigos.

Que en paz descanse.

10. Despedir a los empleados

Se podría honestamente decir de Martínez que era un buen empleado. Sin malicia, sin roces con los compañeros, sin ambiciones más allá de las justas y necesarias. Así que cuando lo ascendieron, todos lo vieron bien y natural. Y una vez ascendido, él seguía siendo el joven bonachón y sencillo que era.

Su jefa, Luisa Cebolla, lo llamó a su despacho y le asignó su primera tarea como supervisor:

—Martínez, quiero que despida a todas las personas que considere incompetentes en su equipo y contrate a nuevos empleados. Por favor no haga nada más hasta que no haya hecho esto, hace tiempo que la empresa tiene este problema y necesitamos renovar la plantilla. Hay mucho parásito viviendo de Sincaset.

—¿Quiere que los despida...? ¿A mis antiguos compañeros?

—A los que no rinden bien, y usted sabe que los hay en su unidad. Ha trabajado a su nivel durante años y sabe perfectamente quién cumple y quién no. Nadie mejor que usted para hacerlo.

Martínez se quedó pensativo.

—No se sienta mal, Martínez. Todos los jefes del mundo acaban pasando por situaciones como ésta.

—De acuerdo.

A Martínez le pesaba mucho ejecutar aquello. Así que pasó toda la tarde encerrado en su flamante nuevo despacho, cavilando sobre la manera de encararlo. Escribió a mano una lista de sus empleados, los que hasta el día anterior habían trabajado con él codo con codo, y con los que había compartido tantos momentos, tanto en la empresa como fuera de ella. Miró la lista de arriba a abajo y de abajo a arriba cientos de veces, como si fuera un niño de la posguerra aprendiendo los reyes godos. Al llegar a casa esa noche, continuó reflexionando sobre el tema, e incluso lo consultó con la almohada. Al final, cuando ya estaba a punto de conciliar el sueño, tomó una decisión.

Al día siguiente, ignoró el asunto durante toda la jornada. En la práctica trabajó como si todavía fuera un empleado raso, excepto por algunos momentos en que realizó algunas tareas de responsabilidad, como recibir la queja de algún cliente u organizar el turno. Su jefa le lanzó miradas significativas las cuatro o cinco veces que se cruzaron, pero Martínez también ignoró aquello. En la última de esas ocasiones, no obstante, ella lo abordó:

—Martínez, ¿está en marcha lo que le comenté ayer?

—Sí, doña Cebolla, no se preocupe.

—De acuerdo, confiaré en usted.

El día tocó a su fin y los empleados se prepararon para marcharse a casa. Martínez se colocó en la entrada de Sincaset, y les estrechó la mano uno a uno, deseándoles buen viaje de vuelta a casa, o que durmieran bien, o que saludaran a sus parientes, o que tuvieran cuidado al volante. Luisa Cebolla se acercó a él después de que realizara este peculiar ritual, que no le había visto hacer nunca antes, y le dijo:

—Martínez, no he visto resultados. Le dije que no hiciera nada hasta que no resolviera este asunto.

—Mire, doña Cebolla, he seguido sus órdenes al pie de la letra. He despedido a mis empleados.

Martínez acabó saliéndose con la suya. No despidió, contractualmente hablando, a ninguno de sus empleados, y de hecho incorporó a dos más. Luisa Cebolla se llevó las manos a la cabeza pero le dio la oportunidad a Martínez, jugándose su propia credibilidad frente a los directivos, para demostrar que había sido la elección adecuada. Tras el primer mes, la productividad de su unidad se incrementó, y Cebolla calló.

—Martínez, dígame cómo ha hecho para aumentar las ventas.

—En realidad no es tan difícil, doña Cebolla. Usted me invitó a que tratara a mis empleados como números, pero en cambio los traté como personas. También me dijo que precisamente porque había trabajado con ellos a su nivel sabía quiénes eran los que fallaban. Por contra, y por esa misma razón, conozco en qué es bueno cada uno. Porque todos son buenos en algo. Sabido esto, lo único que he hecho es colocar a cada uno en el lugar adecuado.

—¿Y los que fallaban?

—Fallaban en algo concreto. Recolocación, como le digo.

—Mmm... recolocación. Espero que esta estrategia suya no llegue a oídos de la directiva, no sea que le recoloquen a usted por encima de mí.

11. Participar en el proceso de selección

El rascacielos de la multinacional y todopoderosa Nuctasa, formado de metal y cristal ahumado, se erguía ante sus ojos. Un gigante del siglo veintiuno.

En esa mole era donde debía entrar, trigésimo novena planta, sala número treinta y dos del ala este. Estas indicaciones le habían ocupado el dorso de la mano. Había recibido una llamada telefónica hacía poco más de una hora, y una voz femenina, carente de emoción mas con un tono urgente que no permitía licencias tan sofisticadas como buscar un trozo de papel para anotar los datos, le había conminado a que se apresurara a acudir a la cita. A Ran no le había dado tiempo más que a mojarse la cabeza y hacerse un nudo de corbata con el resultado, del que no era consciente, de dar la imagen de un ejecutivo venido de una fiesta de empresa terminada en *afterhours*. Pero los despistes formaban parte de su vida más genuina.

El citado edificio se encontraba a las afueras de la metrópolis, donde la zona nueva había conquistado hectáreas de terreno, formando un centro financiero de impactante aspecto. Su destartalado automóvil se había querellado contra su propietario en numerosas ocasiones durante el trayecto, haciéndole temer que lo abandonara justo cuando más lo necesitaba. Esa entrevista de trabajo podía por fin extender sus generosos brazos para sacarle de ese pozo oscuro de mileurismo donde se ahogaba, falto de oxígeno, falto de esperanza.

Una sala en la trigésimo novena planta con tantos reflejos que nada que ocurriera allí podía pasar desapercibido para la recepcionista, siempre y cuando no estuviera siendo abducida por su enorme pantalla de ordenador. Ésa fue la impresión de Ran cuando la vio. Sólo levantó los ojos cuando no podía ignorar por más tiempo al visitante, y con una rudeza más allá de todo límite imaginable dio las indicaciones oportunas al abrumado Ran. El ascensor continuó transportándolo, antes que a su destino, a un mundo futurista de acero y cristal.

Tras dar varias vueltas por diversos departamentos y secciones donde le comenzaron a mirar con ojos curiosos, encontró la sala de pruebas en cuestión, escogió un ordenador de entre los muchos que había y se sentó. Otras personas frente a otros ordenadores se dedicaban, suponía, a lo mismo que él. Muy bien, entendía que el proceso de selección comenzara con algunas pruebas. Quizá *tests* psicotécnicos, o de personalidad. Miró a los

otros asistentes con indecisión, y una mujer de mediana edad le devolvió esa insegura, mas manchada de amenaza, mirada. No quiso hablar con ella, ni con nadie. Al fin y al cabo, eran sus competidores. Sabía que en el mundo de las finanzas había que comportarse como un tiburón. No tendría piedad alguna. Además, nadie le había ayudado desde que entró en el metálico edificio. Si quería el puesto de trabajo debía empezar a adoptar la perspectiva mental adecuada.

La pantalla mostraba un mensaje claro: PULSE CUALQUIER TECLA PARA COMENZAR. Pulsó cualquier tecla; de hecho, aporreó el teclado, tratando de infundirse de esa agresividad de los tiburones de las finanzas, y el cuestionario comenzó. Le resultó largo y tedioso. Esa energía otorgada por la agresividad inicial fue diluyéndose en un estanque de aburrimiento. Varias personas trajeadas pasaron por donde él se encontraba, y alguna incluso pareció quedarse observando su pantalla.

—¿Qué miras?

—Nada, continúa.

Ni siquiera sabía si ese hombre formaba parte de la empresa o era otro participante. Tras una hora y media, Ran finalmente terminó el maldito cuestionario. Había respondido de todo: preguntas de personalidad, de inteligencia, de tendencia política, de gustos y preferencias, de actitudes, de productos que soliera comprar, de destinos de vacaciones preferidos, de hábitos de consumo, de hábitos de ahorro, ¡incluso le hicieron escoger su prenda de ropa interior favorita de entre varias opciones! Sabía que cada vez se hacían pruebas más extrañas en selección de personal, pero no comprendía cómo un candidato se podía escoger en base a si prefería los calzoncillos a rayas o planos.

Cuando terminó no supo qué hacer, se sentía aturdido; nadie le había dado instrucciones al respecto y tampoco había nadie a quien preguntar. Los que pululaban a sus espaldas se habían marchado. Cotilleó la pantalla de la mujer, y ella se giró, agresiva, y le dijo:

—¿Qué miras?

—Nada, continúa.

Volvió a la recepción de la planta treinta y nueve, buscó a la muchacha tras la pantalla de su ordenador. Y otra vez tardó su tiempo en dignarse a atenderlo.

—Disculpa. Ya he terminado la batería de cuestionarios. ¿Ahora qué?

—Se puede marchar.

—¿Ya? ¿No continuó en el proceso de selección?

—¿Qué proceso de selección?

—El proceso de selección para trabajar en Nuctasa.

—Usted ha participado en una investigación de mercado. Por supuesto, como premio entra en un sorteo de un lote de accesorios para el hogar. Si resulta ganador, se le incluirá en una bolsa de trabajo. Es lo que le dije por teléfono. Le llamaremos.

—¿Cómo? No es lo que se me dijo por teléfono.

—Usted entendió lo que quiso entender. Mire, tengo mucho trabajo. No puedo permitirme estar explicándoselo todo a cada participante. Que tenga un buen día.

—Usted no, que usted no tenga un buen día. Amargada...

La chica escuchó el comentario y respondió con una mueca.

Así que eso era todo. Había tenido el privilegio de participar en una investigación de mercado y entrar en un sorteo de un lote de accesorios para el hogar. Al dar cuatro pasos, ya fuera del edificio, su enfado alcanzó su punto álgido. Dio media vuelta y, tras coger carrerilla, asestó una potente patada a las puertas automáticas, resquebrajando el cristal. Por supuesto, fue captado por las cámaras de seguridad y tras dos semanas le llegó la certificación de la multa.

Ochocientos euros.

El precio por participar en la investigación de mercado de Nuctasa y entrar en un sorteo de un lote de accesorios para el hogar.

12. Calmar los furores

El caso es que sí voy a acudir a la inauguración de la galería de arte moderno. En un principio me negué a ello cuando Tarus, mi novio, me lo sugirió, al fin y al cabo los cuadros expuestos pertenecen a la directora de la galería.

La *directora*... En femenino. Se me entiende.

Pero bueno, Tarus ha sido especialmente insistente dado que asistirán unos amigos suyos bien posicionados en el mundo del arte y quiere relacionarse y medrar, trata de labrarse su caminito. No le va mal, y yo vivo de él, así que trago.

—¿Servirán vino? —le pregunto.

—Claro, leoncito, como en toda inauguración que se precie.

—Bueno.

La galería se encuentra en una zona de nivel socioeconómico alto, como en la que Tarus y yo vivimos. Me pongo uno de mis mejores trajes, color rojo borgoña, por si derramo el vino.

Se ha formado una masa de gente en la entrada del Artinecer. Un ingenioso nombre para el establecimiento, he de reconocer, aunque estoy seguro de que no se le ocurrió a la pobre chica. Pediría inspiración a su padre, a su marido o a su hermano. Si los tiene, que ni idea. En fin, mente abierta. No prejuzgaré ni recordaré que la autora de los cuadros y directora de la galería es una mujer. No hemos tenido demasiadas muestras de arte femenino a lo largo de la historia, por algo será. Pero quizás a ésta en concreto se le ha pegado algo de los hombres que la rodean y haya conseguido hacer algo bien.

Entramos y la luz nos ciega. Sé que hay buena luz en las galerías de arte porque se tienen que poder ver las obras, pero caramba, nos podrían dar gafas de sol en la entrada. En cambio, lo que nos ofrecen nada más entrar en el panel bifurcador es una gran obra de por lo menos dos por dos metros. Dios mío, qué horror de pieza. No soy capaz ni de interpretarla. Una especie de mancha negra informe en el centro con haces de luz que parten hacia los cuatro puntos cardinales, con un fondo amarillento con salpicaduras verdes.

—Por Dios, amorcito, cúbreme, que me va a matar la fealdad. ¿qué se supone que es esto, la vagina de la artista? Qué horror.

—Leoncito, por favor, tómate un vasito de tolerancia. Venga.

—Prefiero el vino. ¿Dónde lo sirven?

El comité de bienvenida, con una mesa por delante con la cata de vino de rigor, se encuentra presidida por una mujer.

—Será... ¿ella?

—Sí. Carla di Vulcano.

—Carla di Vulcano. Por Dios. Ése no es su nombre, por supuestísimo, y como seudónimo deja bastante que desear.

—¿Cómo va ese vasito de tolerancia?

En fin, aceptaré el vino de la tal Carla y no pondré más objeciones; el cual es de bastante calidad, pero no lo reconozco en voz alta. Sólo en mi pensamiento.

La tal “di Vulcano” sonrío a diestro y siniestro. ¿Por qué hacen eso las mujeres? Me ponen de los nervios. Yo no sonrío a nadie a no ser que me caiga bien, y para eso tengo que conocerlos primero. Soy educado, pero serio. Mi santa madre me hizo así (la única mujer que merece la pena).

Tarus se encuentra con sus amigos. Intercambia impresiones con ellos sobre el vino y sobre el cuadro que nos ha dado tan infartada bienvenida.

—Creo que se ha copiado de aquél que hizo “el chocho del apocalipsis” —intervengo, y me miran raro—. Lo siento, alguien tenía que decirlo. Las cosas como son, oye.

—Leoncito, calladito estás más guapo. Mira, te presento a mis queridos. Éste es Carlos, él Santiago y ella María E.

—¿María E.? ¿Qué pasa con la “E”?

—Bueno, es que me pasa mucho, ¿sabes? —tiene un deje pijísimo—. La gente confunde a todas las Marías que conocen y por eso le añado el “E”, que es la inicial de mi apellido.

—¿Y no puedes decir tu apellido entero? ¿Qué tiene de malo?

—Que entonces sería muy largo, guapito.

—¿Me ha llamado guapito? —le susurro a Tarus. Él ignora mi comentario y me dice:

—¿Saludamos a Carla? Ven y no te me resistas.

—Ay, leoncito. Cómo eres. ¿Es necesario?

Pero hace caso omiso a mis quejas. En menos de un segundo nos hallamos cara a cara con la culpable de todo esto.

—¡Hola, bienvenidos! —nos dice con una sonrisa que sobresale de los límites de su cara.

—Hola, somos Tarus y Durnovan, grandes admiradores de tu obra —tuerzo el gesto. Escupiría al suelo si no tuviera un mínimo de decencia—.

Sobretudo yo, que hago mis pinitos en este mundillo de la pintura. Mi novio también te admira, pero no entiende mucho de arte.

—¿Es esto arte? —pregunto.

—¿Cómo dices? —inquire la muchacha.

—Preguntaba que si tú eras la que ha perpetrado el cuadro de la entrada.

—El de la entrada y todos los de la exposición. Y no estoy segura de que “perpetrar” sea la palabra adecuada para referirse a la creación de una obra pictórica.

—Oh, sí que lo es. ¿Me explicas el cuadro?

—¿Has leído el título y el texto? Ahí la explico un poco. En ese cuadro y en todos. Lo digo para que lo sepas.

—¿Para qué leer el texto explicativo si tengo aquí a la mente creadora para preguntarle?

Tarus me da golpecitos con el pie, los cuales primorosamente ignoro.

—Bueno, pues te lo explico, no pasa nada. El cuadro se llama “Incepción”, y creo que el título da pistas sobre su significado. A modo de paralelismo con el “big bang” que nos dio origen a todos nosotros, y sugiriendo una descarada semejanza con el órgano reproductor femenino que nos da paso a esta vida —carraspeo en el oído de Tarus, que se aparta—, doy la bienvenida a los asistentes a Artinecer a un viaje a través de mis cuadros, mi mundo. Ésta será la obra que de manera permanente reciba a mis invitados y clientes, pues guarda estrecha relación también con la galería en sí: el amanecer del arte, la incepción, la concepción, el origen de la vida... ¿Lo comprendes ahora?

—Podría decirse que comprendo algo de lo que quieres decir. ¿Está a la venta?

—No, pero sí está peritado.

—¿En cuánto?

—En siete mil cuatrocientos euros.

—Sueñas.

—¿Cómo dices?

—Mi chico dice que sueña con tener la suerte y la fama que tienes tú, querida —interviene Tarus. Supongo que ya ha tenido bastante, porque me arrastra lejos de allí.

A ver los cuadros. Todos. Uno por uno. Me quiere matar.

Mis ojos contemplan auténticas aberraciones que sólo podría haber ideado

una mujer, ahí en su cabecita, antes de vomitarlas sobre los inocentes lienzos, que no le han hecho nada. Y pensar en las obras maravillosas que se podrían haber pintado sobre ellos... Los derechos de los lienzos no se están teniendo en cuenta aquí. Trato de guardarme para mí la mayoría de pensamientos de este tipo, más que nada para evitar que Tarus me siga atacando gratuitamente.

El trío de pesados nos sigue.

—Qué fabuloso cuadro —dice Santiago.

—Te refieres al extintor contiguo, entiendo.

Me mira de modo extraño, como si hubiera dicho una grosería o, peor, una tontería. El cuadro en cuestión es una amalgama de colores maltratados porque no desean estar juntos, es que vamos, los oigo gritar que por favor no los vuelvan a juntar nunca más. Creo que intenta representar un edificio alrededor de un jardín, así como con estilo urbano y moderno. Pero lo mismo podría representar un canguro esquiando. Tan horribles son las combinaciones.

—¿No te gusta el cuadro? —interviene María E.

—Pues mira, María E., ya que lo preguntas, no. No me gusta. Me horroriza.

—¿Por qué, muchacho?

—Porque no tiene ni pies ni cabeza. Se nota que lo ha hecho una mujer.

—¿Perdona?

—Leoncito, recuerda que me gustas mucho cuando estás calladito.

—No, espera, que hable. Esto que ha dicho me ha ofendido que no veas —insiste la mujercita.

—Que las mujeres no tenéis ni idea de arte, guapa. ¿Acaso esto que estamos viendo es arte? Por favor, piénsalo bien. Son botes de pintura que se le han caído a la Vulcani sobre los lienzos. Y así tal como han caído los colores se han quedado.

—Bueno, bueno, bueno, Tarus, ¿cómo se te ha ocurrido traer a un orangután? Aquí se exhibe arte, no se reparten bananas.

—No usarás la palabra arte en vano, *mujer* —le respondo.

—Leoncito, por favor, insisto *muchisísimo* en que calladito estás más guapo. Tremendamente atractivo. Que te como, vamos. Y cuando hablas todo eso se me va.

Noto que Tarus se empieza a enfadar. He presionado su paciencia bastante hoy. Pero luego limamos asperezas en casa, como siempre. Además, la mujer me ha preguntado si me gusta el cuadro, entonces le contesto, no me voy a

callar ante semejante aborto de expresión pseudo—artística.

—Eres un poco misógino, ¿verdad? —insiste la mujercita.

—No, mira, te lo explico para que me puedas entender. Si Dios hizo al hombre y a la mujer diferentes, por algo sería, ¿no, guapa? Cada uno tiene sus roles y sus funciones, y desde luego las mujeres nos harían un gran favor si se mantuvieran alejadas del arte.

—Guau, es que no doy crédito a lo que escuchan mis oídos. Y que lo diga una maricona mala es que tiene delito, vamos, tú no eres ni medio hombre.

—Por eso a lo mejor he buscado a otro hombre, para completarme como persona. Pero mira, te ilustro lo que digo con ejemplos y verás cómo la estupidez de las mujeres no conoce límites. Hoy he leído en la prensa digital que una chica se ha colgado de una cornisa para hacerse una magnífica foto para su Instagram. Una vez allí, le ha dado un ataque de pánico y se ha quedado paralizada. Han tenido que acudir los servicios de emergencias para rescatarla. Su estupidez la hemos pagado entre todos, pues no trabajan gratis, aunque no lo creas. Y la protagonista era una chica. Sexo femenino. Se me entiende. Yo no puedo pasarme el día pagando los furores de las mujeres. Eso a un hombre no le pasa. Otro ejemplo mejor. Si ya con éste no comprendes cómo os nublan la razón vuestros furores uterinos, te doy por perdida. Hace poco salió en la prensa también que una turista finlandesa dio a luz a su hijo mientras estaba de vacaciones. Hasta ahí, todo normal. Un poco deforme, ya que no te vas de vacaciones si estás a punto de tener un bebé, pero es que no va por ahí la cosa, señores, no. Lo fuerte es que la muy cortita *ni siquiera sabía que estaba embarazada*. ¿Qué os parece? Viva el espectáculo. ¿Cómo puedes estar embarazada y no saberlo, por Dios? Con la cantidad de achaques, síntomas, antojos, etcétera, etcétera, que te vienen, ¿y la tripa qué? ¿Tan gorda estaba que el niño no se notaba? En fin, que se llevaron a casa un bonito *souvenir*. Ay, de verdad, si no fuera por vosotras no nos podríamos echar unas risas tan sentidas.

—O sea, me cuentas dos casos y ya dices que todas las mujeres son retrasadas. Claro que hay mujeres tontas, igual que hombres.

—No hay tantos como mujeres. A nosotros no nos nubla el juicio el furor uterino.

—Y dale con el furor uterino. Eso no existe, guapito de cara.

—¿Cómo que no? La Volcanes lo ha dejado claro nada más darnos su diabólica bienvenida a su galería de los horrores, con ese cuadro en la entrada que simboliza su coño. Nos recibe con su coño, querida.

Me termino por separar de este grupito, no quiero discutir más con una mente que es un saco roto.

—Déjame ir por libre un ratito, amorcito.

—Sí, desde luego me parece una idea estupendísima. Intenta no hablar con nadie, ¿quieres?

Me paseo por el resto de esperpentos. Un cuadro de dimensiones humildes, violado por un tono bermellón, en el que todavía se distinguen unas temblorosas líneas esbozadas a lápiz si uno se acerca a la distancia de media nariz. Por Dios, no me digno dedicarle un segundo más.

El siguiente es como una espiral hipnotizadora en la que hay una cruz invertida de fondo disimulada. ¿Qué se pensaba la pájara ésta, que no me daría cuenta? Menuda hereje.

No puedo describir todos los horrores contemplados, sólo lo haré con uno más. Se trata de un cuadro redondo, ¡redondo! Y además la imagen da la impresión de estar como desenfocada. Qué pasa, ¿se me ha olvidado pedir las gafas 3D en la entrada? No puedo mirarlo más, me mareo.

Y la gente parece extasiada a mi alrededor, oigo una sorprendente unanimidad en loar la obra de la Volcánica. En fin, por mi parte, sólo puedo resumir mi experiencia en la pseudo—galería Artinecer de la siguiente manera: si Mussorgsky hubiera compuesto su famosa obra inspirándose en esta exposición, seguramente sonaría como una gata afónica y en celo siendo estrangulada mientras le practican un catéter anal, y le habría puesto el título de “Cacofonías Eructadas y Vomitadas según me vienen al Contemplar estos Bodrios”.

Me he cansado de ir por mi cuenta. Observo a Tarus, junto con sus tres amiguitos y Carla la de los Volcanes. Llevan un tiempo largo delante de un cuadro concreto, en el que predomina un marrón diarreico. Me puede la intriga, ¿de qué hablarán? Desde luego el cuadro no da mucho de sí. Basta con decir “menuda mierda” y ale, al siguiente. Me acerco al grupo y digo, con tono casual:

—¿Qué comentáis del cuadro?

Carla di Vulcano triunfó con su galería. Desde aquel día en que me expulsaron de ella, dando con los huesos en la tierra de las aspiraciones de Tarus de medrar en el mundillo, he tenido tiempo para reflexionar. No es que

haya cambiado mi manera de pensar, pero quizá sí la de actuar. Me contengo un poco en la exteriorización de lo que mi amorcito ha bautizado como mis “furores testiculares”. Lo cierto es que pilló un cabreo curioso en su día. No tuve filtro. Al fin y al cabo se ha tratado de eso, así que desde entonces me he puesto un filtro en la lengua sin pelos que mi santa madre me dio. He madurado. Puedo seguir pensando cosas que son verdad pero me las callo para no ofender a los tontitos. O, por lo general, a las *tontitas*. En fin, que cada uno se dedique a lo que le toque, las mujeres a sus cotilleos y sus recetas y los hombres a ganarnos el pan honradamente. O, como, en mi caso, a vivir de otro hombre que se gana el pan honradamente.

13. Cumplir los trece años

Y Johnino cumplió los trece años.

El chico, que no era nada tonto, sabía que su padre le preparaba algo grande para la ocasión. De hecho, éste le había dado pistas. Le decía cosas como “¿estás listo para cumplir trece años?”, “prepárate para triunfar”, o “te vas a iniciar en los ritos adultos, hijo”. Por supuesto, pese a ser listo como decíamos, Johnino no intuía ni de lejos la sorpresa que le aguardaba, la cual superaría sus expectativas. En el fondo, no quería tirarle mucho de la lengua a su padre; le encantaba que aquello continuara siendo un misterio.

La madre no sabía nada. El padre, de nombre Steveno, le había ocultado todo sobre sus planes, y Johnino también lo había hecho por indicación vehemente de éste. La pobre mujer permaneció en la ignorancia, y teniendo en cuenta la naturaleza del regalo, la ignorancia le otorgó mucha felicidad en este caso.

En fin, el día señalado llegó, y Johnino, con los nervios a flor de piel, le preguntó a su padre dónde estaba su regalo.

—Te lo tengo que dar por la noche, hijo.

—¡Ala! ¿Por la noche?

—Valdrá la pena la espera, te lo aseguro. Aprovecha el día para celebrar un cumpleaños corriente con tus amiguitos, tu madre y tu hermana, y por la noche hablaremos. Yo ahora me tengo que ir a trabajar. Y acuérdate de no decir nada, es nuestro secreto.

—Pero falta mucho para la noche.

Sin embargo, Johnino resistió estoicamente. El día transcurrió en lo que fue una jornada típica de cumpleaños de niño, con sus globos, su tarta y sus regalos normales de niño, que no merece la pena ni enumerar dado que quedaban ensombrecidos en su mente por el que le aguardaba, pese a ignorar de qué se trataba.

—Y el sieso de tu padre no te ha regalado nada, qué poca vergüenza — dijo la madre.

El niño sonrió, pues sabía que no era así.

—Querida, me llevo al chaval a dar una vuelta por el cañaverl.

—¿Ahora, de noche?

—Sí, querida, no te preocupes que está conmigo. Sólo quiero pasar un tiempcito con él en el día de su cumpleaños. Padre e hijo, ya sabes. No he

podido estar en su fiesta. Se lo debo.

—Sí, me lo debe —contribuyó Johnino.

Los faros del coche iluminaron la puerta de entrada al establecimiento cuando Steveno frenó ante él.

—Aquí aparcamos, por todo lo alto. Como los señores del lugar.

—¿Qué sitio es éste, papá?

—Ahora lo verás.

Nada más bajarse del coche un guardia de seguridad les recibió.

—Sígueme, compadre. Por la puerta de atrás.

—Vaya, aparco como un señor y ahora tengo que entrar como un lacayo.

—Sí, como le dijo Oswaldo hemos de ser cuidadosos. Se dirigirán ustedes a una sala privada, separada del resto de estancias. No se dejen ver.

—Sí, lo sé.

—Les encantará, el jefe Oswaldo lo preparó todo con primor —y, dirigiéndose al menor, le dijo—: Felicidades, grandullón.

La sala era pequeña y de tenue iluminación. Johnino no distinguió nada al entrar hasta que sus ojos se habituaron unos instantes después. La música sí le llegó a los oídos. Por supuesto, él no entendía demasiado sobre géneros musicales, pero le revelaremos al lector que se trataba de unos ritmos lentos y sensuales de *rhythm and blues*, muy apropiados para la actividad que se desarrollaba entre esas cuatro paredes. El tal Oswaldo no tardó en aparecer en cuanto el seguridad fue en su busca.

—Bueno, poco tenemos que hablar en persona, amigo, ya lo apalabramos todo por teléfono. Las chicas vendrán enseguida. Pónganse cómodos, y a disfrutar. Disponen de dos horas.

—Eres un fenómeno, Oswaldo.

—Y su hijo un campeón. Hoy se convertirá en un hombrecito.

—Estoy seguro de ello, yo me encargo.

—Usted... y mis chicas.

Ambos hombres rieron y se dieron palmadas, pero Oswaldo se apresuró a marcharse para hacer venir a las mujeres.

—Siéntate aquí, hijo —le dijo Steveno a Johnino, señalándole una silla roja que había en el centro de la sala.

—¿Por qué vienen unas chicas, papá? ¿Quiénes son?

—Son prostitutas, campeón. ¡Putas!

Johnino tenía una idea bastante clara de lo que era una puta. La palabra había salido con frecuencia de la boca de su padre, y ya la primera vez la buscó en su *smartphone*. Así que le sorprendió mucho que le regalara una puta, no se lo esperaba para nada.

—¿Cuántas putas son?

—Dos, hijo, y vas que chutas.

—Gracias por las putas, papá.

—De nada, hijo, feliz cumpleaños.

Las dos chicas entraron inadvertidamente en la sala.

—¿Cómo os llamáis, preciosas? —dijo Steveno.

—Yo soy Ágata.

—Yo Alicia, y voy a llevarte al país de las maravillas —dijo Alicia dirigiéndose al niño.

—Ágata es nombre de vieja —dijo Johnino, ignorando el comentario de Alicia y haciendo reír a su padre.

—Hijo, estás nervioso y dices tonterías. ¿Has oído lo que te ha dicho Alicia? —pero el niño se hallaba bloqueado. No sabía cómo actuar ni qué decir. Su padre lo notó y añadió—: Tú no digas nada, sólo relájate y disfruta. Y toca, toca todo lo que quieras. ¿A que sí, preciosas?

—Claro, le traemos el cielo y tiene que probarlo —dijo Ágata.

—Feliz cumpleaños, cariñito —añadió Alicia.

Ágata, de tez y ojos claros, contrastaba con los rasgos mulatos de Alicia. Las dos tendrían alrededor de veinticinco años.

—Pregunté si tenían chicas más de tu edad —le dijo Steveno a su hijo al oído—, pero me dijeron que ya estaban arriesgando demasiado. No te importa que sean tan mayores, ¿verdad, hijo?

—No —el rostro de Johnino se refugiaba en el hieratismo. Sus ojos, abiertos como platos, observaban las curvas de Ágata y Alicia. Éstas comenzaron a bailar sensualmente frente al niño, y el padre se echó a un lado. Llevaban tan poca ropa que era más lo que mostraban que lo que ocultaban. Al principio mantuvieron las distancias con el niño, pero no tardaron en comenzar a tocarlo. Alicia le acarició el imberbe mentón y Ágata rascó su cabeza con sus uñas pintadas de rojo. Johnino se ruborizó.

—¡Relájate, hijo, y disfruta!

Alicia paseó sus voluminosas formas por delante de la inocente mirada de Johnino. Hizo un amago de desabrocharse el sostén, pero no lo hizo.

—Dejaré que Johnino lo haga él mismo más adelante, para que aprenda — murmuró.

Sin dejar de bailar, se sentó sobre las temblorosas piernas del niño y le agarró las manos.

—Toca un poco, guapo, que la vida son dos días.

—Bueno, a él le queda mucho más que dos días —intervino Steveno, sonriente.

—Ya, pero como se dice por ahí: lo que vayan a comerse los gusanos que lo disfruten los humanos.

—A ti también te falta mucho para que se te coman los gusanos, guapa — contestó Steveno—. Aunque yo te comía sin pensarlo.

Ágata se colocó detrás de Johnino y restregó sus pechos contra su espalda, mientras le levantaba los brazos para animarle a que tocara a su compañera. Tuvo que hacer fuerza, pues la rigidez atenazaba al muchacho. Finalmente, sus manos se posaron sobre la cintura desnuda de Alicia, la cual se movía arriba, abajo y hacia los lados al son de la música, y las manos del menor hacían lo propio en su acompañamiento.

—Pero hijo, no estás haciendo un saque de banda, toquetéala, que se deja —dijo Steveno. Johnino comenzó a mover sus manos por el cuerpo de Alicia—. Quítale el sujetador y tócale las tetas, que también se deja.

—¿Sí? —preguntó el niño, sorprendido.

—Claro que sí, son putas.

Bueno, para qué narrar al lector los detalles de la sesión si se los puede imaginar si lo desea. Sólo resta decir que las dos chicas terminaron desnudas y se dejaron tocar, pero no hubo nada más allá. Tampoco es que lo pudiera haber con un niño de trece años, que como aquél que dice se acababa de enterar de lo que le colgaba entre las piernas. Al principio se encontraba aturdido, pero poco a poco se fue relajando y disfrutando del espectáculo. Su padre, con sus constantes comentarios, contribuyó en gran medida a ello. Por cierto que éste tampoco perdió la oportunidad para manosear un poco a las mujeres.

Al aparcar el coche en el garaje de su casa, ya de vuelta, Steveno le dijo a su hijo:

—Bueno, ya eres todo un hombre. A ver si recuerdas toda tu vida mi regalo, y cuando yo sea viejo me regalas tú unas putas a mí. Y a tu madre ni

una palabra de esto, no lo entendería. Ni a ella, ni a tu hermana, ni a nadie. Es un ritual de hombres.

—Claro, papá, no les diré nada.

—Pero al final no me has dicho, ¿te ha gustado o no te ha gustado mi regalo? Pocos padres hacen esto por sus hijos, que lo sepas. Me ha costado trabajo convencer a Oswaldo para que dejara pasar a un menor. Menos mal que lo conozco de hace tiempo y somos amigos.

—Sí, me ha encantado, muchas gracias. Cuando trabaje y gane dinero me iré de putas todos los días.

14. Conducir bajo la influencia

El conductor encajaba, de manual, con la definición de “temerario”. Incumplió todas las infracciones del código de circulación. Parecía que se las hubiera estudiado previamente para ir infringiéndolas una a una. Para empezar, consumió cocaína y *cannabis* en generosas cantidades. En su casa y solo, de la manera más lamentable y premeditada. Después bajó a la calle y buscó su coche. Su “bólide”, como él lo llamaba. Tras recorrer su barrio de arriba abajo, finalmente recordó que lo había aparcado un poco más lejos de lo habitual, ya que la noche anterior volvió tarde a casa y no había sitio.

Le llevó cinco intentos introducir la llave en la cerradura, de lo exaltado que se sentía. Al sentarse dentro, exclamó al espejo retrovisor interior:

—Serás idiota, ¿por qué no le has dado al botoncito del mando, que para eso está?

El espejo no le contestó, sino que le devolvió su vidriosa mirada. Al arrancar el motor, pegó varios acelerones parado, causando estupor en una terraza próxima, donde varios ancianos tomaban su café con leche. Salió marcha atrás sin mirar si venía alguien, y un camión de la basura hubo de pegar un frenazo. El grave pito del camión causó vibraciones por toda la calle, poniendo definitivamente en pie de guerra a los mencionados ancianos, que increparon al conductor del coche. Éste no se quedó para conversar con ellos, sino que quemó rueda y salió a la avenida, saltándose el semáforo en rojo que daba a ella. Una anciana con el carrito de la compra que se disponía a cruzar por el paso de cebra se halló próxima a la infartación. Dos sustos más como ése, y a la tumba.

Ya en la ancha avenida, se desató el Fernando Alonso que el conductor tenía dentro. En un semáforo, se acercó peligrosamente a una conductora joven que no hacía mucho que se había sacado el permiso de conducción, y le gritó:

—¡Una carrera, guarra!

La pobre chica, hundida en su asiento y cabizbaja, se limitó a ignorarlo y a seguir conduciendo de modo responsable. Cuando el semáforo cambió a verde, nuestro amigo volvió a quemar rueda y a derrapar, para seguidamente circular a gran velocidad y haciendo *slalom* entre los carriles. Cuando se salió por una calle más estrecha, su zigzaguo terminó y hubo de reducir la velocidad, pero aun así estuvo a punto de rozar varios vehículos aparcados.

Tocó el claxon para el vecindario, mientras bajaba la ventanilla y gritaba:

—¡Para vosotros, hijos de puta!

Al girar en una curva no perdió la oportunidad de hacer un derrape de campeonato. Estuvo a dos centímetros de tocar el bordillo de la acera. Un grupo de niños que salían de un colegio justo en esa esquina entraron en pánico y huyeron en desbandada, como las palomas cuando alguien corre hacia ellas dando patadas. No contento con los estragos ciudadanos que estaba causando, un poco más adelante el conductor se subió a la acera para entrar por una calle peatonal. Menos mal que la susodicha se encontraba en ese momento desierta, pero algunas ancianas que colgaban la ropa en sus tendederos pusieron el grito en el cielo cuando observaron la furia sobre ruedas que invadía su habitualmente tranquila calle interior.

Unos minutos después ya eran varios los testigos que habían dado la voz de alarma, y la policía iba en camino. Volvió a bajarse a la calzada en la calle paralela a la anterior, y aceleró para llegar a su destino.

Salió de nuevo a una avenida. Fue allí cuando la Policía Local lo interceptó y le dio el alto. Sin embargo, hizo caso omiso y prosiguió con su carrera; incluso imprimió más presión sobre el acelerador. Las sirenas se prendieron y el coche de policía emprendió la persecución. Al conductor le costó bastante trabajo mantener la distancia con ellos, hubo de desplegar todas sus habilidades al volante. Que las tenía, por muy mal que nos haya caído a estas alturas. Por suerte para él, no se encontraba lejos de su objetivo.

Los demás conductores de la vía se apartaban despavoridos cuando oían las sirenas y veían al coche fuera de control dirigiéndose balísticamente hacia ellos. Eso le facilitaba la huida, pero también la persecución a las fuerzas del orden. Cuando al coche de policía se unió otro más y uno de la Guardia Civil, el conductor se dispuso a invadir el carril contrario. No se atreverían a seguirlo por allí.

Y lo hizo. Con un salvaje volantazo que por poco provocó que volcara, ocupó los carriles contrarios, causando un verdadero horror en las personas que circulaban correctamente. Por suerte el tráfico no era intenso a esa hora de la mañana y pudo ir esquivando a todos. Los frenazos que los cardíacos conductores realizaban coadyuvaban a su propósito. Y funcionó. Por varios minutos despistó a sus uniformados perseguidores.

—¡Jodeos, cabrones!

Ya se encontraba en la avenida que conducía a su destino, en la que volvió a ocupar la dirección permitida. Pese a que accionaba el claxon como si no

hubiera un mañana, percibió de nuevo las sirenas a través de él.

Al fin, vislumbró el cementerio. Hundió su pie en el acelerador.

Sus ojos comenzaron a generar una capa acuosa. Los testigos corrieron en todas direcciones, apartándose de la trayectoria esperable del loco. La iba a cagar, se decía a sí mismo. No lo conseguiría. El bordillo le haría perder velocidad.

En efecto, el golpe contra el bordillo produjo un ruido contundente, pero de alguna manera nuestro amigo consiguió mantener la trayectoria hacia el muro sólido, anaranjado, carente de adornos, del cementerio.

El coche quedó siniestro total. No hacía falta un perito para llegar a tal conclusión. Sin embargo, la pérdida de velocidad por el impacto con el bordillo a buen seguro salvó la vida al conductor. Una vez se constató que estaba ileso, fue detenido y llevado a comisaría. Allí, tras ser informado de las infracciones y los delitos que se le imputaban, fue inquirido acerca del porqué de su comportamiento. Con las manos sobre la cara, encorvado y abatido, contestó:

—Mi hermano está enterrado en ese cementerio. Murió la semana pasada. Sólo quería reunirme con él.

15. Escapar del poliamor

Poliamor por aquí, relación liberal por allá, flexinosequé, y otras palabras que sólo ella y otros cuatro frikis salidos saben lo que significan. Me cansé de oírle a Alba, mi novia, decir todas esas cosas todo el tiempo. Me cansé de verdad. Mira que soy una persona tranquila y es difícil alterarme, pero al final pudo conmigo. Así que hice lo posible para conseguir que volviera a valorar a su chico.

Lo preparé con cuidado durante toda una semana. Compré el vibrador, las bolas chinas, y algunos chismes más que la de la tienda me endosó y no sé ni lo que son. Reservé el tren, el autobús y la casa rural para una semana casi entera. Escribí la nota, y cuando llegó la noche anterior al comienzo de las vacaciones de Semana Santa, le eché unos somníferos potentes a Alba en la leche que se suele tomar antes de dormir, para que por la mañana no se levantara por lo menos hasta el mediodía. Con la tranquilidad que me daba esa idea, preparé mi maleta y esparcí los juguetes sexuales por mi lugar de la cama junto con la nota. Ésta decía:

“Alba, lo siento pero me he cansado de que estés siempre insinuando que quieres sexo con otras personas, y que quieres probar cosas nuevas, y que quieres hacer intercambio de parejas, y que quieres hacer tríos y orgías. Siempre es lo que tú quieres y no te importa lo que yo quiera. Además, ya hemos probado algunas cosas y no te quedas contenta. Es demasiado para mí. Así que me tomo mis propias vacaciones, y ahí te quedas con unos juguetes que te harán feliz. Espero que esto te haga darte cuenta de la persona que tienes a tu lado, y la valores como lo merece. Felices fiestas. Lucas.”

Así, nuestros planes de vacaciones, que básicamente consistían en ir a conocer un club de *swingers*, probar una aplicación para contactar con parejas morbosas, e invitar a unos “amigos” a cenar a casa y lo que surja, se quebraron todos ellos y comencé yo mis propias vacaciones de retiro y reflexión. Allí, en ese pueblito de montaña aislado, podría echarme siestas eternas sin que Alba me despertara con un palabro de los suyos o manoseándome las pelotas.

La primera cosa que hice al llegar fue apagar el móvil. Sólo lo encendería si me surgía alguna urgencia. Pasé unos días de paz y sosiego como no había

gozado desde hacía tiempo, y lo agradecí en el alma. Mi oído no se acostumbraba a tanto silencio, ni mis pulmones a un aire tan puro, ni mis ojos a esos atardeceres entre las montañas, ni mi paladar a esos sabores tan auténticos de embutidos y vinos. Nadie se metió en mi vida ni yo me metí en la de nadie. Fue increíble.

Sin embargo, el día anterior a mi viaje de vuelta, al volver a la casa tras un paseo por unos senderos rurales, vi que había una carta introducida por debajo de mi puerta. Cuando la abrí comencé a extrañarme, pues estaba escrita a mano. Decía así:

“Atontao, ¿qué te crees que estás haciendo? Es la estrategia del avestruz, de esconderse ante los problemas. Si crees que así voy a aprender a valorarte estás muy equivocado, pues es más bien al revés. Por la nota que me dejaste entiendo que te molestaba que tuviera una mente abierta, así que acabo de decidir que no quiero estar con alguien que la tiene cerrada. Tú desapareciste sin más, así que me siento legitimada para dejarte por carta. Hemos terminado.

Que sepas que no se me pasó por alto que me drogaste, y nunca lo olvidaré.”

Me hundí. Las horas que siguieron fueron horas bajas para mí, como no podía ser de otra manera. Mi idea había dado el resultado contrario y ahora no tenía ganas de nada, ni siquiera de vivir. Tan aturdido me sentí por la reacción de Alba que no fue hasta la noche en la cama, con la mirada clavada en el techo, cuando empecé a pensar en lo extraño de la situación. ¿Cómo era posible que me hubiera enviado una carta allí, si no le había dicho adónde iba? Algo me hizo salir de la cama y comprobarla de nuevo. Le faltaba el sello. ¿Significaba eso...?

Me dirigí hacia el salón. Escuché unos ruidos fuera de la casa, muy cerca, de pasos. Se me hizo raro porque el silencio más absoluto es lo que solía reinar a partir de cierta hora en aquel lugar. Pero sí, había alguien merodeando la casa. Tocaron a la puerta con contundencia. Tres golpes secos sobre la madera.

No podía ser... Y, aun así, le abrí la puerta a Alba.

Bajo la tenue luz de la bombilla del recibidor, podía ver que no me miraba como me miraría si de verdad hubiéramos roto. De hecho, sonreía.

—Eres muy tonto. Estoy segura de que te has creído que hemos cortado. ¡Y por carta! —no le respondí a eso, me sentía confuso y rencoroso. Ella lo

notó y prosiguió—: No lo hemos dejado, cariño. Era una broma. Para responder a la tuya. A tu broma, porque supongo que era una especie de broma. Un poco extraña, por cierto, impropia de ti.

—Pues no sé. A lo mejor ahora el que quiere cortar soy yo.

—Con lo que yo te quiero.

—¿Me quieres o me amas?

—Te amo.

—¿Me amas o me poliamas?

—¿Sabes? De repente, tengo una sensación de *deja vu*. Por Dios, deja de hacerme preguntas tontas.

—¿Cómo me has encontrado? No te dije adónde iba.

—Cariño, te conozco como a la palma de mi mano. Es más fácil seguir tu rastro que engañar a un niño, y como sé que eres un poco tonto sabía dónde mirar. Tienes el portátil sin contraseña, así que entré y cotilleé tu historial de navegación. En una rápida ojeada lo encontré todo: la casa rural que alquilaste e incluso los billetes de tren y autobús; al momento saqué los mismos y me vine para acá. Tienes que recordar borrar tu historial y cerrar todas tus cuentas la próxima vez que no quieras dejar rastro, y tampoco estaría mal que pusieras contraseña a tu portátil. Primera ley del delincuente. Aunque prefiero que no hagas nada de esto, claro. Así te puedo seguir el rastro siempre.

—Vaya, ¿ahora eres una delincuente además de una ninfómana?

—Por lo visto, delincuente del amor para ti. Siento que te moleste lo que ha pasado últimamente, quizá me he puesto muy pesada con esos temas y tú no estabas del todo preparado. Y aun sin estarlo has tenido muy buena disposición, demasiada.

Comenzó a abrazarme, pero yo la aparté.

—Sigo molesto, me has hecho creer durante toda la tarde que habíamos roto.

—Bueno, tú me dejaste toda una semana sola, cuando teníamos vacaciones para estar juntos.

—¿Juntos? ¿Rodearnos de mujeres empitonadas y hombres empalmados te parece que es pasar las vacaciones juntos? Cuantas más personas hay cerca, más lejos te siento yo.

—Ya te he pedido perdón por eso, si quieres podemos volver al principio una y otra vez, como en el día de la marmota.

—A lo mejor quiero oírte disculparte otra vez.

—¡Pues perdóname de nuevo!

—Vale.

—Y que sepas que esta doble humillación me la voy a cobrar en carne.

—¿Ves? Ya estás pensando en cosas guarras otra vez. Que sepas que estaba teniendo unas vacaciones agradables y tranquilas hasta que has aparecido.

—Pues eso ha terminado. Nos quedamos unos días más. Vamos a alargar la reserva y a jugar con los bonitos regalos que me hiciste.

—¡¿Qué?! No me digas que los has traído.

Dio unas palmaditas a una bolsa de tela que llevaba, y un sonido de tintineo me convenció de que decía la verdad.

—De hecho, tú eres el que más los va a disfrutar —sentenció.

Allí, con la cabeza hundida en la almohada, una de las últimas noches de nuestra estancia extendida en el pueblo, tuve una visión global de lo que había sucedido. Empecé enfadándome con Alba, dispuesto a poner en riesgo nuestra relación por ello. Al fin y al cabo, la dejé sola en vacaciones. Y, sin embargo, acabé así, con el ano untado de vaselina y mi novia metiéndome por él un consolador vibrador, que yo mismo le había comprado. ¿Balance de la situación? Habíamos arreglado las cosas.

16. Hacerse pequeño

Tiago se separó de sus amigos cuando le insistieron, de un modo ya molesto, que se subiera con ellos al Deslizador Temerario, la atracción más alta de la feria. Sólo de contemplarla desde abajo le entraba vértigo.

Estaba enfadado con ellos; se arrepentía de haber salido. Atravesaba una etapa difícil en su casa y había albergado la esperanza de contar con sus amigos, que le escucharan y le brindaran algo de apoyo. Sin embargo, no le habían dejado ni hablar. En cuanto uno de ellos propuso pasar la tarde en el parque de atracciones, sus ánimos explotaron y en adelante no hicieron más que hablar gritando y decir tonterías. La moral de Tiago se desplomó. Intentó introducir el tema de su situación personal con timidez, pero nadie le escuchó.

Deambuló a través del gentío, medio cabizbajo, medio aliviado por haber decidido alejarse de unos amigos a los que no parecía importarles, pues ni siquiera habían ido en su busca. El paseo solitario, hubo de reconocer, le hizo sentir bien. Era tiempo para sí, de observación, tanto interior como exterior, tiempo de reordenación emocional. Se lamía las heridas. Contemplaba los puestos, las atracciones, la gente riéndose en grupos, las niñas metiendo el pelo en las nubes de azúcar, los desafortunados fallando los tiros con las escopetas trucadas. Percibió el olor de las castañas, de las mazorcas de maíz, de las palomitas, de los perritos calientes, de las hamburguesas, el particular aroma que desprendían algunas atracciones, similar al que había notado en el humillo blanco de las discotecas. Observó a la gente, mareada pero sonriente, bajando de las atracciones; algunos de ellos, sobretudo niños, exclamando: “¡otra vez!”. Se sintió intimidado ante los vozarrones de los gitanos gordos que sorteaban una variedad de productos en sus camiones—bingo. Desvió su atención hacia las máquinas, colocadas en largas hileras, coloridas y sonoras, en las que uno sabía que sólo podía perder dinero, pues era muy difícil conseguir un peluche, un reloj, o lo que fuera que contuviera dentro como premio. Todos sabían que la mano robótica era intencionadamente inestable y débil.

Se acercó a una de ellas, que le llamó la atención porque desentonaba con el resto. “Como yo con mis amigos”, pensó, reanudando su vorágine de autocompasión. Cuando las demás máquinas mostraban todo tipo de colores, pegatinas de personas, animales y objetos variados, ésta era de un gris metálico liso, sin adornos. Tampoco parecía emitir musiquita, y se encontraba

en un rincón, casi por completo oculta detrás de una viga de la atracción adyacente. Parecía puesta ahí para él. Los premios eran unos muñecos de goma de la Guerra de las Galaxias que parecían hechos con el gusto de hacía por lo menos veinte años, pues eran feos, sin gracia, con las extremidades pegadas al cuerpo, y demasiado simples. El único algo gracioso era Chewbacca, pues como el personaje era simple en sí no tenían mucho margen para equivocarse.

Tiago amaba la Guerra de las Galaxias y no supo si alegrarse u ofenderse ante la visión de esos muñecos tan cutres. Sin embargo, la vorágine autocompasiva de la que hablamos le conminó a sentirse refugiado en ellos y a quererlos un poco. Decidió que le había cogido cariño al muñeco del *wookiee*. De hecho, se dispuso a intentar conseguirlo, pese a que acababa de reflexionar acerca de lo trucadas que suelen estar esas máquinas. Al hurgar en su bolsillo para buscar alguna moneda que le quedara, se inclinó sobre la máquina y oyó una voz.

Era una voz más bien masculina, que apenas podía escucharse, y bastante robótica. Hubo de aproximarse para entender lo que decía, hasta pegar la oreja a la pantallita sobre la ranura de monedas: “... *de las fuerzas de Alderaan. Para conseguir tu cometido, introduce una moneda de un euro para vencer al Imperio y ser el nuevo héroe del lado luminoso. Que la fuerza te acompañe, valeroso jedi. Sumérgete en un mundo de aventuras y derrota a Darth Vader y al Emperador. Conoce a las razas más exóticas de los lejanos mundos de Tatooine, Hoth, Dagobah y Ahch—To. Y que les den por culo a tus amigos. Son unos desconsiderados por no tener en cuenta tus necesidades y tus sentimientos. A ti te gusta estar solo, eso no lo puedes negar. Y estás mejor solo, si me dejas que te lo diga...*”. Tiago dio un respingo y unos pasos hacia atrás, sobresaltado. ¿Qué demonios? La máquina había comenzado a hablarle a él, refiriéndose a su situación personal. Se quedó petrificado durante unos segundos, sin saber qué hacer. Después, volvió a acercar su oído a la pantallita. “... *no lo quieras reconocer. Tú vales mucho más que eso. Venga, sé que quieres conseguir el muñeco de Chewbacca, yo te lo regalo, pero tienes que hacer algo antes por mí. Por tu mano sobre la pantalla, y te harás pequeñito, pequeñito, hasta poder entrar dentro de la máquina y llevarte al wookiee. Es la única manera, pues tú y yo sabemos que la mano robótica nunca acierta, ¿no es así?*”. La voz terminó su discurso y, por mucho que Tiago esperó, no volvió a pronunciarse. Por momentos le pareció que estaba soñando. Indeciso, puso la mano sobre la pantalla, aunque fuera

para volver a la realidad al ver que no ocurría nada. Recibió algo parecido a una descarga eléctrica indolora, y sintió que todo se hacía grande de manera vertiginosa. Su mano se había adherido a la pantalla, por lo que no cayó al suelo, sino que permaneció sobre la pequeña plataforma bajo la ranura de monedas. Dejó de decrecer, y la pantalla ahora no era tal sino un portal luminoso de energía pura e incorpórea, que despedía jirones de energía verde y azul. Por supuesto, era la entrada a un mundo de fantasía.

“Bueno, ya que me he vuelto loco, voy a seguir con la locura hasta el final. Veré hasta dónde llega la madriguera de conejos”, se dijo, recordando súbitamente la película Matrix con cariño. Atravesó el portal y, sin más transición, cayó suavemente sobre los muñecos de goma, que ahora eran de su talla. Se sintió muy bien, sin saber exactamente por qué. Se hallaba en su universo amado, protegido por un cristal y por la discreción de la propia máquina. Nadie se acercaría para molestar. Dio saltos, escaló entre los muñecos, escarbó y buscó a los personajes principales. Le palmeó el hombro a Luke, diciéndole “yo soy tu padre”; le ofreció la mano a Han Solo para estrechársela, si bien éste no le correspondió; le plantó un beso a la princesa Leia en la boca, que le supo a goma; y le propinó varios puñetazos en el vientre a Darth Vader, que los encajó con espartana indiferencia. Encontró también a R2—D2, pero no se le ocurrió una manera mejor para interactuar con él que emitiendo unos ruiditos ridículos. Después se sumergió lo más profundo que pudo. El olor a goma era intenso, si bien agradable porque le recordaba a los juguetes de su infancia. Dispuso con esfuerzo algunos muñecos en forma de montañita y trepó a la cima. Una vez allí, se dejó caer rodando sobre su eje. Llegado al fondo, se quedó mirando hacia arriba, exhausto. Contempló la mano robótica sobre él, quieta pero amenazante, a modo de espada de Damocles. “No me da miedo, nadie usa esta máquina”. De hecho, le sorprendía que la mano no se encontrara llena de polvo y telarañas.

Entonces, con una sacudida y un ruido sordo, se puso en movimiento.

Tiago se sobresaltó y se puso de pie, en guardia. Sin dejar de mirar hacia arriba, trató de alejarse de la mano. Sin embargo, ésta le seguía a una velocidad creciente. Tiago estaba decidido a no dejarse atrapar por esa mano diabólica. Se sentía feliz donde estaba, se quedaría un tiempcito más, hasta que él mismo decidiera salir. La mano lo seguía y lo seguía, no importaba cuánto corriera él de un lado a otro y de una esquina a la contraria del habitáculo. Comenzó a cansarse. Se dijo: “¿Y si me dejo atrapar? Al fin y al

cabo, estas manos nunca cogen nada. El niño que esté manejando la mano se marchará y me dejará en paz”. Así que se tumbó cuan largo era sobre un muñeco de Jabba the Hut. La mano se colocó justo encima de él y comenzó a descender, por fin. Tiago contuvo la respiración. Cerró los ojos y pudo sentir el olor metálico de la enorme garra y el sonido chirriante que la acompañaba en su trayectoria. Ésta cerró sus dedos alrededor de su cuerpo, impidiendo que pudiera escapar, aunque forcejeara y tratara de resistirse. ¿Cómo podía ser? Debía de ser la única mano robótica que funcionaba bien en el mundo. Ascendió, levantándolo, y se dirigió hacia la ranura que comunicaba con el exterior para depositar el premio. Tiago miró hacia el cristal y descubrió, para su sorpresa, el rostro sonriente y divertido de sus amigos. Habían venido a por él, después de todo. ¿Acaso lo habían seguido?

La mano se abrió y lo soltó sin piedad, haciendo que Tiago se estampara contra el fondo. Trató de caer sobre su hombro para no hacerse tanto daño.

Una mano, humana y carnosa esta vez, lo atrapó y lo extrajo al exterior. Ésta se abrió y allí se encontró él, sobre la palma de su amigo Javi.

—¿Qué te creías, que te ibas a escapar sin contarnos lo que te pasa? — preguntó Carlos, al lado de aquél.

Cuando miró consecutivamente los rostros amables, llenos de amor y paciencia, de cada uno de sus amigos, no pudo evitar experimentar un revoltijo de emociones en su interior, que eclosionaron en forma de lágrimas en sus ojos.

17. Terminar la tesis doctoral

Estoy desesperada. Me quedan menos de tres meses para depositar mi tesis de doctorado, y aún no he conseguido darle la forma definitiva, con sentido, con coherencia, integrando todos mis estudios. No veo la manera de relacionarlos, son muy diferentes entre sí, y se me escapa la conexión que puede haber entre ellos. Dios mío, he estado cerca de un ataque de pánico varias veces en el último mes, lo he notado, estoy segura. Mi novio hace lo posible por tranquilizarme y animarme, aprecio mucho sus esfuerzos.

—Cariño, necesito que me digas cómo conectar mis artículos, no que me des ánimos —le digo a veces, pasándome de borde. Después siempre le pido que me perdone, y él lo hace porque es consciente de la situación que atravieso y la ansiedad que me produce. Me apoya moralmente y lo valoro. Me ayuda a relajarme, y, contrariamente a lo que me esperaba, disfruto mucho del sexo con él ahora. Pensaba que no podría, sintiéndome tan estresada, pero resulta que me hace olvidar por unos momentos la pregunta que me atormenta: ¿Cuál es el nexo de unión entre mis artículos? Noto que mi mente se relaja, mis conexiones neuronales son libres, y vuelvo a ser una persona que siente, en el aquí y en el ahora. Una experiencia *mindfulness*, donde comienzan y terminan todos los caminos.

Todo esto que me hace sentir el sexo está muy bien, pero todavía necesito una respuesta.

Mi directora de tesis tampoco me ofrece orientaciones claras. A veces pienso que ella está más perdida que yo. Consulto con mis compañeros de doctorado, y cuando les explico mi tesis entera ponen la misma cara que si les hablara en un dialecto extinguido de suajili. La respuesta tiene que nacer de mí, lo sé. Incluso la intuición me dice que, en alguna capa profunda de mi cerebro, se encuentra la respuesta, ya elaborada, pero he de cavar tan hondo que es como si tratara de recordar mis sensaciones en el útero materno.

Este último fin de semana me he sentido tan agobiada por la gran pregunta, que no soy capaz de volver al despacho el lunes. He tomado una decisión: voy a dedicarme a pasear y reflexionar durante todo el día. Dicen que los paseos ayudan a cavilar. Se lo comunico a mi directora y no tiene problema.

Paseo por toda la ciudad, por las calles, por los centros comerciales, por las plazas, por el puerto, por las avenidas, por las tiendas, por todas partes. Me pido comida para llevar en The Good Burger y me la llevo a mi parque

favorito, donde la disfruto mientras observo los patos dando vueltas en círculo por el estanque, sin sentido ni propósito, una y otra vez. Es triste constatar que tengo mucho en común con esos condenados patos; si bien ellos parecen felices. Después de comer me tumbo sobre el césped y cierro los ojos. Me siento exhausta de la caminata matinal. Por supuesto, me quedo dormida. Pero doy gracias a Dios por ello (o al ente divino equivalente responsable), pues ha sido la mejor siesta que he tenido en mi vida. En realidad más que soñar he recordado, de manera distorsionada eso sí, una vez en que me reí mucho, cuando mi novio me contó cómo tomó la decisión de estudiar ingeniería industrial durante un episodio de estreñimiento agudo. Me despierto.

Por fin sé lo que tengo que hacer para responder a mi pregunta.

Estoy nerviosa ante algo que he hecho muchas veces antes; espero que eso no lo eche a perder. No le digo nada a mi novio, prefiero que actúe con naturalidad, la artificialidad ya la pongo yo. El asunto requiere poca preparación, únicamente dejo mi libretita de notas abierta por una página en blanco y un boli que funcione sobre mi mesilla de noche. Después de la cena mando señales claras a mi chico de lo que quiero. Le toco, le acaricio, le beso, en definitiva me muestro cariñosa. Él responde a mis insinuaciones con más caricias y le digo:

—Cariño, vamos a la cama.

Por suerte, mis nervios siguen sin afectar a mi sexo con él. Me resulta muy placentero, puede que incluso más que nunca, por la excitación extra de mi presentimiento acerca de lo que está a punto de suceder. No recuerdo haber tenido un orgasmo tan intenso desde hacía tiempo. Sin embargo, no puedo regodearme demasiado en las sensaciones. Ahora necesito mis pensamientos, aprovechando ese momento de experiencia *mindfulness*. Pienso en mi tesis en el momento álgido, mientras todos los músculos de mi cuerpo se contraen. Imprimo en mi conciencia una pregunta clara, con letras mayúsculas y fosforescentes: ¿CUÁL ES EL NEXO DE UNIÓN ENTRE MIS ARTÍCULOS?

Y la respuesta se abre camino, tímida al principio, pero imparable y luminosa como un amanecer después. Llena de esperanza, de promesas y de felicidad. Bruscamente, me aparto de mi chico y me lanzo sobre la libreta. Cojo el boli y apunto frenéticamente la idea. Es mía, y no se me va a escapar.

—Cariño, ¿qué haces?

Cuando termino de escribir, dejo la libreta y me abalanzo sobre él. Le cubro de besos y le digo, más feliz que unas castañuelas:

—Mi amor, acabo de terminar mi tesis. Y ha sido gracias a ti.

18. Fingir un secuestro

—Tú, tigresa, ven aquí. Ven con mamá.

La reclusa no mostraba signo alguno de inseguridad en su voz. Se ponía de costado para mostrar sus trabajados y tatuados bíceps a la nueva.

—Aquí todas me llaman la Matrona, porque me como a los niños. Grábatelo a fuego, bombón. Cualquier cosa que necesites pasa por mí. ¿Cómo te llamas?

—Ariadna.

—Te llamarás la Poquita Cosa hasta que se me ocurra un apodo mejor para ti. Vente conmigo al rincón de confesar.

La Matrona llamaba así a un rincón del patio, en el que no pegaba nunca el inclemente sol debido a un saliente del tejado, que todas sabían que debían respetar puesto que pertenecía a la Matrona.

—Ahora vas a hablar, Poquita Cosa. ¿Por qué te han enchironado?

Ariadna se sintió realmente como el apodo que le acababan de imponer. Le faltaban deseos o fuerzas para resistirse, tras todo lo que había sucedido. Incluso le pareció buena idea congraciarse desde un principio con la mujer que parecía mandar por allí, quizá podía convertirse en su protegida. Sólo esperaba que no intentara nada sexual con ella.

—Mentí a mi marido. Bueno, a mi marido y a la policía.

—¿Qué tipo de mentira? Nadie entra en el trullo sólo por mentir. Y no se te ocurra mentirme a mí.

A Ariadna no se le ocurrió tal posibilidad. Deseaba volver a ser honesta durante el resto de su vida.

—Fingí un secuestro.

—Cuéntame eso desde el principio, no me adelantes cosas que no me gustan los *spoilers*.

—De acuerdo. Llevo casada dos años. Al principio todo iba bien, después la cosa se torció rápido. Se convirtió en un infierno —la Matrona sonrió. Era la clase de historias que le gustaba oír. Ariadna aprovechó para echar más leña al fuego del patente odio de su interlocutora hacia los hombres—. Es increíble cómo algunos hombres se convierten en monstruos cuando se casan, ¿verdad? Se piensan que la mujer pasa a ser propiedad suya.

—Me gusta lo que me cuentas. Sigue.

—Me sentí ahogada, esclava. Jesús cada vez ponía más pegas a que saliera con mis amigas, y mucho más si se trataba de amigos hombres. Dijo

claramente que me prohibía salir sin su permiso, que era una mujer casada y que ya no podía ir por ahí zorreando como una soltera. Me dijo que dejara de trabajar. Esto me molestó bastante, porque en la peluquería yo me sentía realizada...

—¿Eres peluquera?

Ariadna se arrepintió de haber dicho esto; enseguida vio las consecuencias de su confesión. Miró el cabello de la Matrona. Por suerte, lo llevaba a máquina, muy corto. Nivel fácil.

—Sí, si quieres te puedo cortar el pelo. Aunque no tengo mis utensilios...

—Oh, sí. Te los conseguiré. Mientras no te diga lo contrario, serás mi peluquera personal a partir de ahora. No le cortarás el pelo a nadie sin mi permiso, a no ser que te las quieras ver conmigo.

—No me las quiero ver contigo, me parece bien.

—Así me gusta, tigresa. Continúa.

A Ariadna la Matrona le pareció de ideas simples. Mandaba señales claras, que todas podían entender. Tenía una coherencia cómoda y fácil de seguir.

—Pues te decía que no quería dejarme la peluquería, porque allí estaba bien y tenía mi grupo de amigas, mis compañeras de trabajo, y por lo menos con ellas me podía desahogar. Pero un día Jesús se presentó allí en mi horario de trabajo. Jesús le dijo a mi jefa que, a partir de ese momento, yo ya no trabajaba ahí, y me arrastró fuera de la peluquería haciéndome daño en la muñeca. Me llevaba como una carga.

—Qué canalla. Si lo tengo delante me lo como.

A Ariadna le encantó oír eso. Sabía que la Matrona se había puesto de parte.

—Desde entonces mi vida fue una mierda. Me pasaba todo el día en casa haciendo tareas del hogar y sólo salía para hacer la compra. Más me valía tener la comida y la cena preparada para cuando viniera Jesús. Es verdad que no llegó nunca a pegarme, pero algo me dice que con el tiempo lo habría hecho. Yo no tengo estudios, Matrona, pero sé que en pleno siglo veintiuno estas cosas ya no se toleran.

—Dile que venga a verte en un bis a bis, y entonces aparezco yo y le reviento.

—Te lo agradezco, pero prefiero no verlo.

—No tienes por qué verlo. Ya planearemos algo, continúa.

—El caso es que seguí hablando con mis amigas. Jesús me cogía el teléfono y me miraba las conversaciones. Yo no soy tonta, así que antes de

que él volviera cada día borraba lo que no quería que viera. Me prohibió que hablara con nadie. Vacío mi lista de contactos, pero por suerte mis amigas me siguieron hablando. Incluso me aprendí el número de mis mejores amigas, por si quería empezar yo una conversación. Y ahora viene lo mejor.

Ariadna comenzó a sentirse lo suficientemente segura como para permitirse utilizar esos recursos narrativos con la Matrona.

—Soy todo oídos, Poquita Cosa.

—Ideé un plan con mis amigas. Era arriesgado, y Jesús podía montar en cólera a mi vuelta si descubría la verdad, pero me apetecía mucho hacerlo. Además, yo contaba con lo tonto que era, esperaba que no se diera cuenta de la mentira. Fingí un secuestro durante un fin de semana para hacer una escapada con mis amigas.

—Guau —la Matrona abrió unos ojos como platos—. Continúa, tigresa. Está muy interesante.

—Me marché con ellas un viernes por la tarde. Él me acosó a llamadas cuando volvió del trabajo y vio que no estaba en casa, y que no tenía la cena hecha. Me llenó el móvil de mensajes en los que básicamente me perdonaba la vida si aparecía en los siguientes cinco minutos. Por supuesto, en un primer momento no miré esos mensajes, porque no quería que viera que los había leído. Al final, decidió denunciar mi desaparición. Con lo sensibilizada que está ahora la sociedad con estos temas, se armó una buena y salí en las noticias.

—Ahora que lo dices, me suena tu cara. No había caído. Pero no presté atención, pensé: otra novia a la fuga, o algo así.

—El domingo por la tarde, a mi vuelta, fui a la policía y denuncié mi secuestro. La juerga que me había corrido ese fin de semana me lo puso fácil: estaba demacrada, con la ropa sucia y despeinada. Yo lo exageré un poco, claro. Pero valió la pena, qué bien lo pasé en la playa, con mis amigas, emborrachándonos, tirando los trastos a los yogurines y saliendo por las noches.

—Pero te pillaron la mentira.

—Sí. Cometí un error, ahora te diré cuál. Lo que le conté a la policía fue que el viernes por la tarde, mientras iba a comprar, se paró una furgoneta blanca a la altura de la calle en que estaba yo, salieron dos hombres de detrás y me subieron a ella. Me llevaron lejos de allí y nada más llegar a un chalet apartado en la montaña me drogaron, y sólo desperté el domingo por la tarde, en que me devolvieron a la ciudad, dejándome a las afueras.

—La policía pensó que te violaron y te mandaron examinar.

—Sí —Ariadna se sorprendió, quizás había subestimado a la Matrona. Después de todo, era la jefa, algo de inteligencia debía de tener—. Me derivaron a servicios médicos. No encontraron indicios de agresión sexual. Esto desmontó totalmente mi historia.

—No tiene sentido que te droguen durante todo un fin de semana y no se aprovechen de ti.

—Sí, eso es. Ése fue el error. Pero si no decía lo de la droga habría tenido que inventarme un cuento de todo lo que pasó durante esos dos días, y mi cabeza no da para tanto.

—¿Qué pasó cuando tu marido se enteró?

—Yo creía que me iba a matar. Pero no, ni siquiera me dejó volver a casa, fue extraño. Me denunció y me tuve que ir a casa de mi hermana. Después comenzó a hablarme de nuevo, pero yo ignoré sus mensajes. Y aquí estoy porque he cometido el delito de fingir un secuestro. Cuando la justicia quiere puede ser rápida.

—La justicia no es justa, Poquita Cosa. Pero mis puños sí, algún día haremos justicia con ese cabrón.

—Gracias, pero no es necesario. Mi pena no es larga.

—¿Cuánto?

—Ocho meses. Y hubo un atenuante, mi testimonio de cómo me hizo perder mi empleo. Como digo, la sociedad está sensibilizada ahora con estos temas. Es probable que pueda salir antes. Pero, aun así, yo estoy aquí, y él ahí fuera. Aunque me echó de casa, sé que ahora me espera. Lo conozco. Me da miedo volver, la verdad. Al menos aquí estoy segura. Como digo nunca llegó a pegarme, pero ya no se portaba conmigo como al principio; el príncipe azul había desaparecido. Era más violento, más maleducado, más impaciente, no sé cómo explicártelo.

—Si pudiera, mataría a todos los hombres del planeta. Torturándolos antes, a cada uno.

Ariadna no quería, pero terminó llorando ante la Matrona.

Esa misma semana coincidió en las duchas con ella. Se sintió observada de una manera que no dejaba lugar a dudas. Se dedicó a lo suyo e intentó ignorarla. Pero era la Matrona. No era alguien a quien ignorabas.

Se le acercó y se le puso detrás, tan cerca que notó claramente sus pezones en la espalda. Comenzó a frotársela con una mano. Ariadna se replegó sobre

sí misma, y le dijo:

—No, por favor.

La Matrona dudaba, lo pudo percibir.

—Por favor —insistió Ariadna.

Tras varios segundos de tensión, la Matrona retiró la mano y le susurró al oído:

—Eres la primera que lo consigue. He decidido que te voy a respetar.

19. Dar clase a los dioses...

Son días de celebración para mí.

He sido contratado en la Universidad Legendaria de El Dorado como docente. Tras una serie de entrevistas por videoconferencia, se me ha comunicado la decisión final. Se trata de una universidad privada ubicada en lo más profundo de las selvas americanas.

Y allá que me he ido.

Es cierto que para un hombre de mediana edad como yo, bien asentado en una universidad de mi país, la decisión ha sido ardua. Máxime cuando me considero una persona más bien conservadora, a la que le suele gustar que las cosas se queden como están. Mas necesitaba el cambio como agua de mayo. El divorcio con Amaia, mi mujer, me forzó a atravesar tiempos de padecimiento y culpa, en que percibí que era succionado por una espiral de la que sólo podía escapar si realizaba un salto cualitativo en mi vida. Así que resolví alejarme de mi entorno habitual. Más me ha dolido y dificultado mi decisión de marcharme mi hija Vera, pero es una chica madura y fuerte. He tratado el tema con ella en profundidad y me entiende. Además, se encuentra próxima a su mayoría de edad. Por el momento se queda a vivir con Amaia, pero es un asunto que aún hemos de discutir, cuando se calme el temporal. Todavía no puedo ver a mi exmujer sin que nos enfrasquemos en recriminaciones recíprocas. Lo que sí es seguro es que, más pronto que tarde, traeré a Vera para que me visite en mi nuevo hogar. Quién sabe, quizá le gusta y decide quedarse allí conmigo.

Por otro lado, en la vertiente profesional, la oferta de trabajo apuntala mi trayectoria. Si bien he dado siempre clases de historia universal, estoy especializado en colonialismo europeo. Sin duda será interesante conocer de primera mano la opinión al respecto por parte de una cultura tan auténtica como en la que me propongo vivir, y hallaré más fácil el acceso a fuentes documentales y arqueológicas para proseguir mis investigaciones.

He de decir que me ha costado llegar hasta Caracaibe, la localidad donde se encuentra la Universidad Legendaria de El Dorado, abreviada como ULED. Cuando Lope, su rector y mi entrevistador, me aseguró que se hallaba en la selva no imaginé que sus palabras eran tan literales. El avión me dejó en la gran ciudad de Ornamento. Allí agarré un tren (antiguo, por cierto, de los que no se ven en Europa desde el siglo XIX), hasta la ciudad mediana de

Ocapulquito, donde me subí a un precario autobús que se atrevió a circular por carreteras aún más precarias. De hecho, llamarlas carreteras equivale a aumentarles de categoría. Eran caminos de tierra, que recorrían cualquier tipo de orografía. Cuando el vehículo se inclinó peligrosamente hacia el lado del acantilado durante una parte del trayecto, pensé que era el fin. Pero no. No nos caímos.

Finalmente llegué a la pequeña ciudad de Caracaibe, junto al lago Tugaloptica. Entre montañas selváticas, arroyos y senderos de película de aventuras, se erige esta ciudad colonial que a día de hoy conserva marcados elementos indígenas. Muchas veces me he preguntado si se tratará del auténtico El Dorado, tengo que preguntarlo a los que serán mis colegas.

Durante mis primeros pasos por la ciudad me embarga la emoción. También siento el calor intenso de su clima. Sus calles, frecuentadas por indios de humilde estatura y piel bronceada, desprenden color y una vibrante vida. Me observan sin cesar, como es de esperar dado que parezco ser el único europeo aquí. Me hace sentir algo incómodo, pero a la vez notorio. Sí hay algo que me sorprende. Veo a una chica joven en taparrabos con los pechos al aire, y lleva el cuerpo recubierto de algo dorado. No obstante, enseguida la pierdo de vista entre la muchedumbre. Me dirijo a la universidad, no puedo esperar más para atravesar esos míticos muros.

Como es de suponer debido a lo aislado de Caracaibe y de la ULED, la población de estudiantes y el edificio mismo de la universidad son más bien modestos en tamaño. Sin embargo, nada más verlo me quedo prendado de la belleza mística de su colorida arquitectura, caracterizada por las columnas y los arcos. Me emociono al pensar que voy a pasar mucho tiempo entre sus paredes; de hecho voy a vivir ahí, pues me aseguraron que tendría asignada una habitación en la misma facultad.

—Profesor Jiménez—Andrade —para mi sorpresa, me espera el mismo Lope en la entrada, alargándome la mano—. Bienvenido.

—Vaya, gracias por el recibimiento.

—No, por favor, gracias a usted, por acceder a formar parte de nuestra universidad, de nuestra comunidad y de nuestra cultura.

—La verdad es que estoy impaciente por visitar el edificio. Comentamos la posibilidad de que tuviera una habitación para mí en el mismo, espero que la tengan todavía. Me encantaría vivir en él.

—Por descontado, le acompañaré. Si lo desea, tras dejar las maletas en su habitación, realizaremos un rápido *tour* por la facultad.

—Perfecto.

Quedo otra vez prendado al ver el edificio por el interior. Todo es arte. No hay pasillos modernos, asépticos. Cada rincón alberga historia, pinturas, estatuas, arcos, ornamentos. Es increíble que este rincón del mundo permanezca ignoto, pese a las maravillas que ostenta. Me cruzo con algunos estudiantes, imagino que la mayoría se encontrarán ahora en clase.

—¿Sabe? Estoy impaciente por dar clase a ese grupo de cualidades excepcionales, como usted mismo lo calificó. Por otro lado, espero estar a la altura.

—Oh, lo estará, no se preocupe. No se deje deslumbrar por ellos, en realidad usted cññase al temario y le irá bien.

Me siento ilusionado con mi grupo. Tengo dos asignaturas con ellos: “historia medieval europea” e “imperios coloniales del siglo XIX”. Pero es que además voy a tutorizarlos, soy en adelante el encargado de ofrecerles mi ayuda para cualquier cuestión que les surja, además de acordar unas tutorías periódicas obligatorias para realizar el seguimiento de la carrera universitaria que cursan. Es curioso cómo se encuentra organizado el plan de estudios de la ULED: sólo oferta la titulación de historia. Y no hay todos los cursos todos los años, sino que sólo se da un curso por año, con varios grupos. Ahora todos los alumnos se encuentran en primero de carrera.

Tras asegurarle a Lope que puedo seguir por mi cuenta y despedirme de él, me dispongo a verlo todo en detalle, recorriendo de arriba abajo las cuatro plantas del edificio. En el camino de vuelta a mi cuarto, me topo con dos estudiantes en un pasillo solitario, un chico y una chica, que, como la que he vislumbrado en la ciudad, van casi desnudos. Llevan un taparrabos y el pelo muy largo. Su cuerpo es dorado y brilla, como si se lo hubieran impregnado de purpurina, pan de oro, o algo por el estilo. Lucen algunos accesorios, también dorados, como anillos, pulseras y colgantes. Portan con ellos, no obstante, materiales de estudio, carpetas, libros. Se sorprenden al verme como todos los que se cruzan conmigo en Caracaibe, pero más me sorprende yo.

—¿Adónde vais vosotros en paños menores? —les digo.

Se limitan a sonreír, cuchichear algo entre ellos y a proseguir su camino.

—¿Pero qué demonios? —murmuro para mí mismo mientras abro la puerta de mi habitación.

Cuando me despierto muy avanzada la tarde y salgo de mi habitación, no

vuelvo a ver a nadie más semidesnudo. De hecho escasean los estudiantes, es tarde. Tras dar cuatro vueltas indecisas me siento sumamente cansado y decido no acudir a cenar. Las clases empiezan mañana mismo, mi incorporación ha sido precipitada. Quería cenar con Lope, y de paso preguntarle por esos estudiantes en taparrabos, pero le escribo un mensaje pidiéndole excusas y me retiro a dormir. Él me contesta recordándome mi primera cita con los alumnos: “Mañana a las 8:30 de la mañana, quinta planta. Sólo hay un aula en esa planta, ahí tiene su primera clase. Vaya usted con los dioses”.

Al día siguiente, me visto mis mejores galas para comenzar con buen pie. Las primeras impresiones son duraderas. Visto un estilo europeo (lo que tengo), aunque algo me dice que si me quedo a vivir aquí mucho tiempo acabaré fusionándome con la cultura local y vestiré como ellos, de la forma tan alegre y colorida que he apreciado por las calles. Y quizá no me importaría.

En el ascensor, pulso la tecla del cinco. Algunos alumnos entran y me miran. Se bajan en otras plantas, ninguno llega hasta la quinta conmigo. Es extraño, debo de tener un grupo muy puntual o muy reducido. Tras varios segundos caigo en la cuenta. ¿Quinto piso? Ayer recorrí el edificio de arriba abajo y de abajo arriba y sólo contabilicé cuatro plantas. ¿Es posible que se me pasara una quinta? No lo creo. Fui muy meticuloso en mi exploración, siempre lo hago de esa manera, como cuando voy a los museos, para no dejarme nada; no me suelo equivocar. Ahora que lo recuerdo, incluso desde fuera también conté cuatro hileras de ventanas, sin considerar la planta baja, claro. En el ascensor la planta baja tiene su propia tecla. En fin, cuando se abran las puertas se resolverá el misterio.

Lo hacen y contemplo las nubes y claros del cielo de Caracaibe, algunos cóndores surcándolo y el impacto de la luz del sol en mi rostro.

Me encuentro en el tejado del edificio.

No tardo en ver a mis alumnos, no obstante. He de frotarme los ojos unos segundos. No puede ser cierto lo que comunican los nervios ópticos a mi cerebro. Simplemente, se me antoja inverosímil.

Allí, en pleno tejado y bajo la luz del sol, se sientan alrededor de veinte alumnos en unos pupitres y sillas atornillados al suelo del tejado. Todos y cada uno de ellos va en taparrabos. Todos y cada uno de ellos luce esa piel cubierta de purpurina dorada que vi ayer en la chica de la ciudad y en los dos

estudiantes por los pasillos de la universidad, además de portar accesorios como collares, pulseras y anillos dorados. Todos exhiben un cabello muy largo, tanto hombres como mujeres, si bien algunos y algunas se lo recogen de creativas maneras. Todos me penetran con sus ojos oscuros, silenciosos, tranquilos, expectantes. Mas lo que me incomoda es que las mujeres muestran sus pechos sin ningún tipo de pudor.

Me acerco a ellos y digo:

—Buenos días, ¿sois vosotros el grupo A?

Me contestan al unísono que sí.

—¿Y siempre vais así vestidos?

De nuevo una respuesta afirmativa. Se me forma un nudo en la garganta. La idea loca de que Lope, o los alumnos mismos, me han gastado una broma pesada se forma en mi mente. La situación se me antoja sumamente incómoda. He de hablar con Lope antes de continuar.

—Me vais a disculpar un momento. Ahora vengo.

Busco a Lope por toda la facultad. Cuando por fin doy con él, le pido una reunión privada y urgente en su despacho (el mío aún ni siquiera sé cuál es). Accede de buen grado.

—Lope. ¿Es una broma?

—Una broma, ¿el qué, profesor Jiménez—Andrade?

—Mis alumnos. Están desnudos. Y en el tejado de la facultad, al aire libre.

—Profesor, se trata del grupo de cualidades excepcionales. No le mentí al respecto, y por descontado que no se trata de ninguna broma. Sabe que yo siempre le he tratado con todo mi respeto, y eso no ha cambiado.

—Bien, de acuerdo, aceptemos que no es una broma, ni suya ni de los alumnos. Teniendo esto en cuenta, ¿no le parecía que el hecho de que fueran en taparrabos, lo cual implica que las muchachas van con los pechos al aire, era una información que podía interesar a un docente europeo?

—Bueno, ha pasado usted a formar parte de El Dorado, debe entender que verá aquí muchas cosas que le sorprenderán. Profesamos una veneración profunda a nuestra historia y nuestras leyendas.

—¿Guardan mis alumnos alguna relación con esas leyendas a las que veneran?

—En efecto, profesor, ¿no ha leído sobre los mitos de El Dorado?

—Claro. Mas teniendo siempre en mente que se trataba de eso, de mitos. Y los hay tantos sobre El Dorado que ahora no recuerdo si había alguno en

que las mujeres mostraran sus pechos. Mi especialización en colonialismo abarca sobretodo los aspectos políticos y socioeconómicos.

—Quizás aquí pueda completarla con los aspectos culturales. Acepto el hecho de que haber leído sobre las leyendas no necesariamente le habría puesto sobre la pista de que sus alumnos irían semidesnudos. Ruego acepte mis disculpas, y que me permita que le explique la leyenda de la que el grupo de cualidades excepcionales bebe y procede.

—Por favor, me siento ansioso por oírla.

—Antes que nada, profesor, dígame. ¿No ha dado la clase? ¿Ha dejado a los alumnos allí?

—Por supuesto, Lope. Necesitaba primero una explicación y, sobretodo, la confirmación de que no se trataba de una broma —Lope expresa descontento con su rostro. Lo puedo entender, pero todo esto no deja de ser su culpa.

—De acuerdo, habrá usted de recuperar la clase de hoy otro día. Es un grupo que no podemos desatender bajo ningún concepto. Es por ello que contratamos a su eminencia.

—No se preocupe por la clase, será recuperada. Pero cuénteme esa leyenda que parece explicarlo todo.

—Por descontado. Verá, se cuenta que la mujer del cacique Munstananango cometió adulterio y fue descubierta por su marido, el cual la castigó duramente y la sometió a vejaciones y torturas. Ella, arrepentida, se lanzó al lago Tugaloptica, éste mismito que tenemos junto a Caracaibe, como usted habrá visto. Allí fue reclamada por las aguas y terminó por habitar la ciudad sumergida de oro, ubicada al fondo del lago. Su marido lamentó haberse comportado de manera tan cruel con su esposa y conducirla hasta el suicidio. Consultó a los chamanes y éstos, tras consultar a su vez con los dioses, le aseguraron que su esposa seguía viva y le aconsejaron realizar ofrendas a la ciudad de oro. Esas ofrendas debían ser de más oro, para que los habitantes de la ciudad subacuática tuvieran el material que necesitaban para finalizar la construcción de su ciudad y le retornaran a su esposa en agradecimiento. Desde entonces, cada noche, Munstananango se untaba el cuerpo con pegamentos naturales, se recubría el cuerpo desnudo de pan de oro, y navegaba hasta el centro del lago. Una vez allí, se bañaba en él para desprenderse de todo el oro y que éste fluyera hasta el fondo. También portaba objetos del precioso metal en su embarcación y asimismo los arrojaba al agua. Por cierto que de ahí provienen tantos mitos y cuentos sobre las riquezas de El Dorado.

—¿Por qué esa leyenda derivó en un grupo de la ULED en paños menores?

—Vamos a ello. Resulta que la creencia popular dice que el ritual se hubo de continuar desde los tiempos de Munstananango, ya que cuando éste comenzó a realizarlo, las cosas comenzaron a ir mucho mejor para su pueblo. Los seres subacuáticos le devolvieron a su esposa. La pareja, en agradecimiento, continuó realizándoles ofrendas. La mujer se unió a su esposo en sus rituales nocturnos. El pueblo se sintió tan agradecido a su cacique que se ofreció para continuar llevando a cabo las ofrendas durante generaciones y generaciones, hasta hoy. Por supuesto, ya no hacemos ofrenda todos los días como Munstananango sino una vez al año, el pueblo no posee tantas riquezas como sus gobernantes, como usted verá. De hecho llegó un día en que el verdadero oro se sustituyó por pan de oro. Quiero decir, del falso. Una aleación de metales: cobre, estaño... ya me entiende.

—Interesante leyenda. ¿Es cierto entonces que hay oro en el lago?

—Eso nunca se sabrá hasta que se explore. Los lugareños somos muy discretos y respetuosos, a ninguno se le ha ocurrido bucear para ir en busca de ese oro. Vienen pocos forasteros a husmear. Y a los que vienen nos esforzamos por desanimarlos al respecto.

—¿Son mis alumnos entonces los que realizan el ritual?

—En efecto. Todos los años, durante la noche del segundo jueves de noviembre, el cual debe saber usted que es con diferencia el mes más lluvioso aquí y suelen desencadenarse tormentas, se celebra un rito por el cual una pareja de alumnos dorados, hombre y mujer, es arrojada en mitad del lago. El ritual se ha modificado ligeramente en este punto, tras el paso de los siglos, como verá ahorita. Allí, tras realizar su ofrenda, la pareja se convertirá en un indicador de la voluntad de los dioses: si ambos vuelven juntos a la orilla, es un augurio estupendo para el siguiente año. Gozaremos de cosechas y una ganadería productiva, a los ciudadanos de Caracaibe les sucederán eventos felices, mucha gente hallará el amor y se formarán familias. Si vuelven pero cada uno por separado, se interpreta como positivo también, pero no habrá tantos emparejamientos amorosos ni fecundidad. Si sólo vuelve uno de ellos, es un signo ambivalente. Sucederán cosas buenas y cosas malas. Si es el hombre el que sobrevive, habrá comercios y se construirán edificios. Si es la mujer, habrá buena producción de alimentos. Y, como puede usted imaginar, en el caso de que ninguno de los dos retorne a la orilla, se trata de un augurio terrible, el peor de los posibles. Se recomienda entonces que la gente ahorre,

guarde sus provisiones y salga lo justo de casa.

—¿Cuál es la tasa de éxito?

—Bastante alta pese a todo, el pueblo de Caracaibe es un pueblo dichoso y bendecido por los dioses.

—¿Y tienen que ir siempre así vestidos? Y cuando digo “vestidos” es porque no encuentro una palabra mejor.

—Lucen durante todo el año la apariencia que ostentó el majestuoso cacique. En realidad deberían ir desnudos y así comenzaron estándolo, pero los primeros contactos con la civilización española y católica les forzó a llevar al menos taparrabos.

—Pero los rituales ya no se celebran todos los días, como en su origen, sino una vez al año. Usted mismo lo ha dicho.

—Cierto. Entiendo lo que quiere decir. Sobre esto la transmisión cultural se ha mostrado inflexible por alguna razón. Mi teoría es que esos jóvenes se han convertido en una suerte de adalides de juventud y esperanza a los que admirar, y hacia los que sentir las emociones más intensas. De los tipos más variados, incluidas las sexuales. Aquí hay poco pudor en ese sentido, como estoy seguro no tardará en comprobar. Entienda que la influencia del cristianismo en este lugar fue más leve que en otros lares. Conservamos una cultura particular, indómita. Sólo piense en lo que le ha costado a usted llegar aquí en el siglo XXI. Imagínese hace cinco.

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo son seleccionados estos alumnos para pertenecer a este grupo selecto?

—Hay un proceso de selección, por supuesto. Que, dado que soy el rector de la ULED, habrá adivinado que me corresponde a mí. Admito hasta un máximo de veinte alumnos: diez chicos y diez chicas. La clase que usted tiene a su cargo.

—Ha de ser un número equitativo entre hombres y mujeres, entiendo, por el tema del ritual.

—En efecto, profesor, si bien la mitad de ellos no tendrá que someterse nunca al mismo, ya que sólo participa una pareja al año. La carrera universitaria tiene una duración de cinco años, por tanto diez alumnos serán elegidos, dejando fuera a los otros diez. Cuando los estudiantes completan sus estudios, son liberados de las obligaciones de la leyenda, hayan participado o no en el ritual del Tugaloptica. Queda a su voluntad que sigan ataviándose con el taparrabos y luciendo su cuerpo bañado en oro, pero lo cierto es que, con el tiempo, dejan de hacerlo pues ya no se consideran

adalides de belleza como lo fueron en sus tiempos de universidad.

—¿Se encarga usted también de elegir a los que participan en el ritual cada año?

—Bueno, la tradición dicta que es el profesor responsable del grupo el que toma la decisión. Al fin y al cabo, es la persona que más contacto ha tenido con ellos, la que los ha tutorizado y la que sabe quiénes son los más merecedores.

—¿Quiere decir que me toca a mí esa función?

—En efecto, profesor Jiménez—Andrade.

—Creía que no os agradaban las injerencias forasteras en vuestra cultura. No se me ocurre una injerencia mayor que decidir quién corre peligro de muerte en vuestro ritual.

—Nos molestan las injerencias a las que se refiere, pero sólo aquéllas que nos vienen impuestas. A usted, en cambio, lo escogimos nosotros. Es una eminencia internacionalmente reconocida.

—Me tendría que haber avisado de esto, Lope, desde nuestro primer contacto. A lo mejor no deseo participar de su cultura hasta tal punto. Supongo que sabe que provengo de un país occidental. De valores cristianos, ¿entiende?

—Quizá no vendría usted si le hubiéramos puesto sobre aviso —me sonrío. Es un halago, en el fondo.

—A lo mejor sí, por la curiosidad.

—Entienda usted que tenerle entre nosotros fue nuestra gran apuesta. No podíamos correr el riesgo. Sí es cierto que le podría haber avisado anoche, pero no bajó usted a cenar. Pensaba contárselo entonces, si quiere usted creerme.

—No sé si voy a poder dar clase a ese grupo, Lope. Las mujeres tienen los pechos al aire.

—Bajo una gruesa capa de pan de oro.

—A través de la que se ve todo. ¿Sería mucho pedir que se taparan, al menos durante mis clases?

—No va a poder ser, profesor. Me temía que este momento llegaría. La tradición es muy arraigada a este respecto, y muchos locales se ofenderían, empezando por los padres de esas muchachas. Soy consciente de que esta idea en concreto le sorprende debido a su manera occidental de ver las cosas. Por otra parte, considere la posibilidad de que consiguiera usted taparlas. Crearía un precedente terrible, que tambalearía nuestra tradición. No habría

inconveniente para que el próximo las mandara abrigar completamente, y el siguiente hacer desaparecer al grupo como tal, y más adelante quizás se liquidara la tradición de la ofrenda de noviembre. ¿No ve usted el ejemplo en su propia iglesia católica? Es extremadamente inflexible, porque sabe que si cede en algún detalle, por nimio que sea, se desataría ola de renovación que la haría peligrar como institución. No es mi propósito ofenderle si es usted católico, sólo deseaba ponerle un ejemplo cercano a usted.

—No me ofende. Aunque he dicho que provengo de un país católico, eso no significa que sea un beato. Una última cosa, Lope. ¿Dar la clase en el tejado? ¿Es necesario?

El rostro de mi interlocutor refleja una paciencia infinita.

—La tradición, ya me entiende... Esa gente se encuentra en lo alto de la estima popular, no podemos hacerles bajar. Se cuenta que algunos profesores dieron la clase en las montañas, así que en realidad está usted de suerte.

En fin, la tradición y la cultura lo explican todo.

—Mire, he de asimilar todo esto. Por suerte, hasta dentro de dos días no tengo la siguiente clase con mi grupo.

—¿Va usted a hablar con sus alumnos ahorita? Quizá se sientan intranquilos por su inesperada ausencia.

—No hace falta, ya no estarán ahí.

—Se sorprenderá. Estoy seguro de que aún están ahí arriba, aguardando alguna indicación suya. Cuando le dije que era un grupo de cualidades excepcionales, no me refería sólo al hecho de que formen parte viva de la leyenda. Encontrarse en el epicentro de la tradición del Tugaloptica es un privilegio y a sus integrantes les hace asumir un sentido de la responsabilidad rara vez visto en una civilización humana. Ya me contará qué tal rinden en su clase, estará usted encantado, se lo aseguro. Vaya y verá cómo no se han levantado de sus asientos. No cabe duda, por otro lado, de que sienten asimismo admiración y curiosidad por una eminencia como usted, lo que les conminará a ser más pacientes todavía.

—Por favor, deje de decir que soy una eminencia.

—Si deja un día usted de serlo, profesor.

Mientras subo de nuevo a la azotea, recuerdo que no he coincidido con ninguno de mis alumnos en el ascensor esta mañana y que me ha parecido extraño. Ahora comprendo que es porque todos han sido muy puntuales. Quizá Lope tenga razón respecto al rendimiento de este grupo. Ahora sólo

falta comprobar si todavía están ahí esperándome.

Al salir de nuevo al exterior, he de volver a enfrentarme a la información que me brindan mis ojos. Pese a las profusas explicaciones de Lope, sigo sin interiorizarlo. Vuelvo a ver el aula al aire libre con sus pupitres y sillas atornillados. Y veo otra vez a mis alumnos semidesnudos... Allí están, donde los dejé hace más de una hora. Es cierto que en teoría la clase no ha terminado, pues su duración es de dos horas. La mayoría están sentados, sólo dos o tres personas se encuentran de pie pero en cuanto me ven aparecer ocupan sus asientos. Voy a necesitar tiempo para acostumbrarme a este choque cultural tan significativo.

—Estimados alumnos —comienzo. Creo que el truco está en no mirar a los pechos de las chicas. Si consigo hacer eso, todo irá bien. Por otro lado, decido ser sincero con ellos—, disculpad mi ausencia. Voy a ser honesto con vosotros. No me habían descrito adecuadamente las características del grupo...

Durante esos primeros minutos con ellos, me he sentido a gusto. Su semidesnudez, sorprendentemente, ha quedado relegada a un cierto segundo plano, que no olvidada, al comprobar que se trata de un grupo extraordinario: en extremo callados y atentos, todos enfocados en mí y en mis explicaciones, incluso me han hecho un par de preguntas con gran respeto y educación.

Esa tarde, tumbado en la cama de mi habitación (pues tengo una edad, todavía necesito recuperarme del *jet lag*), comienzo a ver la situación de otra manera. Esa gente es especial... y les ha bastado apenas un cuarto de hora de clase para demostrármelo. ¿Es esta admiración incipiente equivalente a la que el pueblo de Caracaibe profesa hacia ellos? Son como una suerte de héroes aquí, por lo que Lope me ha contado. Al fin y al cabo, de ellos y del ritual que realizan depende su futuro.

Hasta dos días después no vuelvo a tener clase. Aprovecho para buscar mi despacho, asentarme, organizar todo mi material y demás tareas docentes durante mis horas de trabajo, y a visitar la ciudad y conocer su oferta gastronómica durante mi tiempo libre. Lo paso bien con Lope, aunque reconozco que sigo un poco molesto por el hecho de que me ocultara una información tan relevante como que podía encontrar a mis alumnos un tanto “desvestidos”. Me presenta a amistades suyas, y todos parecen muy abiertos a mí aunque sea un extranjero. En mis paseos exploradores por la pequeña ciudad me es inevitable ver a alguno de mis alumnos. Pues para mí su

semidesnudez reclama mi atención como un despertador junto al oído.

—¿Ya va asumiendo la indumentaria de sus alumnos como parte de nuestra cultura, profesor Jiménez—Andrade?

—No sé si emplearía la palabra “indumentaria” para referirme a un taparrabos. Ni siquiera llevan calzado, deben de hacerse daño al caminar por según qué zonas.

—Un mal menor que están felices de asumir. Y bien, ¿lo lleva usted mejor?

—En principio sí, supongo que es una cuestión de integrarse en la cultura. Ya le diré cuando vuelva a tener clase con ellos. No obstante, sigue pareciéndome curioso que puedan ir así en situaciones como el entorno familiar, una reunión formal, la consulta del médico, una boda, o incluso un funeral...

—Oh, en los funerales cuelgan una pluma roja de su taparrabos en señal de dolor.

Esa noche, con un par de copas de un licor autóctono medio consumidas entre nosotros en una terraza de la Plaza Mayor Caruba, le digo:

—Lope, ¿le puedo preguntar algo? Está en su derecho de no responder.

—Adelante, profesor. Ya hay confianza entre nosotros.

—¿Usted no siente atracción cuando ve a esas chicas con los pechos al aire?

—Creo que ustedes por allá tienen un dicho. “No somos de piedra”, ¿es así?

—Sí, así es —me río a gusto.

—Por acá nosotros decimos “nada más que cuando se cierra deja el ojo de observar la belleza”.

—Bonito dicho. Más descriptivo.

—Sepa usted, como ya le dije, que aquí tenemos una noción de la sexualidad diferente a la que tienen ustedes los occidentales. Muchos de los eventos por los que se escandalizarían, para nosotros no pasarían de sucesos graciosos. Incluso le digo, no está mal visto mirar los pechos de las mujeres que los exhiben. De hecho, cuando lleve usted más tiempo aquí terminará por toparse con mucha gente desnuda por la calle, sin que nadie les preste más atención de la necesaria para burlarse de una carne flácida o de un ombligo feo.

—En cuanto al acto sexual en sí... ¿son similares sus valores en ese

sentido?

—Lo son. No nos sorprende ni tiene nada de malo disfrutar del sexo de manera libre y abierta. Un indicador revelador de ello para usted puede ser el hecho de que aquí rara vez se habla de infidelidad, y no porque no se cometa. Hay amor, por supuesto, pero lo vivimos de formas libres, y en la mayoría de casos honestas.

—Interesante...

Esa noche sueño que estoy volando sobre el lago Tugaloptica. Volar es para mí un sueño recurrente, me pregunto qué significará. Estoy en tierra y pego un salto, una vez en el aire agito los brazos y *voilà*, comienzo a ascender. Como si mis huesos fueran ligeros como los de las aves, y de mi espalda brotaran sendas alas. Se me antoja una sensación sumamente agradable. Es de día, pero comienza a atardecer y los rayos impactan sobre las aguas, creando reflejos rojos y dorados de gran belleza. Una vez elevado a suficiente distancia, me dejo caer y me sumerjo en busca de la legendaria ciudad subacuática. Me parece vislumbrar ciertos destellos dorados en el fondo, muy profundos, mas jamás los alcanzo. Y no porque me ahogue; la falta de oxígeno no parece suponer un problema. Quien me impide seguir bajando son tres alumnas mías que me rodean. Nadan a mi alrededor y me miran, de manera tan intensa y atenta como en mi clase o incluso más. Detecto deseo en sus pupilas. Se aproximan poco a poco a mí y extienden sus brazos. Aunque recuerdo muy bien haberme prometido a mí mismo no mirarles los pechos, lo hago sin ningún tipo de recargo de conciencia. Son mujeres exuberantes, atractivas, exóticas. Una de ellas alcanza a tocarme y siento su mano sobre mi hombro y después mi pecho. *Siento al detalle su tacto.*

Y entonces me despierto.

Las clases de la semana han ido bien. Mucho más “normales” de lo que esperaba, dadas las circunstancias. Cada vez que mi mirada se dirige hacia donde no debe me doy un toque a mí mismo y la desvío hacia las imponentes montañas que hacen las veces de muralla majestuosa a Caracaibe, o al cielo frecuentado por las grandes aves. Asumo que mis alumnos deben de pensar que miro mucho hacia arriba y no a ellos; son inteligentes como para comprender por qué. Creería que la situación se ha normalizado si no fuera porque una noche, durante unas fiestas locales en que se adora al dios del agua Tulabhe, una alumna me busca en mi habitación.

—Madara, ¿qué haces aquí? —tras llamar a mi puerta, le abro y entra como si se tratara de su propia casa—. Ésta es mi habitación privada, Madara.

—Lo sé.

Noto todo mi cuerpo activarse ante la situación, de la cabeza a los pies. La chica me observa con la cabeza ligeramente agachada y la boca entreabierta, en una clara pose seductora. No doy crédito. Debo controlar la situación. Por Dios, apenas tendrá uno o dos años más que mi Vera.

—Madara, por favor, márchate de aquí. Esto no es apropiado.

Ella adopta una actitud más servicial y da la vuelta mientras dice:

—De acuerdo, profesor, discúlpeme.

Abre la puerta y se va.

Durante los próximos días continúa el festival al dios del agua Tulabhe. Según me cuenta Lope, hay una tradición del viernes noche consistente en degustar diversas bebidas en la Plaza de Aguatipca. Toda una serie de puestecitos se colocan alrededor de la plaza y sirven los licores más típicos a los viandantes a precios económicos, y se ha de brindar en el centro de la plaza con la mayor cantidad de gente posible. Uno puede elegir qué licores beber, por supuesto, y los hay desde sin alcohol hasta casi alcohol puro, y también se permiten mezclas con refrescos y zumos, o como los llaman aquí, *jugos de licor*.

Para ser honestos, al principio dudé de si acudir o no al encuentro. Lope me lo describió y me pareció “peligroso” en muchos sentidos. Mas después de unos minutos de reflexión, accedí, congruente con mi propósito de integrarme en la cultura local lo máximo posible. Los caracaibenos me han acogido excepcionalmente bien y no deseo responderles con mi ausencia, que interpretarían como desprecio. Empiezo a comprender su manera de pensar, y estoy seguro de que más de uno se sentiría en efecto ofendido. El hecho de ser el único forastero me ha otorgado cierta celebridad, y todavía sigo notando que las miradas de todo el mundo se clavan en mí, curiosas.

No puedo negar que un asunto se pasea por el fondo de mi mente. ¿Estarán mis alumnos en la celebración? Algo me dice que por supuesto, teniendo en cuenta que son las personas más integradas y representativas de la tradición local, además de hondamente admirados por el pueblo. No pueden dejar de acudir.

Siento cierta adrenalina preadulto corriendo por mis venas. La extrema peculiaridad de este lugar y sus tradiciones me hacen sentir emociones que no recuerdo haber experimentado desde hace décadas. El sol comienza a esconderse tras las verdosas montañas y a proyectar su luz sobre las plácidas aguas del Tugaloptica, mas esa tranquilidad es resquebrajada por un ritmo de tambores que se oye en algún lugar de la ciudad. Me dirijo hacia la Plaza de Aguatipca, donde he de encontrarme con Lope, su familia y sus amigos.

Mientras camino por las empedradas calles, me siento joven de nuevo, repleto de sensaciones. Este lugar me está cambiando.

Lope me espera con una copa para mí en la mano. En la otra lleva la suya, por la mitad. Se tambalea, delatando ante mis ojos que ésa no es la primera que toma.

—¡Mi amigo profesor español, don Diego Jiménez—Andrade! ¡Jiménez—Andrade para los amigos! ¡Diego, quiero decir!

Sus amigos se ríen. Orio y Calpón son simpáticos, pero aún no he tenido ocasión de cruzar muchas palabras con ellos. También parecen encontrarse en estado de ebriedad.

—Las mujeres le aguardan. ¿Por qué las ha hecho esperar?

—¿Dónde está la suya, Lope? Creí que me la presentaría.

—Por ahí, en el centro de todo. Será una casualidad que la encuentre para poder presentársela.

El evento es muy animado. Me veo envuelto en una vorágine de personas. La música de percusión que he escuchado desde la facultad suena más cercana, desde algún lugar de la atestada plaza. Acudo a puestos que me sirven alcohol muy alegremente, algunos de ellos incluso me invitan porque saben quién soy al grito de “¡para el ilustre forastero!” o exclamaciones por el estilo. Pese a que he asumido como normal que todos me miren, noto que esta noche son sobretudo las mujeres quienes lo hacen. La gente no cesa de saludarme, ya sea con palabras, miradas o gestos, incluso aunque no me conozcan. Muchos alzan su copa frente a mí y brindamos. Me hago amigo improvisado de personas cuyos nombres y rostros olvido durante los minutos siguientes. Jamás imaginé que iba a participar en tal juerga a mi edad. El calor ambiente se incrementa con el calor humano. La gente viste ropa corta, como durante el día. Mis sentidos se encuentran atentos, no obstante, a lo que en el fondo de mi mente están esperando percibir, y sé que no tardarán en hacerlo. A medio camino en la plaza, observo el primer torso desnudo: un

alumno mío, y junto a él el rostro dorado de una mujer, de la que no alcanzo a ver más. Aunque aún estoy aprendiéndome los nombres, a éstos creo identificarlos: Muank y Guelina. Los espesos cabellos negros de la muchacha, peinados hacia un lado, se mecen con los movimientos de su rostro. Por un momento me parece que bailan. Quiero aproximarme pero no lo voy a hacer. Sé, estoy seguro, que los encuentros tendrán lugar pese a que no los busque. Si los desconocidos me saludan, mis alumnos sin duda lo harán también.

Acaba sucediendo, y de la manera que menos lo espero.

Una mano se desliza por mi costado desde atrás. Al principio pienso que me están intentando robar (en fin, no puedo dejar atrás mi mentalidad occidental tan rápido), mas pronto compruebo que se trata de un brazo desnudo de mujer, con su delicada mano adornada de anillos.

Me giro. Es Madara. Me penetra con sus ojos oscuros, profundos; esos iris insondables, repletos de misterios y aventuras deseando ser vividos.

—¿Es ésta una situación más apropiada? —me susurra.

CONTINUARÁ...

Epílogo: Levar ancla

El barco se llamaba "El Industrial". El niño se sentía muy ilusionado. Era su primer viaje en barco. Bueno, al ser niño muchas cosas de las que hacía eran su primera vez. Pero no culpemos al niño de no ser consciente de ello. Pobre, ya tenía bastante con abrirse paso en este mundo de locos adultos.

Fue muy feliz mientras inspeccionaba todo el primer día, junto con sus padres. El segundo se topó con algo que atrapó su atención. Se trataba de un reloj, colgado en la pared del pasillo que conducía a la zona de juegos. No llegó a dicha zona, pues se quedó mirando el reloj. Redondo y de manecillas, hasta ahí todo normal, acorde a los estándares de relojes normales. Pero tenía algo curioso: un ancla, en el fondo, tras las manecillas. Y el ancla se movía, aunque apuntaba siempre más o menos hacia abajo, mientras el resto del reloj permanecía en su lugar.

—Papá, el ancla del reloj se mueve.

—En realidad, no, hijo. Es el reloj el que se mueve con el barco, como nosotros, mientras el ancla está quieta, apuntando siempre hacia el mar que tenemos debajo —el niño no podía comprender eso. Al notarlo, el padre añadió—: Eso es para que veamos cuánto nos bamboleamos.

—¿Qué es bambolear?

El niño pasó los siguientes días asimilando toda esa información, y al final acabó comprendiéndolo. Cada mañana tras el desayuno se plantaba frente al reloj del ancla, para comprobar cuánto se bamboleaba el barco ese día, y comparar con el bamboleo de los días anteriores. Mas al llegar el quinto, ¡horror! El ancla ya no apuntaba hacia abajo, ¡sino hacia arriba!

—¡Papá, mamá! ¡El ancla apunta hacia arriba! ¡El mar está encima de nosotros!

—¡O nosotros estamos del revés! —contestó la madre, causando pavor en el niño. Ambos progenitores se reían a gusto—. No, hijo, el reloj se ha estropeado sin más, no le des importancia.

Pero el hijo no escuchaba, y por supuesto sí le dio importancia. Llegó a la conclusión de que efectivamente el mar no se hallaba encima del barco, ya que miró al exterior y no era así. Por tanto, los que se encontraban del revés habían de ser ellos. Entró en pánico. Echó a correr por los pasillos, hasta que se calmó un poco y volvió con sus padres. Sin embargo, su agitación interna

continuaba.

—Papá, mamá, ya lo he entendido, ¡todo está al revés! ¡Lo dice el ancla! Porque apunta hacia arriba. Entonces nosotros estamos boca abajo. Entonces, entonces, todo es al revés ahora. Todo lo que era de una manera ahora es de la contraria. Ahora los niños somos adultos, y los adultos sois niños.

—¿Qué dices, hijo? —el padre se reía a gusto.

—Ahora los adultos volvéis al colegio, y los niños cuidamos de vosotros y os hacemos la comida.

—¿Ah, sí?

—¡Lo dice el ancla!

—¿El ancla dice todo eso?

—Sí, porque está al revés. Es el mundo al revés.

Un pensativo silencio dio a entender a los padres que el niño estaba deduciendo las terribles implicaciones de que el ancla se encontrara del revés. Y así fue. El niño lanzó su discurso estrella:

—Entonces ahora me tenéis que dejar que me eche por el suelo y me ensucie la ropa cuando juego, y yo os regañaré cuando os sentáis por las noches en el sofá y veis la tele. También tenéis que dejarme que no haga los deberes y que pinte las paredes de casa con mis dibujos, porque ahora está bien lo que yo quiero hacer. Y vosotros no podéis volver enfadados de trabajar, tenéis que venir siempre contentos. No podéis obligarme a que me beba la leche por las mañanas, y vosotros os la beberéis. Yo no comeré si no tengo hambre, y no me iré a la cama si no tengo sueño. Vosotros no reñiréis nunca más y os daréis muchos abrazos. Ya no os enfadaréis cuando hago muchas preguntas, y me las responderéis una a una hasta que no me quede ninguna por hacer. Ya no iré a la clase de matemáticas nunca más porque no me gusta. Los adultos ya no se pelearán, y ya no habrá guerras y gente muerta. Los niños mandaremos y repartiremos comida y chocolate entre todos. Ahora podré comprarme los juguetes que yo quiera y los compartiré con quien quiera. Mamá no volverá a poner cara de asco cuando vea a un pobre sin zapatos por la calle, iré y le compraré unos zapatos. Y no me reñirán si acaricio a un perro abandonado. Papá, mamá, ¿a que es mejor el mundo al revés?